**CUADERNOS DEL ARCHIVO**
AÑO IV (2020), Nº 8

**Publicaciones del Centro DIHA**
**(Centro de Documentación de la**
**Inmigración de Habla Alemana en la Argentina)**
Universidad Nacional de San Martín
Catalina de Boyle 3111
1650 San Martín, Argentina

**Comité Editorial:**
Ing. Francisco von Wuthenau (Centro DIHA)
Lic. Laura Carugati (Univ. Nac. de San Martín, Prov. Buenos Aires)
Dra. Lila Bujaldón de Esteves (CONICET; Univ. Nac. de Cuyo, Mendoza)
Dr. Roberto Bein (Univ. de Buenos Aires (UBA), Buenos Aires)

**Consejo de Redacción:**
Lic. Alicia Bernasconi (Univ. del Salvador, Buenos Aires)
Dr. Benjamin Bryce (The University of British Columbia, Canada)
Dr. Germán Friedmann (CONICET; UBA, Buenos Aires)
Dra. Claudia Garnica de Bertona (Universidad Nac. de Cuyo, Mendoza)
Dra. Silvia Glocer (UBA, Buenos Aires)
Dr. Robert Kelz (The University of Memphis, EEUU)
Dr. Hans Knoll (Univ. Nac. de Córdoba)
Dr. Arnold Spitta (Buenos Aires)

# *Testimonio*

# *Eduardo Devrient.* Setenta años. Recuerdos de mi vida

(Sin datos editoriales. Hacia 1939)

# *Eduardo Devrient y el libro* Setenta años

REGULA ROHLAND DE LANGBEHN
Universidad de Buenos Aires.
Centro DIHA (UNSAM)

No repetiremos aquí los pormenores de la historia de Eduard/Eduardo Devrient (1868-1955), relatada por él mismo en 1935 o algo más tarde, que editamos en el presente *Cuaderno*. Quisiéramos comenzar con una breve semblanza de Devrient, realizada en carta del 10 de agosto de 2020 por Alberto Bischoff, habitante de la antigua colonia Isla Verde de Córdoba:

> En 2003, el profesor Juan Delius de la Universidad de Constanza me obsequió en esa ciudad una copia de las memorias de Eduardo Devrient. La primera pregunta que me hice fue: ¿una persona de apellido francés escribiendo en alemán? La segunda: ¿será descendiente de los hugonotes emigrados por las persecuciones anti heréticas en Francia? Pasaron años hasta que la doctora Regula Rohland y Mónica Bader se ofrecieron para traducir sus memorias y me propusieron escribir unas palabras preliminares. Me zambullí en la lectura y descubrí que algunos presupuestos míos, como el de que Devrient descendía de los hugonotes, eran ciertos, mientras que otros eran errados: era alemán de nacimiento pero no estaba aferrado a su origen geográfico, consideraba que él y sus parientes solían adaptarse con facilidad al lugar al que las circunstancias los llevaran. Aunque se trataba de una persona con cierta formación cultural, su interés se limitaba a las artes plásticas y no era un gran cultor de la lengua alemana, ni de la música y la literatura de su país, ni del patrimonio cultural germano en general. Parecía –o era– un hombre de amplios horizontes en una época en la que tanto los alemanes que vivían en Alemania como los emigrados y sus descendientes defendían con ahínco sus tradiciones, su lengua y su cultura, aunque no coincidieran con las posturas políticas en boga.
>
> En su actividad como empresario agropecuario puso énfasis en la obtención de créditos y socios capitalistas, tarea en la que invirtió mucha energía y que tal vez lo diferencie de la mayoría de los germanoparlantes dedicados al agro, cuya vocación no era el rubro financiero.
>
> Otro aspecto que me hace pensar que era un hombre de campo atípico es el hecho de que se haya desprendido de su estancia "La Constancia". En la Argentina, el hombre de campo tiende a conservar sus tierras, especialmente aquellas donde pasó parte de su vida, crecieron sus hijos y vivió su familia. En las sucesiones es habitual la pugna por la casa principal, el casco de las propiedades rurales. Aun

en condiciones adversas, el agricultor o el ganadero que se ve obligado a deshacerse de sus tierras se esfuerza por conservar ese sector, que es el corazón de las explotaciones agrarias.

Si tuviese que cerrar con una definición de Devrient diría: un alemán no convencional, un hombre de campo atípico, un pragmático.

Devrient llegó a Argentina en 1890, trabajó casi diez años con Máximo Fernández y se asoció por poco tiempo con Carlos Alejandro Diehl, para luego independizarse en la estancia La Constancia, en la zona de Bell Ville (antes Fraile Muerto), al suroeste de Córdoba. A mediados de la década de 1930 se vio obligado a venderla y volvió a empezar en la estancia Las Raíces, en San Luis, que sería administrada por uno de sus yernos, cuando a fines de esa misma década Devrient se retira de la actividad laboral y comercial.

Eduardo Devrient en la puerta de su casa.

Sobre la actividad profesional de Devrient como estanciero y criador de ganado vacuno, Juan Delius, investigador infatigable de la zona de Bell Ville, escribe en su *Reseña*[1]:

> El semanario *Unión* 24.9.1908 lista a Eduardo Devrient, La Constancia, como expositor y como jurado para caballos de tiro y vacas lecheras en la 1ra exposición-feria de la Sociedad Rural de Unión, Bell Ville de ese año. En 1908 Eduardo Derrien (=Devrient) es nombrado miembro ad honorem de la comisión de caminos del departamento Unión de la que es presidente Juan Benitz [...] El *Anuario Kraft* 1908 lista a Eduardo Devrient, ganadero, La Constancia, Bell Ville; los *Anuario Kraft* 1913, 1919, 1929 y 1935 listan bajo Ordóñez a Eduardo Deorient

[1] Delius, Juan D. *Reseña acerca de los campos que circundan la antigua estancia Monte Molina, Saladillo, Córdoba*, 2018: F 96-102. La fecha 2018 se refiere a un trabajo anteriormente publicado en Internet sin año de publicación y como *work in progress,* con continuos agregados. No se puede citar en la forma usual por páginas corridas, ya que Delius estructura la numeración de páginas según las divisiones de las propiedades de la comarca en las llamadas "suertes" cuya historia está describiendo. La F de la indicación se refiere a un conjunto de propiedades, entre otros conjuntos que van de la A a la N y que rigen la numeración como si se tratara de trabajos individuales. La investigación de Delius está aborrotada de datos y contiene interesantes excursos narrativos. Aunque en muchos casos los datos aparecen repetidos, la *Reseña* es un material realizado con increíble dedicación y una gran cantidad de información, imprescindible para el estudio de la zona a la que se refiere, con abundantes y valiosos datos sobre individuos, familias y empresas de la colectividad alemana, entre otras.

> (=Debrient =Devrient), establecimiento ganadero La Constancia, lechería y cremería; también figuran quesos La Constancia. Acerca de una propiedad de Devrient inmediatamente vecina a Ordóñez. La Constancia le siguió perteneciendo a Devrient hasta 1935 cuando la vendió a Ángel Rodríguez (Delius 2018: F 96).

La investigación de Delius posee otras numerosas entradas en las que figura Eduardo Devrient como dueño o socio de emprendimientos agrícolas, no mencionados en sus memorias. Solo citaremos las que se refieren a la colonia La Internacional: una muy breve, que solamente lo menciona como posible dueño de La Internacional entre 1901 y 1911 (Delius 2018: B 43-44); la otra, más explícita:

> Es llamativo que en su libro Devrient no mencione, habiendo sido brevemente dueño hacia 1910 de la colonia La Internacional, unas 15.000 hectáreas y que al parecer tuvo que dejarla al Banco Hipotecario Nacional, ni tampoco a la estancia La(s) Rosita(s) de la que también fue temporario propietario hacia 1915. Siempre falto de capital, describe en detalle el afán de obtener hipotecas [...]. Solo el Banco de la Nación y el Banco Alemán Transatlántico mantenían sucursales en Bell Ville en 1908 [...]. La escasez de bancos habilitados para darles crédito a largos plazos a los ganaderos, y menos aún a los agricultores, es documentado por Ferrero, Gringa, p. 45 (Delius 2018: F 100).

Ya que el lector conocerá las palabras del propio Devrient, tampoco reproduciremos aquí el resumen de su vida que ocupa seis páginas en la reseña de Delius (Delius 2018: F 96-102), enriquecidas por rectificaciones históricas e informaciones que vale la pena consultar directamente.

Eduardo Devrient describe su vida, dura en los comienzos, complicada luego por cuestiones económicas y más relajada en los últimos años. Ocupan el centro de su biografía los años pasados en la estancia La Constancia, en las cercanías de Bell Ville.

Acerca de la estancia La Constancia, escribe Claudia Córdoba[2]:

> El Sr. Devrient le compra al Sr. Carlos de la Torre las tierras donde levanta la estancia nombrada. Su nombre se debe a una ciudad alemana llamada Konstanz. Construye en el predio el casco y dependencias dando alojamiento a cinco familias que son los pioneros en laboreo agrícola ganadero. Se instala allí una central telefónica, cuya línea se trajo de Bell Ville con el fin de agilizar los negocios con el puerto de Rosario y Buenos Aires. Se construye además una iglesia, escuela, comisaría y el club La Constancia; y todos los medios para su autoabastecimiento. Esta colonia rural crece lentamente con la llegada de nuevas familias.

---

[2] "General Victoriano Rodríguez Estación Ferrocarril Ordóñez, Reseña histórica", *Caminos y pueblos. Historias del sudeste cordobés y el sudoeste santafesino,* en http://www.caminosypueblos.com

En el mismo sitio web puede verse una foto del casco fechada a mano en 1897. Es probable que la fecha se refiera al año de adquisición de la finca, pues hay una nota manuscrita donde se dice que los niños que están sobre el *break* son las hijas de Devrient, Lola (Dolores, nacida en 1899), Carmen (nacida en 1900) y Claire (Klara, nacida en 1902), y Richard, el hijo que llevó a Alemania en 1905. Córdoba comenta además que, entre 1925 y 1935, Devrient vendió a colonos parcelas de su terreno que formaban parte del "pueblo viejo" y que, por tratarse de una zona inundable, el pueblo se trasladó después a su actual emplazamiento. Estos hechos son estudiados por la arquitecta Marta Fava, quien tuvo la gentileza de poner a disposición para esta edición varias fotos y el esquema de la zona que reproducimos[3]. El ferrocarril se había construido en 1910, mejorando en gran medida la comercialización de los productos de la estancia y de los colonos.

Como se verá al leer el texto de Devrient, lo que escribe Córdoba sobre los comienzos de La Constancia no concuerda con lo que relata el autor, nuestro texto podrá ayudar a aclarar la historia de la estancia. La relación del nombre con la ciudad natal de su dueño es interesante, lo vermos más adelante también en Delius, Pero es curioso que no sea él mismo quien la mencione[4], lo que lleva a la sospecha de que la referencia es falaz: la *constancia* es una de las virtudes cardinales. Muy bien puede el autor haber querido señalar su tenacidad y paciente esfuerzo que le significaba levantar esta propiedad.

Devrient escribe acerca de su pasión por la pintura y su deseo juvenil de formarse como artista, frustrado por la situación económica de su familia. Según parece, relegó esta inclinación al arte durante los largos años en los que se dedicó a la ganadería y se estableció como estanciero, a la vez que fundaba una numerosa familia (tuvo cinco hijas y tres hijos). Pero retomó dicha inclinación durante sus viajes a Europa, estudiando en la Academia de Karlsruhe (en su primer viaje, 1895, véase cap. V) y en una academia inglesa en Roma (en el último, 1925, véase p. /86/[5]), y a partir de 1935, ya retirado de la vida activa, le dedicó sus años de retiro.

Juan Delius encontró la siguiente entrada en una compilación[6]:

> Eduardo Devrient (1868, Constanza, Alemania – 1955, Buenos Aires), pintor, hizo viajes de estudios por Suiza, Italia, Paraguay y Argentina, se radicó en la Argentina en 1890, exhibió sus obras en 1944, 1945 y 1946 en Buenos Aires, en la Galería Müller como descubrió mi hermana Antonia en la Biblioteca del Museo Bellas Artes, Buenos Aires (Delius 2018: F 96).

También refiere que una de las nietas del autor, Brigitte Brendel de Guglielmetti, que vive entre São Paulo y Río Cuarto, afirmaba:

---

3 Mail de Marta Fava a Regula Rohland, 15/10/2020.

4 Véase también más adelante una cita de Delius 2018: F 97.

5 Sobre las barras oblicuas, véase el final de esta presentación.

6 Herrero Mediavilla, Víctor. *Índice Biográfico de España, Portugal e Iberoamerica*, 3ra. ed., Munich: Saur, 2000. Se trata de una compilación microfilmada de la mayoría de los diccionarios biográficos hispano-americanos. El índice impreso es alfabético, no se puede citar por página.

> que su abuelo había publicado una autobiografía en alemán titulada *70 Jahre* [Setenta Años], que había sido un soñador y un artista, que había perdido mucha plata, que al final solo le había quedado una casa en Florida, suburbio de Buenos Aires, y que ella poseía muchos cuadros suyos (*ibid*. F 97).

Una de las funciones de los *Cuadernos del Archivo* es promover nuevos estudios sobre temas hasta ahora no tratados. La dedicación de Eduardo Devrient a la pintura podría ser uno de ellos.

> A lo largo de su libro, Devrient describe a su familia. Se casó con una mujer argentina, pero educó a sus hijos conservando el idioma alemán. A varios de ellos los envió a estudiar a Buenos Aires, probablemente a la Belgrano Schule (después Goethe Schule). Del más chico, Alfredo, anota que cursó en el Colegio Nacional de Buenos Aires (p. /90/). Todos sus hijos estaban en edad escolar durante una prolongada estancia de la familia en Baden-Baden, en 1912, y cursaron allí varios años porque la familia quedó varada en Alemania durante la Primera Guerra Mundial. El propio Devrient había regresado a la Argentina por razones económicas y no pudo volver hasta terminada la guerra. Con el correr de los años, sus cinco hijas contraen matrimonio, todas ellas con alemanes o descendientes de alemanes. En cambio los dos hijos varones, que son los menores y cuyos casamientos se mencionan al final del libro, ya establecen relaciones con otras colectividades.

A propósito de la ascendencia lejana de Devrient, cabe agregar otra observación de Delius:

> el apellido Devrient suena mas francés que alemán, y de hecho lo es. Los antepasados eran hugonotes, es decir protestantes calvinistas franceses, que después de ser perseguidos por Catarina de Médicis, reina madre regenta de Francia, y ser víctimas de una matanza en la noche de San Bartolomeo en 1572, fueron recién protegidos en 1598 por el edicto de Nantes promulgado por el rey Enrique IV de Francia –este rey, que apelado de Navarra a su vez era un protestante convertido al catolicismo– hasta que Luis XIV de Francia levantó el edicto en 1685. Muchos hugonotes se refugiaron entonces en Alemania [...] donde tuvieron fama de ser muy industriosos y muy cultos (Delius 2018: F 97).

La postura conservadora del autor, la cercanía casi inevitable al hitlerismo alemán, que se intuye a través de su amistad con los Eichhorn y del parentesco político que logra con ellos mediante el enlace de una de sus hijas con un Rennenkampf, no se puede considerar menos que típica de un gran porcentaje de la inmigración germana de la época. Sin embargo, en un comentario sobre Benito Mussolini muestra una opinión antifascista: "el pueblo tiene que ser guiado y no puede tener una voluntad homogénea, porque cada uno representa sus intereses personales. El pueblo se une en una voluntad común solo cuando el gobierno es malo, entonces,

siendo su voluntad, va en camino a la revolución" (p. /86/)[7]. El libro no se tradujo en función de la opinión política que lo respalda, sino por el valor de las vivencias narradas. Devrient proporciona al lector cuadros vivos de la sociedad a la que se integró, como cuando muestra cómo abrevaba en los campos secos al ganado (p. /20/), cuando narra los fraudes en una elección política (cap. III) o se refiere a los manejos realizados por algunos socios del Banco Agrícola Comercial (Cap. IX).

**Esta edición**

Basándose en los blancos del original, la editora ha decidido numerar las unidades temáticas para facilitar las referencias:

**I** Historia de la familia cercana. Su padre muere joven, puede terminar la escuela pero no estudiar en la universidad, trabaja como aprendiz en un banco de Neuchâtel. Cuando muere la madre, decide probar suerte en Argentina junto con Salis, un amigo que ya tiene un contrato con el estanciero Máximo Fernández. Por aquellos años, Fernández era cónsul argentino en Ginebra, pero estaba equipando su estancia La Matilde con animales de cría, maquinaria y hombres que enviaba desde Suiza.

**II** Intermezzo en Neuchâtel. Algunas vivencias como aprendiz de banco y de dibujo.

**III** Comienzos en Buenos Aires. Está muy bien relacionado en la colectividad alemana, pero finalmente se reune con Salis en la estancia La Matilde, de Máximo Fernández. Trata de sus duros comienzos como aprendiz en el campo, hasta que Fernández le ofrece un cargo como administrador de cuentas, con lo cual inicia su verdadera progreso.

**IV** Breve capítulo sobre el trayecto hasta Alemania y las pérdidas que sufre en Inglaterra.

**V** Viaje a Alemania, donde intenta juntar fondos para una explotación agrícola. Vuelve con menos dinero de lo esperado, de modo que tiene que comenzar solo.

**VI** Comienzos como mediero de Máximo Fernández en la estancia Ituzaingó, también en la zona de Bragado. Historias sobre sus compras de ovejas.

**VII** Administración de la estancia junto con su primo Karl. Conoce a su futura mujer, Justiniana Lanotta.

**VIII** Asociación con C. A. Diehl en 1900. Administra La Constancia y luego la compra. En 1935 deberá venderla.

**IX** Creación de un banco de estancieros en la zona de Bell Ville, las estafas y el manejo de los grandes bancos. Para mostrar cómo inspira confianza, se refiere en forma no cronológica a la asociación con Werth, cuyos capitales se invirtieron antes de la Primera Guerra Mundial en La Constancia y el retorno furtivo del amigo a Alemania para tomar parte en la guerra y su muerte en Ypres en 1915.

**X** La segunda mitad del libro, a partir de este capítulo, se dedica a los viajes a Europa con la familia. El primer viaje es en 1905, cuando llevan a Alemania a Richard, "Rico", el hijo hemiplégico de siete u ocho años, para dejarlo internado en una institución y procurarle una educación acorde a sus necesidades.

---

[7] La edición en castellano lleva entre barras oblicuas los números de la paginación original de 1939 y se remite siempre a esta paginación.

**XI** Viaje con toda la familia, su mujer y sus siete hijos, en 1912. Compra de una casa en Baden-Baden y actividad como asistente social en la prisión con casos leves.

**XII** Segundo viaje para buscar a la familia, una vez concluida la guerra. Viajan por Italia y el Mediterráneo y toman un barco en Trieste, sufriendo la cuarentena por gripe española.

**XIII** Viaje con su mujer Justa Lanotta y dos de las hijas de 1925, cuando en Europa hay mucha miseria. Tiene interesantes menciones históricas, por ejemplo de la ocupación de la zona del Rin por las tropas de los países victoriosos en la Primera Guerra Mundial. Desarrollo de la familia, ante todo los casamientos de las cinco hijas. En este último tercio del libro ya no se subdivide el texto, aunque se relatan recuerdos y episodios diversos sin observar la secuencia cronológica de lo narrado.

**XIV** Epílogo referido a los festejos por el 70º cumpleaños del autor en el Hotel Edén de La Falda. Se reproduce el discurso festivo del doctor Arno Eichhorn, uno de los hermanos dueños del afamado hotel y amigo del autor.

**Nota editorial**

Los términos y parlamentos que están en castellano en el original aparecen en *cursiva*.

Las remisiones bibliográficas en las notas están completas salvo las citas de la *Reseña* 2018 de Juan Delius, cuyo título completo figura en la lista en esta página.

Con el fin de que aquellas personas que poseen ejemplares o copias del original pero no saben alemán puedan consultar los nombres de los índices, se incluyen entre barras los números de página del original. Las remisiones de los índices de nombres, en esta introducción y en las notas son a esta paginación original.

Agradecemos a la arquitecta Marta Fava las fotos y el croquis. Se trata de materiales de su investigación histórica "Estancia la Constancia, Pueblo Viejo y Pueblo Ordoñez". Las fotografías le fueron cedidas por Brigitte Brendel Devrient (nieta), y su publicación fue autorizada por Marco Guglielmetti Brendel Devrient (bisnieto).

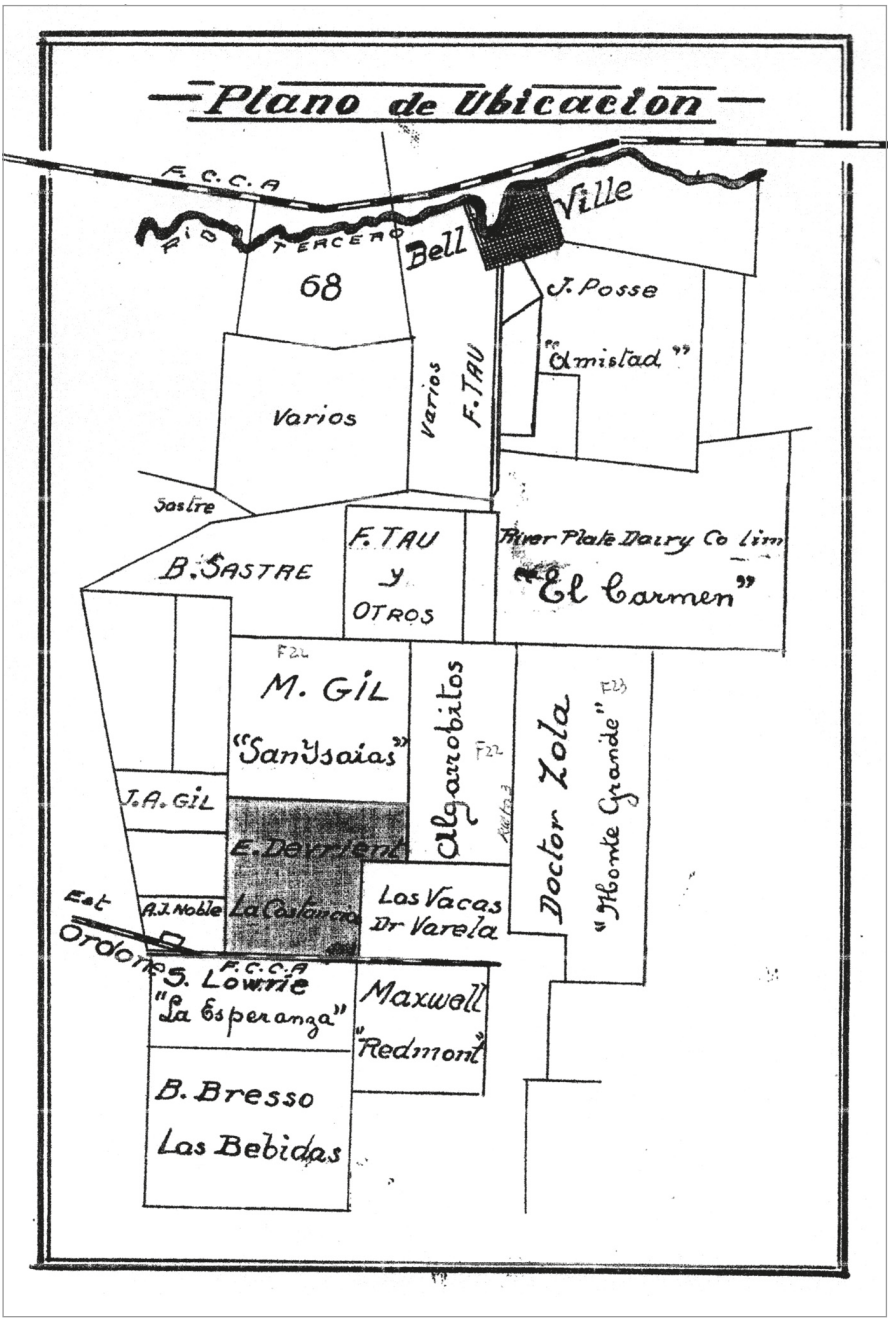
## Bibliografía

Bischoff, Alberto. Carta a Monica Bader y Regula Rohland, 10 de agosto de 2020.

Córdoba, Claudia. "General Victoriano Rodríguez Estación Ferrocarril Ordóñez, Reseña histórica", *Caminos y pueblos. Historias del sudeste cordobés y el sudoeste santafesino,* en http://www.caminosypueblos.com (consultado 11/10/2020).

Delius, Juan D. *Reseña acerca de los campos que circundan la antigua estancia Monte Molina, Saladillo, Córdoba*. Con la pasada colaboración de José S. Lloret, Centro de Estudios Históricos, Bell Ville, en http://www.pampacordobesa.de. Edición febrero 2018 (consultado 1-15/10/2020).

Devrient, Eduard. *Siebzig Jahre. Erinnerungen aus meinem Leben.* Buenos Aires: Impreso como manuscrito (s. d. de edición), 1939.




Plano Estancia La Constancia Suerte 22 y 25, gentileza Arq. Marta Fava.

# Setenta años. Recuerdos de mi vida *de Eduardo Devrient*[1]

Traducción: Monica Bader[2]

*A mi querida hija Lisa y a su dinámico*
*esposo Walter Brendel,*
*como feliz recuerdo de papá.*[3]
*Devrient, 7 de julio 1939*[4]

Los recuerdos aquí expuestos deben su existencia a la cordial insistencia de mi querida amiga y consuegra, la señora Lisbeth von Rennenkampff. Ella también participó en la elaboración del manuscrito, después de que mi buen amigo, el doctor Arno Eichhorn[5], realizara una revisión de la redacción. A ambos, mi mayor agradecimiento.

El autor

---

1 En el original dice "Impreso como manuscrito", refiriéndose al hecho de que no se cumplieron los pasos para regularizar la edición.

2 Revisión, notas e índices: Regula Rohland. Revisión de estilo: Macarena Mohamad

3 Dedicatoria escrita a mano a pie de página en el ejemplar utilizado.

4 Firma del autor.

5 Hermano y coropietario del Hotel Edén, con su hermanos Bruno y Walter, cuya historia es conocida. A este respecto, refiere Delius en su *Reseña*: "en 1992, el hotel Edén era solo una ruina pero en uno de los antiguos salones se había instalado un algo romántico bar Edén que solíamos frecuentar. Ya en 1905 en el registro 2, folio 148v figura una Sociedad Hotel Edén transfiriéndose a Juan Kurth y cía., Córdoba, en liquidación. El hotel fue fundado por Robert Bahlcke y su esposa María Krause de B. en 1910. Cantón, Campos Roca, p. 39 menciona a Bruno y Walter Eichhorn, los dueños del hotel en sus mejores pero pardas épocas –pardo era el color de los uniformes de los partidarios nazis; el Anuario Kraft 1935 bajo La Falda incluye un anuncio con una fotografía del hotel: ¡alojamiento con pensión solo 10 pesos diarios!; apenas que no se confiscó como propiedad enemiga en 1945– comprando en sociedad con von Rennenkampff y Alfredo Devrient en 1947 la estancia La Igualdad, Espinillo, cerca de la ciudad Río Cuarto y que antiguamente fuera de los hermanos Alejandro y Julio A. Roca, y vendiéndola en 1973. Alfredo Devrient la administró –hasta aproximadamente 1961 cuando enfermó y tuvo que retirarse a Río Cuarto donde falleció alrededor de 1987– como administrador de La Igualdad; lo sucedió allí hasta que se vendió" (Delius 2018: F 102).

La Falda, 1o de febrero de 1939

/7/

"Es que fui un ser humano,
y eso significa ser un luchador."[6]

**I**

Mi padre, Richard Philipp Devrient, fue ingeniero naval. Se graduó en el Politécnico de Karlsruhe con "summa cum laude" y participó en la construcción del Nymphe, un pequeño crucero que fue el comienzo de una flota de guerra, en los astilleros de Strohdeich, en los diques reales de Prusia, cerca de Danzig. Luego fue contratado en Filadelfia, Estados Unidos, por un astillero muy importante de barcos comerciales, donde le esperaban grandes perspectivas para el futuro. Había dejado en Danzig a su novia, mi madre Klara Zende, hija de un comerciante mayorista que quedó en bancarrota por la pérdida de un barco que no estaba asegurado. No solo perdió su fortuna, sino también su reputación. Sin embargo, eso no fue obstáculo para que mi padre mantuviera su promesa de compromiso después de cinco años de noviazgo. Pero el destino le jugó una mala pasada. Durante el casamiento de su hermano Georg, que había alquilado la propiedad granducal Aspichhof, cerca de Achern, en Baden, los campesinos tiraban tiros al aire y petardos delante de los carros, por lo que los caballos se espantaron y el carro de mi padre chocó contra un guardacantón expulsando lejos a sus ocupantes. Mi padre tuvo la mala suerte de lastimarse un pulmón, como resultado de lo cual empezó a escupir sangre y tuvo que sufrir una larga internación. Por ese motivo perdió su puesto en Filadelfia y se quedó en Alemania obedeciendo el consejo de sus médicos y el pedido de su familia. Mi abuelo Eduard Devrient, director granducal del Teatro de Karlsruhe[7], logró conseguirle un puesto /8/ como inspector marítimo de Baden en el Lago de Constanza, y fue así como la joven pareja se mudó a Constanza[8]. Allí vine al mundo el 10 de septiembre de 1868.

De mi temprana niñez conservo algunos recuerdos. Me acuerdo de la entrada de las tropas al terminar la guerra de 1870, las calles iluminadas y la gente alegre, tres grandes soldados con barba alojados en nuestra casa; del grito de ayuda

---

[6] Cita del poema "Einlaß" [Acceso], del *Diván de oriente y occidente,* del poeta alemán Johann Wolfgang Goethe (1749-1832).

[7] Sobre él refiere Juan Delius: "Un website devrient reveló que además hubo un Eduard Devrient (1801-1877), un muy famoso actor y después un conocido director de teatro que actuó en Berlín, Dresden y Karlsruhe, Alemania, perteneciente a una extendida y célebre familia de artistas; en Karlsruhe, incidentalmente, promovió la música del entonces todavía poco conocido compositor Richard Wagner (*1813 -+1883)" (Delius 2018: F 96).

[8] A este respecto, cuenta Delius: "Del Eduard Devrient teátrico, por otra parte, hallé un volumen de cartas suyas en la biblioteca universitaria local. Estas cartas aclararon entre otras cosas que E. Devrient, abuelo era funcionario –al servicio del gran duque de Baden– aunque residente en Karlsruhe, la capital del ducado, como superintendente del teatro de Konstanz –que ediliciamente hablando, es hoy– día (2007) el más antiguo teatro de toda Alemania que sigue funcionando como tal y que frecuento con mi esposa: incluye un amable bar en el foyer- y que ubicó a su enfermizo hijo Richard Phillipp D. (1836-1880), ingeniero naval y su mujer en Konstanz –donde el gran– duque de Baden tenía una pequeña flota lacustre falta de atención: algunos años antes se había hundido un vaporcito Karlsruhe bajo dudosas circunstancias- lugar en el que nació y se crió Eduardo D., nieto" (Delius 2018: F 98).

de nuestra sirvienta, que había ido a buscar agua –en esa época todavía no existían cañerías–, se cayó al lago y fue rescatada por el sereno; y también de la cara de un pícaro canalla al que sorprendimos intentando robarnos la ropa tendida en el desván.

En el año 1875 nos mudamos a Karlsruhe, donde mi padre empezó a trabajar como administrador de los talleres del ferrocarril. Como no se había restablecido de la afección pulmonar que contrajo, debía pasar los inviernos en Meran o en Pontresina. Una vez, cuando en los talleres por descuido de un operario prendió fuego uno de los armarios, y los bomberos llegaron tarde porque justo estaban en una fiesta, el pequeño fuego pasó a mayores y no solo alcanzó los talleres sino también nuestra casa. Mi padre enfermó como consecuencia de las grandes preocupaciones y esfuerzos, y tuvo una hemorragia de la cual nunca más se recuperó. A los 44 años falleció dejando a su mujer con tres hijos: mis hermanas, Lucy y Gertrud, y yo. Unos años antes también había fallecido mi abuelo, y mi abuela Therese se había mudado con nosotros. Después de la muerte de mi padre tuvimos que dejar la vivienda de la compañía en la Bahnhofstrasse y nos trasladamos a la Noackstrasse. Entretanto yo había cumplido doce años y ya estaba en el tercer curso de la secundaria[9], pero le daba muy pocas satisfacciones a mi madre como alumno. No fue muy reconfortante que uno de los profesores comentara que era una lástima que yo estuviese en una clase con tantos buenos alumnos a los cuales no podría seguir.

/9/ Dos años más tarde falleció mi abuela, y mi madre, que tenía la misma enfermedad que mi padre, se trasladó a Baden-Baden, donde en el año 1887 logré aprobar mi *Abitur*. Así fue como me encontré frente a una de las decisiones más importantes de mi vida. Lo que más me hubiera gustado era ser pintor, pero la precaria situación de mi madre, que solo vivía de su magra pensión, impidió que mi sueño se cumpliera. Tampoco podía estudiar una carrera universitaria, cosa que por otra parte no deseaba.

Así que no me quedó más remedio que emprender una profesión práctica y opté por la de comerciante. Eso me daba rápidas posibilidades de progreso, no solo para mí sino también para ayudar a mi madre y a mis hermanas. Por supuesto que me resultaba duro asistir a la oficina, porque ansiaba el arte, el aire, la luz y la libertad, pero lo hice pensando en mi madre. En realidad no había sido un hijo amoroso, pero sabía cumplir mi deber de hijo. No es que no amara y venerara a mi madre, ni que no le estuviera agradecido por su abnegado amor, pero nuestra apretada situación me causaba enojo y amargura. No me gustaba quedar rezagado, y llegar a ser "solo" un comerciante hería mi autoestima. Lleno de desesperación, hice de tripas corazón y tres días después de recibirme partí a Neuchâtel, donde comencé a trabajar como aprendiz en el banco Pury & Co. Mi primera tarea consistía en copiar y escribir direcciones en una impresionante cantidad de correspondencia. Después tenía que sumar los libros contables y finalmente también me permitieron escribir cartas sencillas: "*Nous avons l'honneur de vous remettre*", etc. Ni por asomo puede hablarse de un verdadero

---

[9] Se verá en el párrafo siguiente que hace el *Abitur*, examen final del bachillerato alemán. La escuela secundaria se dividía de la común, la *Volksschule*, de ocho años, luego del cuarto curso, y una de las opciones era el *Gymnasium* que llevaba al bachillerato en nueve años más.

aprendizaje con respecto a las actividades bancarias, y esos dos años como aprendiz no me hubieran servido para nada si no hubiera aprendido un correcto y fluido francés. /10/ Sin embargo, para mí personalmente aquella época fue de un valor incalculable. Como el trabajo en el banco no me satisfacía, retomé mis estudios de dibujo con mucho entusiasmo. A las cinco o seis de la mañana en verano, antes de mis horas de trabajo en el banco, ya estaba sentado en el lago dibujando; antes de las dos de la tarde, después del almuerzo, hacía copias en el Museo de Bellas Artes y en un curso por la tarde dibujaba modelos de yeso. Era consciente de mi dinamismo, que me ayudó mucho en mi posterior profesión de agricultor. No conocía el descanso y aprovechaba cada minuto. Por supuesto me motivaban la bella naturaleza y sus alrededores. Cuando estaba en mi asiento del banco, no podía dejar de mirar las lejanas montañas nevadas, ni el lago de color azul claro como el cielo. A la vez seguían creciendo en mí las ansias de arte, luz, aire y libertad. Gruñía en mi cárcel, aunque no hubiera dado ningún paso decisivo que hubiese afectado las obligaciones que tenía con respecto a mi madre. Pero de repente llegó por telegrama la triste e inesperada noticia de que mi madre había sucumbido a la enfermedad. A pesar de que siempre había tenido una salud delicada y su estado empeoraba cada vez más, la noticia llegó inesperadamente y me causó mucho dolor. Viajé a Baden, liquidé la casa por mi cuenta, llevé a mi hermana Lucy a lo de nuestro tío Otto en Oldemburgo y a mi hermana Gertrud al Mar del Norte, para que se curaran de cualquier posible contagio. Obviamente eso fue motivo de crítica por parte de mi tío Otto, que había sido nombrado tutor. Muchas veces en mi vida me ha perjudicado esta manera de actuar tan irreflexiva o quizás precipitada, saltando todos los obstáculos sin pensar, pero en otras ocasiones me ha beneficiado. Creo que le debo muchos logros a ese modo de actuar impulsivo. Sea como sea, fue una consecuencia de esta característica mía el hecho de que una vez finalizado /11/ mi período de aprendizaje, en un corto lapso y sin consultar a nadie, haya decidido optar por el plan de emigrar a la Argentina con un colega y amigo del banco, Andreas von Salis-Seewis. Este tal Salis tenía contacto con el cónsul argentino en Ginebra, don Máximo Fernández[10], que había comprado las mejores vacas lecheras y enviado una selección del mejor personal para su estancia en la Argentina. Así maduró en mí la idea de abandonar la decisión de ser comerciante y dedicarme a la agricultura. Si bien de este modo también debía renunciar a mi adorado arte, por lo menos tendría todo el resto: luz, aire y libertad. Fernández ya le había prometido a Salis una chacra, de la que nos haríamos cargo juntos.

---

[10] Estanciero argentino (?-1916), véase la historia de su estancia La Matilde en Fernando Jorge Soto Roland, "Estancia, mansiones y fantasmas: La Estancia Montelen", en https://www.monografias.com (consultado 1/10/2020). Se trata de uno de los personajes de mayor relevancia en el desarrollo de Devrient, cuyos recuerdos servirán para conocer con más detalle su actuación. Devrient trabajó como administrador en su estancia y, después de un viaje a Europa en 1895, como mediero en la estancia Ituzaingó, cerca de San Emilio, zona de Bragado.

**II**

Pequeño intermezzo. Ocurrió en Neuchâtel, alrededor del año 1889. Como yo tenía una tendencia artística, solían invitarme a ciertas pensiones, donde además de cama, comida y bebida, se ofrecía a los pensionistas alimento espiritual en forma de obras de teatro, veladas musicales, etc. Allí conocí a una interesante rubia de Cincinnati, Sophie von B. Tenía un cabello ondulado muy lindo y como escritora fue objeto de mi admiración. Se mantenía económicamente escribiendo breves y muy sentidas historias inventadas para el suplemento cultural de un diario de Cincinnati. Aunque era unos años mayor que yo, o quizás precisamente por eso, no tenía ningún reparo en aceptar con aire altanero mis atenciones. El poco inglés que hablo se lo debo a sus lecciones. En todos los paseos o encuentros me hacía aprender sin descanso su idioma y no es su culpa que yo no domine el inglés.

Su vida era una novela. Joven e inexperta, casada con un hombre al que la noche de bodas sus amigos arrastraron borracho a la cama, huyó esa misma noche a la casa de sus padres y pidió el divorcio. Su sentir místico y romántico la acercó a la iglesia católica, en la que su espíritu libre encontró, a través del esplendor de los colores, el canto y el incienso, mucha más satisfacción espiritual que la que le proporcionaba el frío y racional rito del culto protestante. Es difícil de entender, y sin embargo característico de ese temperamento, que dos almas tan distintas pudieran convivir en ella contrastando tanto. Es que pasó algo muy peculiar: el joven sacerdote se sintió atraído por ella y ella por él, hasta tal punto que él dejó el sacerdocio y comenzó una nueva vida con ella, que lo animó a estudiar medicina. Nació un niño fruto de esa relación. Pero después ella tomó conciencia de que no se entendían tan bien como para compartir el resto de sus vidas. Según me explicó, él no era un ser humano de la vida real y era incapaz de conseguir un empleo**.** Ella provenía de una rica familia y era prima directa de la madre de su futuro yerno. El mundo es un pañuelo.

Mi amiga me procuró el único éxito literario, haciendo publicar una pequeña novela en el diario de Cincinnati. Me llegaron los honorarios estando en la primera chacra, donde aquella noticia de la civilización fue recibida con alegría.

Un día estaba sentado en una piedra de una calle rural muy polvorienta. Llegó un *break* procedente del castillo de Montmollin, donde iba un señor con sombrero de paja, una dama y varios alegres niños. Yo dibujaba como poseso. El hombre se bajó, miró mis dibujos y le dijo a la dama: "*Regarde voir comme c'est bien fait*"[11]. Y después, dirigiéndose a mí: "*Je suis le docteur de Montmollin et voici ma femme*". Me /13/ presenté y después de un corto diálogo me dijo: "*Eh bien, faites-nous le plaisir de passer une dimanche avec nous. La vous pourrez dessiner un peu plus commodement*". Los Montmollin son una de las familias aristocráticas que en otra época invitaron al rey de Prusia a Neuchâtel y quisieron reconocerlo como duque de Neuchâtel. De alguna manera los Hohenzollern eran herederos de Neuchâtel. Sin embargo, el rey no podía imponerse al ambiente republicano reinante y abandonó la aventura. Los hijos de estas familias, empero, hicieron su servicio en los regimientos de élite de Berlín y fueron

---

[11] "Mira qué bien hecho está esto". – "Soy el doctor de Montmollin y ésta es mi señora". – "Bueno, háganos el favor de pasar un domingo en casa. Allá podrá dibujar con algo más de comodidad".

fieles a las convicciones de la monarquía. Así pues, le caí simpático a Montmollin por ser alemán y supe que su mujer también era alemana. Era hija del coronel del regimiento de coraceros que había librado el famoso ataque de Gravelotte donde cayó el comandante[12].

No hizo falta que me lo dijeran dos veces, el sábado siguiente viajé con ellos al castillo. El doctor Montmollin era un médico muy eficiente y querido, que contaba con una fortuna propia, era generoso y era amigo de los pobres. Además de la casa y el jardín, dibujé a toda la familia. El dibujo con plumín se lo regalé a la dama. Sentí algo muy especial durmiendo en la cama donde había dormido el rey de Prusia: una ancha cama con un baldaquino sostenido por cuatro columnas oscuras de madera torneada. El edredón de seda verde oscuro también había abrigado al rey.

**III**

El primero de marzo de 1890, el vapor Dom Pedro de Chargeurs Réunis nos llevó a la Argentina. Me encontré con mi amigo Salis en Le Havre, donde pasamos la última noche en suelo europeo en un cabaret, donde Salis se fue deshaciendo una a una de las monedas que su madre /14/ le había cosido en el chaleco. Jeanne, la pequeña pelirroja, lanzaba gritos de júbilo ante cada moneda y gritaba: "*¡Quel agrément, quel agrément!*", y la gorda española nos hizo escuchar los primeros sonidos en español. A mí nunca me han calentado las damiselas. No las puedo despreciar y trato con ellas ingenuamente, pero luego, por un instinto de higiene, me topo con la pared de cristal[13] que nos separa.

Viajamos en segunda clase con gente burguesa de buen nivel, parte de la cual ya estaba instalada en Buenos Aires. Después de dos agitadas horas en el mar, decidido a llevar mi ofrenda al dios Neptuno, recordé el libro de Robinson Crusoe que de niño me habían regalado para Navidad y que relata la misma situación cuando zarpan del puerto de Hamburgo. Durante diez días fuimos zarandeados de aquí para allá, y nuestro júbilo fue enorme cuando llegamos a las Islas Canarias. Para mí era el país de las maravillas. Colores y más colores que nunca había visto en el norte, gente llena de vida y alegría. Las vendedoras en el mercado, con sus dientes brillantes y sus ojos luminosos, me ofrecían naranjas y me preguntaban cómo me llamaba, además de reírse de mis primeros intentos con el idioma. Fue una experiencia encantadora. Pero no les dije mi verdadero nombre. El médico del barco era partidario del Duque de Orléans con un entusiasmo fanático por la monarquía. Me pidió que le hiciera un cuadro de una calle de Las Palmas que yo había bocetado. Para ello me permitieron sentarme en primera clase a dibujar.

Por fin aparecieron en el horizonte las primeras típicas formaciones coloridas de nubes sobre la costa sudamericana. Finalmente estábamos frente a Montevideo y una noche después anclamos en Buenos Aires. El vapor estaba muy lejos en la rada, nos llevaron a tierra firme primero con un remolcador, luego en un pequeño bote de remos y finalmente en un /15/ carro de dos ruedas. Nos insta-

---

[12] La batalla más importante de la guerra franco-prusiana, librada el 18/8/1870, a unos 10 km al oeste de Metz.

[13] Más adelante, en la p. /71/, vuelve a usar esta metáfora, consciente de haberla encontrado en un texto literario.

lamos con mi amigo Salis-Seewis en el Deutscher Bund[14]. A los pocos días, él partió a la estancia La Matilde, cerca de Bragado[15], donde ya trabajaban en la chacra sus amigos Sauvin, De Buren y Juillar, mientras que en un principio yo me quedé en Buenos Aires buscando trabajo en una casa comercial con ayuda de mis recomendaciones. A través del banquero Kölle[16]de Karlsruhe, había recibido recomendaciones del cónsul Niebuhr[17] y la señora Stegmann. Su esposo, Julius Stegmann[18], se ocupó muy amablemente de mí y me presentó a Tornquist[19]. Allí me iban a dar un puesto en Santa Elena, en los mataderos de Kemmerich[20]. en Entre Ríos, pero quizás de manera insensata preferí trabajar en Wedekind, Fehr

---

[14] Hotel cuyo nombre significa "Unión Alemana".

[15] Se corrobora en el texto lo que escriben los historiadores: La Matilde, a veinte kilómetros de Bragado, era la estancia fundada por Máximo Fernández en 1872, cuando agregó a la dote recibida un campo con seis leguas cuadradas y luego otras cuatro que fue adquiriendo. Fue una de las estancias más importantes del centro de la provincia de Buenos Aires. Desde su establecimiento en la frontera con los indígenas hasta que la traspasó a sus hijos en los últimos años del siglo XIX, La Matilde tiene toda una historia por el carácter de su dueño, Máximo Fernández (que murió en Europa en 1916). Al comienzo hizo mucho dinero con la cría de ganado, en 1882 se fue a Europa a disfrutar de sus ganancias, volvió en 1889 y reactivó la propiedad trayendo de Suiza vacas lecheras, maquinaria, una carpintería, un molino y mano de obra suiza para la cremería y la fábrica de queso instaladas en la estancia, y criando miles de ovinos. Esto corresponde al momento en que comienza la historia de Devrient. Cuando en la década de 1890 la sociedad pasó a sus tres hijos, estos no respondieron a las expectativas, no pudieron superar la crisis bursátil de 1890 y la enorme propiedad pasó a otras manos en 1904.

[16] En Karlsruhe se registra una numerosa familia de este apellido. A ella pertenece el banquero Eduard Kölle (1810-1881), que también actuaba como político y fue uno de los fundadores del Badische Bank, Karlsruhe. (Véase https://ka.stadtwiki.net .) Probablemente se refiere a un familiar de este destacado personaje.

[17] Debe de tratarse de un hijo de Wilhelm Siegmund Niebuhr (1834-?), de Hamburgo, excelente músico, uno de los inmigrantes importantes de la segunda mitad del siglo XIX, que había ingresado al país en 1854, cf. Lütge *et al. Los alemanes en la Argentina. 500 años de historia.* Buenos Aires: Biblos, 2017: 208.

[18] Julius Stegmann era familiar de Klaus Stegmann, o sea, hermano, hijo o sobrino del estanciero y político Claudio Fernando Stegmann (véase sobre su estancia Los Poronguitos una página de Estanislao Zeballos reproducida en Lütge *et al.* 2017: 285). Por lo visto, Devrient, al llegar a la Argentina o quizás durante la travesía, se relacionó con personas de la alta sociedad porteña de ascendencia alemana.

[19] Ernesto Tornquist (1842-1908), empresario argentino en varios rubros, banquero y estanciero, contribuyó a la explotación de diversos materiales, como el petróleo en Mendoza, la extracción de quebracho en Santiago del Estero, etc. Los abuelos de Ernesto Tornquist eran de Hamburgo y la familia estuvo identificada inicialmente con la comunidad alemana en Argentina. Ernesto fue a la Escuela Evangélica Alemana en Buenos Aires.

[20] Sobre Kemmerich, relacionado con la empresa de extracto de carne Liebig, hay una breve biografía que escribió Adriana Orbea: "Eduard Kemmerich, médico, llegó a Fray Bentos para ocuparse de aspectos técnicos de la producción de extracto en 1870; se casó con Elena, hija mayor de Giebert y a la muerte de este (1874) fue nombrado gerente, hasta 1876, cuando se desvinculó por presiones internas. En Montevideo fue profesor de terapéutica, creador de la biblioteca y rector de la Facultad de Medicina (1878-79). En 1879, con su cuñado Walter Giebert instalaron una fábrica en Santa Elena, a orillas del río Paraná (Entre Ríos), para producir extracto de carne bajo el nombre de Kemmerich & Co., con sede en Amberes; continuó hasta 1909, cuando fue comprada por la empresa Bovril" ("Construir LIEBIG: un pueblo industrial en Entre Ríos. Origen alemán de un emprendimiento inglés", en *Cuadernos del Archivo. Publicaciones del Centro DIHA* 5/6 (2019): 17-33).

y Cía., de donde el cónsul Niebuhr era socio. Ese empleo, sin embargo, no podía saciar mi sed de aventuras, y pronto seguí a mi amigo Salis a Bragado. El Ferrocarril Oeste me llevó a esa pequeña ciudad, donde me recibió mi amigo. Subí a un pequeño coche de la estancia, y Salis cabalgó al lado sobre su lobuno, un caballo gris oscuro castrado. ¡Cómo envidiaba a aquel hombre que ya poseía un caballo! En la fonda de Ferrari nos encontramos con un montón de suizos que, siguiendo las tradiciones de su país, dedicaban el domingo a divertirse y habían viajado cinco millas en carro o a caballo para cantar y gritar tomando un vaso de aguardiente o de vino. Anduvimos por un paisaje monótono, atravesando praderas y bordeando lagunas donde había flamencos rojos, pero tuvimos que pernoctar en la estancia, porque se avecinaba una fuerte tormenta. El mayordomo, un suizo en buena situación con un sueldo mensual de 1000 táleros[21], recibido de técnico agricultor, disfrutó agasajándonos hasta con champán, lo cual nos causó una magnífica impresión. Después contó muchas cosas sobre el emprendimiento /16/ de Máximo Fernández. Cuando era cónsul argentino en Ginebra, había proyectado llevar toda una colonia suiza a su estancia La Matilde e instalar allí una quesería al mejor estilo suizo. Se compraron las mejores vacas lecheras de Friburgo, Suiza, y se contrató numeroso personal: queseros, ordeñadores, carpinteros y herreros, algunos de ellos casados. Era un gran emprendimiento genialmente planeado que hubiese tenido un gran futuro si el capital empleado no hubiera sido tan grande y el personal tan caro. El sueldo se pactó en francos y como el oro subió tanto (por aquel entonces, a 500 pesos), Fernández se alegró de que muchos de los suizos renunciaran al contrato, ilusionados con mejores ingresos en otra parte. Después volvieron arrepentidos y aceptaron un sueldo mucho menor. Las dos razas de ganado importadas, la Simmental y la suiza, tampoco podían competir con la mestiza Shorthorn-Durham. Recuerdo que unas espectaculares vaquillonas con manchas blancas y negras se vendían a 30 pesos por cabeza: tan poco querida era la raza que tanto se asemejaba a las manadas criollas corrientes. Además, la ganancia era demasiado escasa a pesar de que cada vaca daba entre 20 y 30 litros de leche. Pero los animales eran pocos y por ende era poca la leche como para que la venta del queso, ya de por sí dificultosa, cubriera los gastos. Así fue como solo una pequeña parte de ese gran campo estaba bien aprovechada, y Fernández necesitaba arrendatarios que sembraran y le pagaran con la mitad de la cosecha. Fernández ponía a disposición todas las herramientas y caballos de tiro, y también adelantaba el dinero para su alimentación y para los peones.

Fue así que yo ingresé como *socio* en una de esas chacras. Mi desconocimiento en materia de emprendimientos agrícolas hizo /17/ que al principio solo pudiera trabajar como cocinero, contador y criador de gallinas. El intento de que me tomaran como vaquero fracasó, porque yo no era capaz de distinguir un buey[22] de una vaca, y menos aún los bueyes propios de los ajenos, y porque llevaba al corral cualquier animal que encontraba en las extensas praderas para

---

[21] Antigua moneda alemana.

[22] Devrient siempre habla de "Ochs" en alemán, que traducido es buey. De hecho, en muchos casos se refiere a novillo. En la presente traducción se distingue según el contexto. Aquí, se trata de animales de tiro, o sea, de bueyes, usados como en Europa.

ponerlo al yugo. Conmigo la bancarrota estaba asegurada. Pero yo tenía buena voluntad y poco a poco aprendí a enyugar a los bueyes, a ponerme los *tamangos* en los pies y caminaba orgulloso con la *picana* al lado del arado tirado por seis bueyes. Guapo, Gaucho, Corneta, etc. se llamaban los bueyes con los cuales lentamente me iba amigando, y con el tiempo su estiércol verde y blando dejó de darme tanto asco.

Por cierto, una *sociedad* de cinco jóvenes no podía dar una buena ganancia para cada uno, así que Salis y yo nos separamos de los otros y nos instalamos en otra chacra, donde sembramos mucho trigo y maíz. La cosecha no fue del todo mala, pero cuando hice las cuentas con Máximo Fernández, teníamos 3000 pesos de deuda. Los reproches iban y venían e incluso algún puño golpeó la mesa, así que me decidí a buscar suerte por mi cuenta, retiré el pequeño capital de 700 pesos que había puesto en un principio y dejé plantado a mi amigo Salis con la deuda. Pero todos estaban contentos con mi partida, porque no tenían en gran estima mi capacidad de trabajo y tampoco era muy apreciado que les siguiera el rastro a los gastos y controlara las cuentas.

¿Pero adónde dirigirme ahora? Escuché que en una gran estancia, Los Toldos[23], buscaban colonos. Ensillé a mi Zorro grande y flaco, tomé como caballo de tiro a un fuerte malacara y cabalgué todo el día a través de San Emilio[24] hacia Los Toldos y de ahí todavía cinco millas al oeste. Al anochecer llegué a la estancia y me sorprendió /18/ que me recibiera muy cordialmente un mayordomo alemán, que me permitió cenar en su mesa familiar. Como yo no tenía familia, o sea una esposa, no se me podía confiar una chacra. Al mayordomo volvería a verlo más adelante. Era el cuñado del señor Riedel. Una vez me lo encontré en Bolívar cuando compraba ovejas. Sin embargo, ese anochecer en el círculo familiar alemán me quedó grabado para siempre en la memoria. Fue muy marcado el contraste de los dos años de vida austera, y por el momento mis perspectivas eran muy poco prometedoras. Fue una vida dura la que llevé en la chacra, sin comodidades ni diversiones. Enyugar, domar y buscar bueyes de la pradera a las tres de la mañana, donde los dejábamos moverse libremente para que pastaran con ganas; después calentar el mate, despertar a los peones y supervisarlos y, encima, 3000 pesos de deuda. Eran pocas las perspectivas de llegar a sentarme alguna vez a una mesa bien servida, rodeado de una excelente ama de casa y alegres niños. De estos primeros años recuerdo también un episodio que podría haber terminado muy mal para mí. Cuando Salis y yo estábamos organizando la nueva chacra, un colono nos ofreció herramientas y bueyes. Fernández nos hizo acompañar por uno de sus criollos de confianza y así pudimos comprar todo el inventario de forma ventajosa, pero debíamos pagarlo en el lugar y llevárnoslo, porque el hombre quería irse sin pagar sus deudas. Justo en el momento en que me agacho para agarrar la orejera con la que se pueden frenar las reses, los animales se espantan y se escapan arrastrando consigo la máquina guadañadora. Estoy frente a la cuchilla, me caigo y los dientes que se encuentran frente a la cuchilla me golpean las pantorrillas y después la espalda. Después de

---

[23] Los Toldos, poco más tarde una estación ferroviaria y colonia, fundada en en campos de Máximo Fernández 1892 por Electo Urquizo.

[24] San Emilio fue otra estación y pueblo fundado en 1892 allí.

que la máquina me pasa por encima, me levanto y obviamente constato que tengo dos agujeros en las pantorrillas, /19/ pero me siento en la máquina y la llevo a Bragado bajo el sol, el polvo y el calor. Después tengo que hacer reposo durante un día, me llevan a la chacra y un marinero alemán me cura las heridas colocando estiércol fresco sobre ellas. A este marinero, que se había escapado de su barco, le gustaba mucho el alcohol, pero aun así era un peón útil. Mis heridas tenían mucho pus y tardaron un mes en curarse. Sin embargo, no tuve otros accidentes fuera de las habituales caídas del caballo. La única enfermedad que siempre me atormentó fue la fiebre del heno.

A pesar del compatriota alemán, en la estancia San Luis no pasaba nada. Ni me acuerdo cómo fue que encontré una chacra en Olascoaga[25], pero me veo sentado con mis pocas pertenencias en una chata rumbo a mi nuevo destino. Un mulato con su familia fue mi socio. Primero cavamos el pozo de agua y luego construimos una casa de adobe. Yo disponía de un espacio de 2 x 3 metros construido con cañas. La puerta era una piel de caballo, la ventana, una bolsa, el armazón de la cama estaba hecho con unos postes de madera y había un colchón de junco. Antes de irnos a arar hacía tanto frío que tenía que levantarme a las dos o tres de la mañana, encender el fuego y tomar unos mates hasta que amanecía.

El dueño de esa estancia era un tal Horacio Harilaos. Necesitaba un encargado y me había tomado sin sueldo, pero no me cobraba alquiler por las 200 hectáreas que me había cedido. Todo parecía marchar bien, cuando de repente me sorprendió la noticia de que el supuesto dueño solo era un arrendatario provisorio que había puesto el Banco Hipotecario, y la tierra sería rematada.

Ninguno de los contratos y convenios tenía valor /20/, así que tuvimos que abandonarlo todo. Eso me costó casi todo mi capital, solo me quedó una tropilla de siete caballos. De esa época tengo el recuerdo de una noche espantosa. El cuarto que yo utilizaba como mayordomo de la estancia estaba en una casa separada. Una noche, cuando estaba por acostarme, escuché fuertes voces y el sonido de cuchillos o facones entrechocándose. Una voz en la noche silenciosa, que todavía hoy me resuena en los oídos, gritó: "*¡No me tengas asco, mierda! ¡Soy hombre!*" [26]. Se hizo silencio, pero a la mañana siguiente encontraron el cadáver de un gaucho que yo conocía: barba colorada, nariz de águila, chiripá y bota de potro. Había caído frente a un rival en una pelea por una mujer. El asesino, un conocido ladrón de ganado, se había fugado.

Pues bien, una vez más me encontraba sin casa ni sueldo. Pero ya estaba acostumbrado al trabajo duro y no me importaba tener que ganarme alguna vez la vida como peón. Entonces le pedí a mi amigo Salis que me tomara con mis caballos como arriero de su ganado durante la cosecha. Lo peor de ese trabajo era juntar el agua para el ganado. Por medio de un aparato, tenía que subir balde por balde para unos doscientos animales. Un trabajo pesado que me lastimaba las manos. Entonces mi vida dio un vuelco. Cuando estaba ocupado sacando

---

[25] Otra población en el actual partido de Bragado, fundada en 1882 junto a una estación del Ferrocarril Oeste entre Bragado y 9 de Julio.

[26] Se utilizan letras cursivas para señalar las palabras y los parlamentos que están en castellano en el original alemán.

agua, pasa don Máximo Fernández a caballo y viendo cómo me esfuerzo subiendo el balde con ayuda de la *cigüeña* (aparato que también se usaba en Rusia), me pregunta:

*–Dígame, ¿será cierto que usted habla francés, alemán e inglés, y sabe de contaduría?*

*–Sí, señor.*

*–Pues véngase hoy a hablar conmigo.*

Esa noche volví a dormir en una cama y dije adiós para siempre a la montura usada como almohada. A la mañana siguiente era inspector de una estancia de cinco leguas con un sueldo mensual de 80 pesos. Tenía un buen cuarto y, lo más valioso, /21/ la protección de Máximo Fernández, que a partir de entonces fue mi benefactor y me brindó su apoyo.

Máximo Fernández: con razón lo llamaban en Ginebra "*le beau consul*"[27]. Un rostro de rasgos nobles, nariz aguileña, fuertes cejas, bigote y *mouche*, como se le dice en Suiza a la barba pequeña debajo del labio inferior. Tempranamente huérfano, tuvo que dedicarse al trabajo para labrarse una posición adecuada y acorde a las características de su familia (provenía de una familia aristocrática de España). Fundó una grasería en Cañuelas, donde se casó con una Cebey. De ese matrimonio nacieron cinco hijos, dos niñas y tres hijos varones: Pepe, Raúl y Máximo Esteban.

Fernández era más respetado que amado. Era un poco déspota y su amplitud de miras le hacía prever cosas que los demás no veían, por lo cual se destacaba en los negocios. Todos sus esfuerzos se centraban en lograr que sus hijos siguieran sus pasos y hacer de ellos campesinos trabajadores y competentes: estancieros.

Lamentablemente no alcanzó su meta. Los hijos, muy inteligentes y talentosos, desoían todos los consejos de su padre, y apenas él se ausentaba de la estancia, comenzaban a celebrar continuas fiestas, a las que traían amigos de Buenos Aires. El padre lo intentó de todas las formas posibles: primero administrando en forma conjunta, después por separado, luego envió al menor a París para darle la oportunidad de que conociera el mundo. Una vez más era el exceso de medios de que disponían los hijos lo que les impedía lograr algo en la vida. Si bien me hice amigo de ellos, participaba en sus fiestas y acompañaba al piano a Máximo Esteban que tocaba el violoncelo, cumplía fielmente con mis deberes, cabalgaba todo el día con los colonos y al atardecer hacía mis trabajos por escrito, que consistían especialmente en llevar la contabilidad de los /22/ arrendatarios para que ninguno sobrepasara su crédito. El almacenero solo podía vender a cambio de mis vales.

A los hijos les enojaba la mezquindad de su padre, y más de una vez tuve que tomar partido por él, lo cual me ocasionó algunos inconvenientes. Raúl llegó a decirme un día: "Entre nosotros dos ya no hay nada que hablar". Sin embargo, fue una linda época, llena de episodios y aventuras.

"*Vacunos*" de boinas rojas y "*radicales*" de boinas blancas se disputaban desde hacía tiempo el poder en el país. Los *vacunos* eran los estancieros, los dueños. *Radicales* se denominaba, igual que ahora, a los que alguna vez querían llegar a

---

[27] "El apuesto cónsul".

gobernar. Los radicales hicieron un levantamiento en Bragado, tomaron de noche la *comisaría*, mataron al *comisario* y a algunos de los agentes. Como se temía que M. Fernández fuera a reconquistar Bragado junto a sus suizos (porque los suizos también defendían al gobierno en Santa Fe), fuimos despertados a golpe de culata en la puerta y tuvimos que permitir que revisaran todo en busca de armas. Puesto que en La Matilde nadie había pensado en un levantamiento, solo se llevaron presos a los hijos, Pepe y Raúl, pero los liberaron enseguida.

Al poco tiempo fueron las elecciones y me mandaron que llevara a Bragado a todas las personas que votaban. Llegué allí con setenta personas y me puse a disposición del líder de los *vacunos*. Era Carlos Costa, el hermano del gobernador de Buenos Aires. Todos estaban armados, hacían guardia en los techos por posibles enfrentamientos. El líder de los radicales, Aparicio Islas[28], le preguntó a su gente quién era yo y dio la orden: "*A este alemán me lo limpian primero*". Eso me lo contó después un peón. De repente hubo tiros y llegó a paso ligero una sección militar para poner orden. /23/ Arriba, en la torre de la iglesia, veía a los policías preparando sus armas. Luego se supo que algunos *gauchos* habían tirado tiros al portón del comité del partido contrario para evitar las elecciones. Intercedió el comisario, que también iba armado, y logró evitar un enfrentamiento, pero igualmente al día siguiente se encontraron los líderes de ambos partidos en la estación de tren. Hubo trifulca y todos disparaban con sus revólveres. Resultado: Carlos Costa muerto, el hermano de Islas muerto y Aparicio Islas herido. Para ese entonces yo ya había regresado con mi gente. En esa oportunidad conocí también a Antonio Cambaceres, uno de los descendientes del Cambaceres que fue cónsul en tiempos de Napoleón. Tenía una casa en Bragado, donde me alojé durante las elecciones. Carlos Costa había estudiado en Heidelberg, hablaba algo de alemán y me había invitado a cazar avestruces en su estancia. Al final se fue a cazar al otro mundo, pero sin mí y con una bala en la cabeza.

Para explicar el proceso de las elecciones, tengo que agregar que cada partido tenía su comité con su *escritorio*, donde los partidarios se deleitaban con asado con cuero, mate y vino hasta que les tocaba el turno de votar. Siempre votaban seis hombres de un comité y después seis del contrario. La mesa de elecciones con la urna se encontraba frente a la iglesia. A las cuatro en punto finalizaba la votación. Por tanto, cuando a la gente de un partido se le impedía votar por algún motivo, el partido estaba en desventaja. Todos los electores traían una *cédula* que era revisada por los jefes de mesa antes de emitir su voto. Conseguían hacer votar a los muertos o a gente que ya no vivía en el distrito, y me indignaba escuchar cómo instruían a las personas en el comité, acerca de cómo se llamaban o cuántos años tenían. Era gente que no tenía *papeleta*. Estaba claro que eso todo el tiempo era motivo de pelea o discusión, /24/ y el partido que iba perdiendo trataba de evitar las elecciones con disturbios o violencia. Todavía en tiempos de H. Irigoyen, hace pocos años, en un pueblo cordobés los radicales se llevaron las urnas. Así se sigue haciendo hoy en día[29], y, aunque parezca increíble, el gobierno de turno espera poder influir

---

[28] En ese entonces, el primer intendente de facto de Bragado, más tarde electo diputado provincial. El autor presenció ese momento histórico de Bragado.

[29] El texto se escribió en 1939, estamos aquí ante una de las prolepsis que integran el tiempo de la narración con lo narrado.

en las próximas elecciones a favor del pueblo y de la Argentina, para que continúen con Ortiz-Castillo en el poder. Un país con tantos analfabetos y personas poco educadas, que tienen el mismo derecho a voto que la clase superior, o sea el derecho a las elecciones generales e igualitarias, tiene por ende la desventaja de que la mayoría ayuda a llegar al poder a un gobierno que es incapaz de gobernar bien. No es el programa, ni la voluntad o la incapacidad del elegido, pero cada partido obtiene sus votos solo por promesas personales, que muchas veces son imposibles de cumplir. Por este motivo enseguida aparece la insatisfacción. Por otra parte, no todo el mundo tiene el don de ser un buen gobernante; además de habilidades, se ha de poseer también carácter y experiencia. En el caso de Ortiz-Castillo existen ciertas garantías que se basan en el éxito del gobierno de Justo.

**IV**

Hasta 1895 estuve en La Matilde, a veces a gusto y otras a disgusto de los hijos, pero el viejo siempre se mantuvo afectuoso conmigo. Temprano por la mañana, mientras tomaba durante horas su mate amargo, me hacía llamar y me preguntaba por todo: cuánto maíz, cuánto trigo, cuántos corderos, cómo andaba la sarna, etc. De vez en cuando también contaba episodios positivos de su vida y fue él quien me aconsejó no usar armas como era costumbre allí. Me dijo: "*Mire, dése cuenta que primeramente Ud. mismo se sugestiona, creyéndose más fuerte con/25/fiando en el arma. Ud. querrá imponerse por la fuerza. Segundo: viéndolo con un arma la gente le tendrá miedo y tratará de defenderse y aventajarlo. Tercero: por más coraje y puntería que Ud. tenga, no se podrá medir con uno de estos salvajes para los que no hay más ley que dominarlo y tal vez eliminarlo*". Nunca más llevé armas y traté de evitar los enfrentamientos con tranquilidad y sensatez.

Me podría haber quedado tranquilamente en La Matilde, pero siempre tuve muchos humos. Quería progresar, ser independiente, dueño y señor de algún pedazo de tierra. Hablé con el viejo y le comuniqué que tenía pensado viajar a Alemania, para tratar de reunir, con la ayuda de parientes y amigos, un pequeño capital que me era indispensable para concretar mis planes. Había ahorrado unos 2000 pesos. Para abaratar el viaje me empleé como capataz en un barco inglés de transporte de ganado, que llevaba 400 novillos a Liverpool para la empresa de exportación Kingsland & Cash. Fueron cuatro malas semanas. Todos los días había que limpiar el estiércol, darles de beber y comer a los animales, y cuando la mar se encrespaba, dejaba de ser una diversión. Llegado a Liverpool fui a tierra para cambiar una libra que le debía al cocinero. En un bar del puerto me tomé un brandy y quise pagar con la libra. El hombre no tenía cambio y me tuve que tomar un brandy en otro bar. Eso fue demasiado para mi cerebro poco acostumbrado al alcohol y me puse de un estado de ánimo alegre que dos *compañeros* aprovecharon para festejar la llegada. Solo me pude deshacer de los tipos tomándome el tren de la tarde a Harwich, para después seguir viajando. Ellos –un inglés y un danés– me llevaron de un bar a otro, y cuando en uno de /26/ lo bares le tiré una rosa a una belleza de mala reputación, se acercaron otras muchachas que vivían en la misma calle, para beber todas juntas por mi cuenta. Solo me acuerdo de haberme visto en circunstancias similares dos o tres veces. Normalmente el alcohol no se me sube a la cabeza, sino que se hace notar en el estómago, con lo cual dejo de beber.

## V

Después de cinco años de ausencia, volvía a pisar el viejo continente. Rotterdam, Colonia, Karlsruhe. Estoy nuevamente en Alemania. Me presento con un sobretodo amarillo ante la tía Elisa. Mi hermana Gertrud casi no reconoce a su hermano vestido en Inglaterra. Después de las primeras impresiones y relatos, sin pérdida de tiempo intento lograr mis objetivos, que eran de dos tipos. En medio de tanto trabajo y tanta lucha por la supervivencia, nunca había perdido el anhelo interior que me inclinaba hacia el arte. En todas partes donde estuve anhelaba dibujar y pintar. La oportunidad de probar mi talento y proseguir con mis estudios comenzados en Neuchâtel era tan tentadora que no dudé en asistir a la Academia de Arte de Karlsruhe[30]. Allí por primera vez aprendí realmente a concluir algo. Una y otra vez tenía que estudiar las luces y las sombras en todas sus formas y fuerzas, y sopesar unas con otras. Allí nacieron los dibujos en carbonilla, en ese tiempo también creé la cabeza romana que le regalé a Lya. Si en ese momento hubiera descubierto en mí un talento verdaderamente genial, sin duda hubiera podido dedicarme de lleno al arte. Pero la prudente e inteligente crítica del profesor no me daba confianza en poder lograrlo realmente. Quizás hubiera sido un buen pintor, pero no uno genial. Y la mediocridad en el arte no tiene buenas expectativas.

Así que me dirigí /27/ a mi próxima meta: buscar capital para independizarme en la Argentina. A través de un representante en Buenos Aires había recibido una recomendación para la casa Epperlein & Co[31]. y allí me dirigí con mis planes para fundar una sociedad accionaria. La gente de la casa se interesó por el plan y querían participar como comisionistas y administradores. Solo podían aportar un pequeño capital y yo tendría que reunir el resto de los accionistas. En primera término se encontraba la casa Giesecke & Devrient en Lipsia, cuyo director, Alfons Devrient, tomé en consideración por el parentesco. Me recibieron con gran amabilidad y sobre todo la madre de Alfons se mostró muy amigable conmigo en todos los aspectos. Lamentablemente falleció al poco tiempo. También era un buen amigo el hermano, Artur, que más tarde murió en un duelo. Alfons estaba dispuesto a participar si se lograba reunir el resto del capital. Su participación dependía de la de la firma Stöhr & Co. y de Engelbert Hardt, así como también de la del inventor de Harina Thomas, para la cual obtuve su recomendación. Engelbert Hardt me dijo que ya habían tenido suficientes experiencias negativas con su estancia Isla Verde[32]. El dueño de Harina Thomas tenía interés

---

[30] La Academia de Arte (*Kunstakademie*) de Karlsruhe había sido fundada en 1854 por el Príncipe Regente y después Gran Duque de Baden, Federico I, como Escuela de Arte Granducal, y durante sus primeras décadas se desarrolló en ella ante todo el paisajismo. Luego, en el siglo XX, formó parte de las tendencias de vanguardia. Proveniente de Argentina, también tomó cursos en ella el conocido pintor Adolf Methfessel, en un viaje realizado en la década de 1880.

[31] Epperlein & Co. en Buenos Aires o Casa Epperlein, a fines del siglo XIX y comienzos del XX, importadora de pianos y otros instrumentos musicales.

[32] Entre los empresarios alemanes a los que se dirigió Devrient, el que tenía experiencia en la Argentina fue Engelbert Hardt (1847-1918), fundador de la estancia Isla Verde en el sur de Córdoba, sobre la que Alberto Bischoff, historiador local, escribió con sus colaboradores los libros *Isla verde ¿Riesgo o aventura? Historia de inmigrantes*. Municipalidad de Isla Verde 2006. También *Nuestra historia*. S. d., 2001. Y *Un tintero de recuerdos, una memoria centenaria. Centenario: Fundación Escuela Nacional N°51, hoy Provincia Santiago del Estero; Isla Verde*. S. d., s. a. Ver también Delius 2018: J 13-16.

si me comprometía a usar Harina Thomas como abono. Yo le expliqué que si se agregaban esos gastos a los costos, la rentabilidad se perdía. Albert Wagner de Berlín ponía los últimos 10.000 pesos, Burgeff, 5.000, en fin, todos querían ser los últimos, ninguno el primero. El único que metió la mano en el bolsillo fue el padre de mi amigo Hildebrand, de Weinheim, que me dio 5000 marcos en mano. En Lipsia ya teníamos un campo en vista que estaba a la venta, un campo de Robert Hohmann[33] en Entre Ríos. /28/ El dueño vino de Fulda a Lipsia e hicimos el negocio ad referéndum, pero al final todo quedó en nada. Un tal barón Neurath había emitido un dictamen sobre el proyecto en su calidad de agrónomo. También acepté su invitación a visitar su propiedad en el Harz[34], aunque el proyecto, a pesar de haberse frustrado, tuvo su parte positiva ya que pude entablar contacto con todos los miembros de la familia y sus conocidos. Inclusive recuerdo a mi cuñado Schichtmeyer de Danzig, el ingeniero Hans Wagner y muchos más. Pero por supuesto mis expectativas eran demasiado altas e ilusorias. Para fundar un emprendimiento se necesitan bases más sólidas que la buena voluntad y el entusiasmo. A Hohmann me lo crucé más tarde en un remate de ganado y llegué a tener un contacto más cercano con él. Epperlein falleció de fiebre amarilla en Bahía en un viaje a la Argentina.

De todas maneras, regresé a la Argentina con 5.000 marcos en el bolsillo, esta vez vía Génova, en el vapor italiano Vittoria, que más tarde se hundió en la costa española. Dicho sea de paso, el Dom Pedro también se había hundido en el golfo de Vizcaya.

Inmediatamente después de mi llegada a Buenos Aires fui a ver a mi antiguo patrón, Máximo Fernández, que me dejó su estancia Ituzaingó, enfrente de la estación San Emilio, para que la explotáramos a medias, o sea que yo ponía el ganado y él, la casa y la tierra. Mi trabajo consistía en vigilar todo el campo, especialmente a los dos o tres colonos que él había permitido que se asentaran allí.

## VI

Con el dinero que me había prestado Hans Kriess, mi buen y querido amigo de la juventud, en ese entonces subteniente del regimiento Conde Horn, Tréveris, empecé a comprar ovejas para explotar el campo. Para esa época yo ya estaba casado, también había conocido al mayordomo de la estancia San Luis, el señor Riedel, y había estado allí en varias oportunidades. La administración de esa estancia estaba en manos de Carlos A. Diehl[35], cuñado de Ernesto Tornquist.

---

[33] Robert Hohmann, Entre Ríos. En 1922 un tal R. H. introdujo ciervos colorados en su estancia Collunco, en el norte de la Patagonia, cf. Jorge R. Navas, "Los vertebrados exóticos introducidos en la Argentina", *Museo Argentino de Ciencias Naturales "Bernardino Rivadavia".* Zoología. XIV/21987: 20.

[34] Complejo montañoso en el centro-norte de Alemania, a cuyo pie se encuentran varias ciudades importantes como Gotinga, Weimar y Hildesheim.

[35] "Carlos Alejandro Diehl (1855, Brasil -1920, Buenos Aires o Mar del Plata, se casó 1888 con Isabel Altgelt, 1858-1935) [...] descendía de una familia de origen alemán-alsaciano, que había emigrado a Brasil, Uruguay y [...] se educó en Bruselas y Brujas, Bélgica, fue hacendado, director de Estancias y Colonias Curumalán y de las Estancias ErnestoTornquist. Fue dirigente de la Sociedad Rural Argentina 1888-1910 y actuó como jurado en las exposiciones de Palermo. Fundó en 1905 el pueblo América, partido Rivadavia, provincia Buenos Aires. Poco

Era un hombre muy apreciado en el ambiente de las finanzas y reunía capacidades comerciales y técnico-agrarias. Un agricultor sin sentido comercial posee escaso valor, especialmente aquí en la Argentina. Muchos buenos e inteligentes agricultores fracasan o no prosperan porque carecen de sentido comercial. Un emprendimiento agrario solo es lucrativo cuando se lo trabaja correctamente, tanto en lo técnico como en lo comercial. Hay que recuperar los intereses del capital, así como los gastos generales y personales, y recién después de haber ganado todo eso puede hablarse de una ganancia real, si es que queda algo.

Un hombre como C. A. Diehl representaba para mí una posible relación de la cual podría beneficiarme y especialmente aprender mucho. Lo comprendí en cuanto oí hablar a Riedel de aquel hombre. Mi compra de ovejas era la ocasión ideal y cuando Diehl vino otra vez a inspeccionar la estancia, me presenté sin amedrentarme por tener que cabalgar diez millas para conocerlo. Allí por aquel entonces se montaba siempre *con caballo de tiro*.

Me presentaron pero por lo visto no le causé buena impresión. Solo cuando le dije al señor Diehl: "Ya que está tan ocupado, prefiero volver otro día", me escuchó. Yo sabía /30/ que Diehl no era amigo de las ovejas y que con gusto me vendería las suyas viejas. Así que escuché con satisfacción su respuesta: "Ah, pensé que se quedaría aquí a pasar la noche y cenaría con nosotros". "Por supuesto, con mucho gusto", y entonces supe con quién estaba tratando.

Hay momentos en la vida en los que uno siente: tengo que dar lo mejor de mí. Uno siente un punto de inflexión. Así que aquella noche toqué todos los registros: idiomas, música, temas agrarios, y hasta jugué al póker. La señorita Riedel, actualmente señora de Hess, que hoy día todavía sigue siendo una muy buena amiga, me apoyaba y me procuraba oportunidades de mostrarme. Así fue cómo me granjeé la simpatía del señor Carlos A. Diehl, que no me abandonó hasta su muerte y aún hoy me es de provecho en la relación con su familia. Antes de irme a dormir, Diehl me preguntó:

–Tengo unas 2000 ovejas viejas, ¿por qué no me las compra todas?

–Porque no tengo suficiente dinero.

–¿Pero tiene suficiente campo?

–Sí, eso sí.

–Entonces hagamos así: usted paga cuando puede y paga 7% de interés.

Al día siguiente, un joven feliz volvía a casa con 2000 ovejas, a razón de dos pesos cada una.

Así fue como conocí a Diehl y esos fueron mis comienzos. En realidad no eran míos, porque la primera compra de ovejas la hice con dinero que me había prestado el padre de un amigo. Eran 5000 marcos que había traído de Alemania

---

después de 1900 Diehl formó una sociedad a medias con Eduardo Devrient. En la mensura judicial 1902 de La Esperanza y Las Vacas se menciona como colindante en 1902 a Carlos A. Diehl, La Constancia, representado por E.(duardo) Devrient. En el mapa Peralta 1905 La Constancia [...] sigue siendo de Diehl y Devrient. Todavía figura como de Diehl y Devrient en el atrasado mapa Córdoba 1924. Sin embargo, como lo relata Devrient, él pasó a ser el dueño único (ver abajo) de la La Constancia alrededor de 1902, Diehl vendiéndole su mitad del campo por 15 pesos la hectárea" (Delius 2018 F 95-96).

gracias al dueño de un molino, el señor Hildebrand de Weinheim[36]. Tuve la suerte de gustarle a su hija, pero la mala suerte de que ella no me gustara. No me era posible entonces casarme con ella y finalmente llegó a ser un asunto muy embarazoso para mí, teniendo en cuenta la generosidad del buen padre. Aquel dinero lo devolví en el año 1899 o 1900, con intereses sobre los intereses y mi agradecimiento. Solo recibí un recibo. ¡Uno no puede venderse!

Y bien, con ese primer dinero compré un rebaño /31/ de ovejas en la pampa, más allá de Bolívar. Creo que fueron unas 40 millas que tuve que hacer a caballo y 40 millas de regreso arreando el rebaño de ovejas. Fue un gran esfuerzo y llegué con mis ovejas a San Emilio en un estado calamitoso. Veinte días arreando ovejas por trechos sin agua, de noche durmiendo sobre la montura y a veces empampado por la lluvia. Perdí quince kilos, pero estaba rebosante de salud. Por lo demás, en esa compra de ovejas me pasó lo siguiente: el vendedor era un viejo vasco. Yo tenía dinero para comprar 600 ovejas, pero no las 1000 que él quería vender.

*–¿Y de ande, amigo, venir tan lejos comprando majada?*

*–Pues vengo de San Emilio, donde tengo arrendado el campo Ituzaingó.*

*–No diga, amigo, fortín Ituzaingó, yo pelear contra los indios, matar un Indio grandote con Winchester, trabajando con Máximo Fernández, cuidado majada.*

*–Pues Máximo Fernández es mi patrón y socio. Yo doy majada, él el campo y las ganancias a medias.*

*–Pues amigo, entonces usted llevar toda la majada nomás, y pagar cuando pueda*.

Un viejo criollo, su hijo y yo llevamos las ovejas. Entre los pajonales encontré los botones de un uniforme, restos de un soldado que dejó allí su vida en una expedición contra los indios. ¿Fue una bala la que lo mató o fue la sed? Al muerto seguro lo enterraron los peludos. Los botones los quiso el vasco, ya que habían sido encontrados en su campo.

Así fue como llegué a ser dueño de entre 3000 y 4000 ovejas aproximadamente, la mitad de cuyo beneficio fue entregado a Máximo Fernández. No cabía duda de que mi personalidad infundía confianza. Además iba a trabajar con dinero prestado solo al comienzo. Sin embargo, la confianza no fue tanta como para fundar en 1895 una sociedad para un emprendimiento /32/ agrario en Argentina. Ningún miembro de mi familia se decidió a comprar ni una sola acción. Se negaban con un poco de asco, hasta mi vieja tía querida prefirió darle sus ahorros a otro aventurero. Y como él vivía en Francia, en tiempos de inflación pudo devolverle los 10.000 marcos con unos cuantos francos, y mi buena tía tuvo que conformarse con sus 10.000 marcos que no tenían ningún valor.

---

[36] La empresa molinera Hildebrand pertenecía a un grupo de seis molinos ubicados en el valle del río Weschnitz y el arroyo Grundelbach en las inmediaciones de Weinheim, Baden. En la segunda mitad del siglo XIX, Hildebrand instaló un molino eléctrico, mucho más potente que los tradicionales molinos de agua, y por consiguiente más rendidor, en Mannheim, edificando en su lugar de origen en Weinheim una grandiosa mansión, actualmente muy deteriorada.

**VII**

Mi primo Karl, que me había seguido a la Argentina y había conseguido trabajo en la quesería de La Matilde, había desaparecido cuando regresé de mi viaje a Europa. Yo le había aconsejado que se quedara en La Matilde hasta mi regreso. Los parientes siempre me cargaban de obligaciones, además le había prometido a su madre que lo vigilaría. Le hacía ese favor a mi tía Elise con mucho gusto, porque siempre la valoré por la severa pero correcta forma en que educaba a sus hijos y por el coraje con que siempre defendía sus opiniones. Mi madre era más blanda y se podría haber supuesto que su educación tendría menos éxito, pero después la vida demostró que la severidad no siempre hace que los niños alcancen mayores éxitos que la suave bondad y el aflojar un poco las riendas. En resumidas cuentas: los hijos de la tía Elise no eran mejores que nosotros.

Mi primo Karl había desaparecido y escuché que estaba trabajando en una quesería de Chacabuco. Con Máximo Fernández me había puesto de acuerdo respecto a la administración y explotación del campo de Ituzaingó. Yo había traído el rebaño de ovejas y administraba la chacra. Para eso necesitaba encontrar un fiel y honrado compañero y ayudante. Y quién mejor que mi primo Karl.

/33/ Ensillé mi rosillo overo, un animal de excelente complexión que tenía todo el pelaje salpicado de pequeñas motas rosadas, y tomé de las riendas a Héctor, el Malacara. Era una tarde muy sofocante, y los caballos estaban empapados de sudor. Cuando finalmente se divisó una fuerte tormenta en el horizonte, procuré encontrar un techo seguro. Me encontraba en la salida de la estancia de Segundo Arce, tristemente conocido por haber asesinado a su amante y haberla enterrado en el patio. Había allí un buen rancho con galpón, donde justo estaban entrando un rebaño de ovejas, y decidí probar mi suerte. En respuesta a mi "Ave María" acudió una muchacha muy bonita, que desapareció enseguida para volver a aparecer luego con una vieja de vestido marrón. Como me enteré después, el vestido marrón lo llevaba puesto para cumplir con un voto.

–*Vengo á pedirle permiso para bajar y pasar la noche, si es posible; ¡está subiendo una tormenta brava!*.

Una mirada escrutadora y luego:

–*Bájese mozo, puede manear los caballos, y pase adelante*.

El rancho tenía los dormitorios de la familia, y en el galpón estaba el fuego, donde se reunían todos. En el sillón forrado de cuero estaba sentado un gaucho muy marcial con el chambergo en la frente, bota de potro y tirador de plata. Sorbía lentamente su mate, era pura dignidad y casi no miraba al extraño, al cual ahora se le ofrecía asiento. Aquel hombre era Pantaleón Arrieta, segundo esposo de la hija de la vieja, que era la abuela viuda y dueña de todo. La bonita muchacha ofrecía el mate, y su apariencia segura y su gracia me encantaron desde el primer momento. La vivienda estaba bajo la completa influencia de la abuela, y las viejas costumbres criollas se respetaban rigurosamente.

/34/ Al día siguiente, cuando los jóvenes saludaban a la abuela, escuché que le pedían su bendición: "*¡La bendición, abuela!*", a lo cual la vieja contestaba casi severamente: "*Bueno, m'hija*". Mientras tanto, fumaba cigarrillos liados por ella misma y guardaba en su pecho la única caja de fósforos como un tesoro. La nieta evitaba pedirle un fósforo. Por supuesto que el nieto Pedro era lo opuesto de la ahorrativa y tacaña vieja. Había pasado tantas noches jugando que después de

unos años no quedaba mucho de las vacas, las ovejas y las yeguas. Pero nadie le pedía rendir cuentas, la locura del nieto por el juego se tomaba con sosiego y como una providencia de Dios. No obstante, me dio la impresión de una vida de familia muy tradicional, sencilla y laboriosa. La abuela había migrado con su marido desde la provincia de San Luis y habían sido unos de los primeros en sembrar trigo y maíz en Carmen de Areco, con lo cual habían logrado cierto bienestar.

Las continuas invasiones de los indígenas los habían ahuyentado de San Luis. La abuela contaba que tenía siempre atado en la puerta el caballo con la montura puesta y que más de una vez había tenido que huir con su hijo en la noche para buscar refugio en el fortín. Eran personas calladas, acostumbradas a peligros de todo tipo y endurecidos por las privaciones. El siguiente suceso da muestras de su forma de ser: El pequeño Pedro juega cerca de su madre Mercedes, que está lavando, él se cae en el pozo, la madre enseguida salta tras él, se quiebra una pierna, pero igualmente sostiene al niño fuera del agua, hasta que después de un rato escuchan sus gritos de auxilio y los sacan. Los abuelos se llamaban Quiroga y no es poco probable que fueran parientes de los Quiroga que habían sido dueños de Las Raíces[37].

El destino me había llevado hasta la mujer que hizo que mi vida fuera digna de ser vivida, gracias a su fidelidad, /35/ su laboriosidad, su tranquilo entendimiento y su tacto, sin olvidar su apego al terruño y su saludable belleza. Mi camino me llevaba a menudo hacia ella, hasta que finalmente fue mi esposa.

A mi primo Karl lo encontré en Chacabuco y lo convencí de venir conmigo a Ituzaingó, donde al principio vivíamos en una casilla con dos ruedas en las condiciones más precarias. Mi pequeño capital estaba invertido en la compra de las ovejas y quedaba muy poco para la subsistencia. Había que aprovechar todas las posibilidades para generar dinero. Por ese motivo recortamos las melenas de los caballos y mi primo Karl se fue con una bolsa donde pusimos las crines lamentablemente junto con una docena de huevos. Cuando llegó a Los Toldos, los huevos estaban rotos y las crines tan sucias que el comerciante solo por compasión le dio unos pesos que apenas alcanzaron para comprar un poco de yerba, azúcar y galletas. Vivíamos casi solo a base de zapallos, que eran muy ricos cocinados sobre ceniza, pero ahora no puedo ni verlos, enseguida me acuerdo de la casilla, de la cocina de chala y del viento que hizo que la casilla se desequilibrara y cayera con mucho estruendo, tirando nuestro campamento y a nosotros mismos contra la pared de tablas.

## VIII

Habían pasado varios años de arduo trabajo en Ituzaingó, cuando Máximo Fernández decidió repartir su propiedad entre sus tres hijos. A Máximo chico, el hijo menor, le dio San Román, y como nos llevábamos muy bien, me propusieron asociarme con él con mi propiedad de ovejas. Acepté de buen grado, ya que imaginé que con un mayor capital iba a avanzar más rápido. Pero al poco tiempo se puso de manifiesto que /36/ yo estaba acostumbrado a trabajar solo. Mi naturaleza no toleraba la dependencia. Máximo chico, como hijo del dueño,

---

[37] Estancia que adquirió el autor en 1935, luego de vender La Constancia, véase págs. /92-95/.

pretendía valer más que yo, y así fue como por una pequeñez hubo una disputa, tras lo cual me retiré. En ese momento me acordé nuevamente de Carlos A. Diehl y, como él justo había comprado un campo muy barato en Córdoba y necesitaba un socio industrial, me asocié con él y así fue como comenzó La Constancia[38]. Diehl había comprado la hectárea a 8 o 10 pesos y me vendió la mitad a 15, o sea que prácticamente compró todo el campo con mi dinero. Mis ovejas se las había vendido a Fernández, con quien fuimos muy amigos hasta su muerte, al igual que con mi antiguo y buen patrón Fernández padre.

El año 1900 me lleva a Bell Ville con esposa y dos hijos, Rico y Lola, y ahora con suficiente dinero para arrancar. Con treintaiún arados dobles, parte con bueyes y parte con caballos, aré unas 2700 hectáreas y sembré alfalfa en un año y medio de mucha sequía, a veces incluso de noche. Fue la mejor alfalfa de la zona, gracias a la nueva tierra donde no crecía ningún yuyo, aunque no se había arado lo suficiente. Después de un año y medio pudimos poner animales en el campo.

Tengo que contar un episodio del arreo de ovejas desde la pampa. Poco después de Bolívar, el rebaño se frenó frente a una laguna, un pantano que ocupaba todo el ancho del camino. Con el lazo arrastramos un par de ovejas como señuelo al otro lado, pero a pesar de los silbidos y gritos, nos fue imposible hacer cruzar a las bestias. De no ser por la cercanía al pueblo y porque me encontraba en la estancia de Unzué, habría cortado el alambrado. No quedó otro remedio que cabalgar a la estancia y pedir permiso para abrirlo. /37/ Allí me encontré al administrador general de todas las estancias de Unzué con toda su comitiva. Era un imponente inglés[39] con una figura de general, que apenas si abría los labios para hablar y para dirigir. Me sentí muy pequeño y miserable cuando le hice mi petición, que fue concedida con un movimiento de cabeza casi imperceptible. Más tarde, el destino quiso que ese inglés fuera nuestro vecino en La Constancia y un buen amigo. Compró el campo vecino de Las Vacas y Alfonsito. Tiempo después[40] compró unas 10.000 hectáreas en Gral. Lavalle, viajó a Inglaterra, participaba en cacerías de zorro y llevaba una vida holgada confiando en su buena estrella. Pero murió siendo pobre. Lo visité en el Hospital Británico cuando estaba solo y abandonado antes de su muerte. Los intereses de las hipotecas fueron más fuertes que él y lo hicieron sucumbir. Gozaba de amplio reconocimiento como gran conocedor y buen administrador. Pero cuando los productos pierden su valor, como pasó con el ganado en 1922-23, cuando las vacas se vendían a 7 y 8 pesos, y los terneros a 3, cuando no me animé a comprarle a mi amigo Bothamlay unos novillos a 15 pesos, en tales épocas solo prosperan los que no tienen deudas y en ese entonces yo solo tenía una hipoteca del Banco Nacional Hipotecario. De esos tiempos también conozco el caso del hermano de Lorenzi, que había comprado un gran lote de vacas lecheras a 17 pesos y se fundió al venderlas. Por entonces un gallo costaba 10 pesos en La Constancia, una vaca salía menos.

---

38 Situada a poca distancia del pueblo de Ordoñez en el sureste de la provincia de Córdoba.

39 Delius (2018: F 91) piensa que se trata de Harry Reid, estanciero escocés, dueño de Las Vacas y, probablemente, de Alfonsito. Ese amigo muere hacia 1920.

40 Comienza aquí una segunda prolepsis, salta de 1900 a 1922-23.

Contando esto me adelanté a 1922, vuelvo ahora al año 1900.

La Constancia estaba totalmente lista y alambrada con siete hilos y dividida en 10 o 12 potreros. Una buena casa nos hacía la vida agradable. Un aljibe nos proporcionaba buena agua potable, /38/ pero, esa era la desventaja de La Constancia, a cinco o seis metros de profundidad el agua era salada. Esta desventaja se hizo notar muy pronto. Diehl compraba en la provincia de Buenos Aires novillos de segunda calidad acostumbrados al agua dulce, para hacerlos engordar en poco tiempo con alfalfa para el frigorífico. Precio: 55 pesos. Llegaban por tren hasta Etruria, donde yo los iba a buscar. Los animales se negaban a tomar el agua salada, a pesar de que les hacía correr agua fresca constantemente. El 3 de enero fue un día muy caluroso, el sol había salido de un color sangriento, el ganado bramaba de sed y de pronto vi caer a algunos de ellos. Insolación. Tratamos de salvar a algunos dándoles agua del aljibe, pero de los 300, 60 murieron de sed frente a nosotros. Un cuadro espantoso que me quedó grabado en la memoria, y más aun sintiéndome responsable y a la vez impotente. Fue el inglés el que se enteró del asunto y me ofreció una laguna de agua dulce hasta que pudiera ubicar en algún lado al resto del ganado. Día y noche cavamos en el norte del campo un pozo en la tosca y conseguimos agua de buena calidad a cinco metros, pero poca, hasta que más tarde hice cavar nuevamente y luego con ayuda de un molino extraje suficiente agua. El buen inglés nos había salvado el resto de los animales. Diehl, que ya había tenido otro campo en Bell Ville y conocía el tema del agua, había pensado que los animales se iban a acostumbrar. Y así hubiese sido si los animales hubieran llegado en invierno, ya que habrían tenido más tiempo. Pero el calor de 42 a 44° a la sombra tiene que haber sido espantoso para esos animales que ya venían sufriendo sed desde hacía largo tiempo.

Otra pérdida grande la sufrimos por las *garrapatas*. La *tristeza*, en ese entonces, aún no había sido estudiada ni era conocida. Sí se sabía que en el norte había *garrapatas*, pero yo, al menos en aquella época, desconocía que en una sola noche o con solo pasar por un campo de *garrapatas* se infectaba el ganado. /39/ Tengo que reconocer que en los diez años en lo de Fernández, en La Matilde, no tuve oportunidad de adquirir más conocimientos, quizás porque en esos tiempos todo se manejaba muy primitivamente. Es por eso que yo no poseía la suficiente experiencia. Pero siempre tuve una firme voluntad y un gran entusiasmo para administrar campos con alfalfa en otro tipo de zonas, y Diehl siempre tuvo mucha paciencia para observar cómo yo aprendía. Claro que aprendía *a golpes*, que también lo afectaban a él. A través de un corredor, Julio Barriat, conocí a Emilio Ortiz, que compraba mucho y volvía a vender, y lo hacía con el dinero que sacaba de los bancos descontándolo de letras con dos empresas. Este hombre también habría de ponerse de mi lado. Pero la primera vez la venta era al contado. Compré 200 vacas de primera calidad a 50 pesos, el ternero sin costo adicional. Eran terneros de hasta seis meses y de alta calidad. Los animales fueron arreados desde San Jorge[41] y debían pasar por los

[41] Al oeste de Santa Fe.

campos bajos y boscosos de Fortín[42]. Una parada de noche bastó para causar el desastre. Después de dos semanas noté que una vaca tenía sangre en la orina y no se podía levantar. Inexplicable. El animal, al igual que algunos otro ejemplares, murió de *tristeza*. Finalmente se descubrió la causa, y se veía a simple vista una vez que las *garrapatas* crecieron. El campo estaba invadido de *garrapatas* y tuve que bañar a las vacas un año entero para poder poner las cosas en orden.

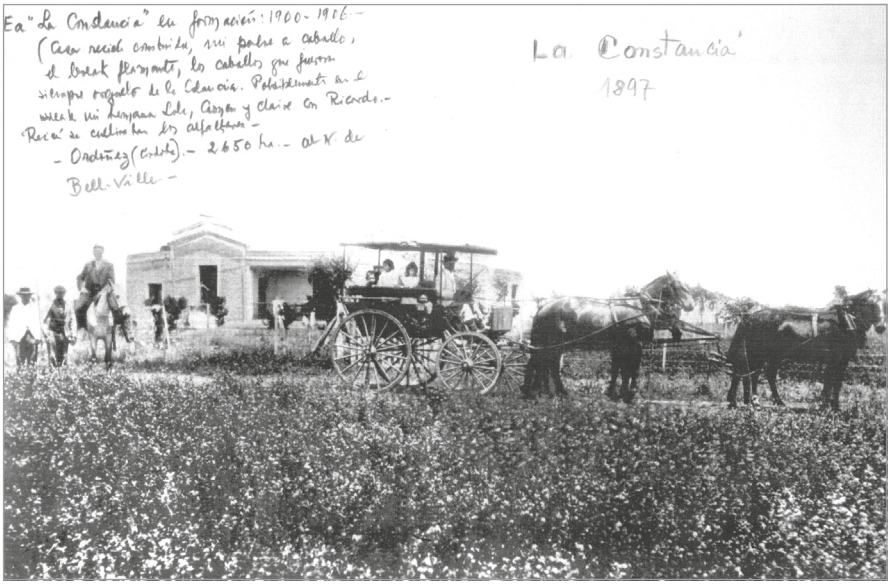
A pesar de estos contratiempos, no se había debilitado la confianza de Diehl en mis habilidades y características morales. Él era un típico hombre de campo y conocía muy bien su oficio como para ignorar que no se podía saber de todo ni se podían evitar algunas pérdidas. /40/ Cuando le ofrecieron un nuevo campo de 5000 hectáreas en R. Cárcano, a 7,50 pesos la hectárea, me envió allí para verlo y examinarlo; y mi informe fue tan hábil y convincente que Diehl compró el campo a 5,50 pesos. Como el campo tenía muchos bosques y bajos, no valía más que eso. Con 80.000 pesos en la cartera, firmé el contrato de compra a su nombre. Para mí fue algo inquietante extraer el dinero del banco y llevarlo a la escribanía. Después de un tiempo, Diehl hipotecó el campo en 120.000 pesos y al cabo de tres años lo vendió en 300.000. Yo me quedé boquiabierto. ¡Eso sí que eran altas finanzas! Diehl me asignó $20.000 por mi intervención. El intermediario del negocio fue el doctor Ramón Cárcano[43], a quien conocí entonces y más tarde durante su campaña electoral se acordó de mí. En la estancia de Cárcano también conocí a su joven hijo, Miguel Ángel, hoy reconocido ministro de Agricultura, que le dio al país algunas leyes muy buenas.

Era aproximadamente 1902 cuando mi hermana Gertrud se vino a vivir conmigo. En el barco conoció a Thomsen, un joven cuya familia poseía una quinta llamada La Selva cerca de Montevideo y unas 2500 hectáreas de campo cerca de Las Rosas. Mi hermana se casó en Buenos Aires, se mudó a Montevideo y a mí me ofrecieron administrar La Oriental con Hugo Thomsen como mayordomo. Como yo ansiaba tener cada vez más responsabilidades, más trabajo y más ingresos, viajé a Buenos Aires y le expuse a Diehl la cuestión. Se mostró tan poco entusiasmado por que yo quisiera administrar también otra empresa, que me dijo abiertamente que no le gustaba la idea y que ya no quería trabajar en *condominio*, que La Constancia debía pertenecerle a él o a mí. /41/ Le dije –íbamos caminando por la calle –que si estaba dentro de mis posibilidades, me quedaría con gusto con La Constancia. ¿Cuánto costaría? "¡*Ponga precio*!", dijo Diehl. Como el campo había sido tasado por la Sociedad Hipotecaria en $300.000.-, yo ofrecí pagar ese precio. "*Bueno, hay $150.000 en hipoteca, $75.000.- es su haber más o menos entre valorización etc. y su capital, y por los $75.000.- restantes me firma un pagaré, que yo descontaré en el Banco Alemán y que Ud., poco a poco va amortizando. ¿Está conforme?*". En cinco minutos nuestro negocio estaba cerrado, y yo era dueño de La Constancia, con sus 2700 hectáreas de alfalfa. A partir de aquel momento estuve endeudado hasta el

---

42 En Córdoba, casi en el límite con Santa Fe, a 169 km. de Ordoñez.

43 Ramón C. Cárcano (1860-1946), importante historiador, político y estanciero, fue gobernador de la provincia de Córdoba en 1913-1916 y 1925-1928.




Postal La Constancia, 1897, con varios hijos de Eduardo Devrient.

cuello y esa situación duró hasta 1935, pero era dueño de 2700 hectáreas de buena tierra, con lo cual me uní a las filas de los estancieros que tenían crédito en el banco. Aunque pagué cara La Constancia para esos tiempos, sentí que no podía dejar pasar aquella oportunidad. En el ajedrez también se sacrifica a veces una pieza para conseguir una posición. A partir de entonces, mi trabajo consistió en buscar créditos en varios bancos para tapar acá y destapar allá, con lo que logré repartir mi deuda del Banco Alemán entre cinco bancos. Siempre pagaba a término y con el dinero de otro banco. Al comienzo los bancos que me daban mayor crédito eran los rosarinos de los ingleses, que estaban en continuo contacto con la gente de campo y mejor orientados que los otros. El Banco Alemán, el Banco de Córdoba y el Banco Nación se dedicaban más al comercio.

Mi relación con Diehl se mantuvo en buenos términos y nada la turbó hasta su fallecimiento. En mi casa, su cuadro con su dedicatoria tiene siempre un lugar de honor, y su recuerdo me es tan preciado como si hubiese sido un amigo de mi padre. /42/ A él le debo la posibilidad de mi progreso, y sus enseñanzas me fueron de mucho provecho. Sé que hubo especulación y riesgo en su proceder, pero creo que eso ocurre en la mayoría de los emprendimientos. Hay que tener confianza en el futuro, hay que estar dispuesto a sacrificar algo, hay que saber ahorrar y siempre estar en su puesto, pero no es necesario perjudicar a nadie y mientras que se pueda dejar un lugar como hombre honrado. Yo lo demostré.

## IX

Desde 1902 hasta 1935 mi lucha consistió únicamente en conseguir el capital necesario para el funcionamiento de la estancia que había adquirido, y a su vez hacerla productiva. Un barco sin carga tampoco trae ingresos. Yo había ingresado al Banco Alemán por el pagaré endosado a Diehl. El banco tenía una sucursal en Bell Ville, bajo la dirección de un inglés llamado Mr. Miller[44]. Mr. Miller era sumamente activo, inteligente y una persona muy emprendedora a pesar de que tenía asma, pero con un dejo de aventurero. El Banco Alemán no estaba muy conforme con esta sucursal y quiso cerrarla. Como éramos una cierta cantidad los ganaderos y comerciantes que ya habíamos solicitado créditos allí, el cierre de la institución no nos era deseable y buscamos una solución. Comenté este asunto con un comerciante llamado Santiago Bergallo que viajaba conmigo en el tren, y de repente se me ocurrió una idea: podíamos crear nosotros mismos un banco con capital accionario. Convocamos una reunión y el señor Miller, que tenía muy buenas relaciones con los bancos ingleses, desarrolló un plan de acción bajo el lema: tráiganme buenas *firmas* y el dinero se consigue sin que las acciones firmadas tengan que ser pagadas en el momento o en forma completa. /43/ Eso nos gustó sobremanera, y cada uno firmó por 10, 20 o 50 mil acciones[45]. Eran las mejores empresas de la zona, y entre los participantes había personas de intachable moral y con un buen patrimonio. El presidente de la sociedad fue Juan Benitz[46], vicepresidente Juan Canale. Solamente con esos dos, Miller pudo descontar entre 200.000 y 300.000 pesos y llevarlos al banco. Así se fundó el banco, en el fondo era una empresa muy aventurada, ya que no contaba con dinero en efectivo y se basaba solo en créditos, pero como he dicho, el directorio responsable, del cual yo formaba parte, estaba compuesto por gente decente. Recién más tarde descubrimos que había entre nosotros quienes consideraban al banco como un bien propio y retiraban más dinero del que podían hacerse responsables. Más de una vez oí decir que, ya que nosotros como directores habíamos conseguido el dinero para el banco con nuestra firma, también teníamos derecho a disponer de ese dinero. Eso fue justamente lo que hicieron los que tenían empresas de menor valor, que eran las que menos les interesaban a los que habían puesto el dinero. Miller no era el hombre indicado para manejar un abuso de ese tipo. Primero porque hacía negocios propios con el dinero del banco, y segundo porque se dejó emplear como agente financiero

---

[44] Hugo Miller es nombrado varias veces por Delius como gerente del Banco Alemán Transatlántico de Bell Ville, gerente del Banco Agrícola Comercial (que es el banco aquí comentado) y miembro fundador del Club Social de Bell Ville (2018: F 99-101), entre otras funciones.

[45] Delius documenta en 1910 la fundación de la Sociedad Anónima Banco Agrícola Comercial por parte, entre muchos otros, de "Eduardo Devrient y Luís Cordero de la estancia La Constancia. Se nominaron como presidente Juan Benitz, vicepresidente Enrique Carlomagno, gerente Hugo Miller y como síndico Hilario H. Leng. Vale recordar que el banco fue intervenido en 1915 y hubo que liquidarlo en 1916". (Delius 2018: C 33).

[46] Juan Benitz (1861 California, EEUU-1916 Cruz Grande, Córdoba) se radicó sucesivamente en Las Rosas, en Santa Fe, Fraile Muerto (Bell Ville) y La Cumbre. Cerca de Bell Ville poseía a partir de 1896 la estancia Algarrobos. Sobre este pionero, véase el libro que le dedicó Carlos Foglia, *Juan Benitz, de California a Woodgate: la historia de un pionero: 1861-1916*. C. A. Foglia 1997. Véase también Delius 2018: G 83.

de la peor de estas empresas, perdiendo así su independencia y viéndose constantemente en situaciones comprometidas. Como consecuencia de los créditos incobrables y de la presión de los bancos por cobrar, la situación empeoró tanto que finalmente tuve que interceder para efectuar la liquidación del banco. Habíamos caído en manos de personas que habían tomado el banco como propio y no podían pagar. Nuestro presidente Juan Benitz, que nunca había sacado nada para sí mismo del banco y solo había dado su firma con el fin de ayudarle a la región vecina a llegar al capital necesario, fue el primero que tuvo que pagar de su bolsillo un cheque que habían rebotado.

/44/ Lo bueno fue que a la gran mayoría de los accionistas que habían puesto el dinero, el banco les prestó nuevamente ese dinero y no lo perdieron por la liquidación. En realidad, solo los directores más solventes perdieron sus acciones y pagaron sus deudas al banco. Entre ellos me encontraba yo. Mi pérdida fue de 25.000 pesos en acciones que había pagado. Esta pérdida no fue para mí de mayor trascendencia, teniendo en cuenta que, en los años que duró, el banco me prestó todo el dinero necesario para comprar ganado y abrir pequeñas empresas, como criaderos de chanchos y de aves, y hasta una fábrica de queso. Solamente la fábrica de quesos me rendía por año 22.000 pesos de ganancia neta. Chanchos, tenía hasta tres mil, y gallinas, otras tantas, pero estas dos actividades me daban mucho dolor de cabeza y no me dejaban ganancia. En cuanto los cereales tienen valor, el alimento se vuelve muy caro. En la crianza de chanchos solo podía evitar un déficit a través de ciertas artimañas. Por ejemplo, durante la guerra[47] compraba caballos viejos, que costaban entre 5 y 8 pesos, los carneaba para los chanchos y vendía la piel por 15 a 18 pesos. En esa época compraba vagones con afrecho y afrechillo. Como la exportación de estos artículos era imposible debido a la guerra, se acumulaban montañas de afrecho en los depósitos, y como se necesitaba el espacio, estos artículos resultaban tan económicos que por la bolsa vacía se recibía más de lo que valía el contenido (un peso). Las bolsas no se podían importar y eran necesarias para la cosecha. Así que vaciaba todas las bolsas en un galpón y alimentaba a los chanchos con afrecho.

Sin tener en cuenta que tenía a disposición suficiente capital para el desarrollo de La Constancia, en un momento propicio pude deshacerme de la segunda hipoteca, que me había conseguido Mr. Higham von Owen a un 10% contra una ampliación de la primera hipoteca en el Banco Hipotecario. /45/ Para primero dar de baja la segunda hipoteca necesitaba los $100.000 en efectivo. Y Owen no quería de ninguna manera correr el riesgo de que durante los dos o tres días que yo iba a necesitar para liquidar la nueva hipoteca, entregara mi alma a Dios, por ejemplo. Benitz, que justo estaba en Buenos Aires, autorizó a Miller a adelantarme el dinero bajo su responsabilidad. Ese fue un gran servicio que nunca olvidaré y que también me acercó personalmente a él. En especial para Los Cocos, en las sierras cordobesas, fue él el primero que insistió ante el gobierno para que se arreglaran las rutas, asimismo en Bell Ville era presidente de la Comisión Pro Caminos, en la que trabajaba incansablemente a favor del programa y aportaba dinero. Yo le ayudaba en todo lo que podía. En particular

---

[47] Se refiere a la Primera Guerra Mundial.

en el escándalo del banco fui su persona de confianza y lo acompañé a Buenos Aires, donde relatamos nuestra situación al presidente del Banco Nación, el doctor Iriondo, y solicitamos intermediación. Nos encomendaron un interventor, el doctor Luxardo, con el cual, en calidad de *director-liquidador*, efectué la liquidación de las propiedades embargadas e incautadas.

Pero John Benitz falleció de muerte violenta en Los Cocos[48]. Una represa, que él mismo había hecho construir, se quebró ante la fuerte y repentina presión de un aluvión de las sierras. Sentados frente a su casa, el agua, las piedras y el canto rodado se lo llevaron a él y a sus dos hijas. La señora Benitz estaba un poco más lejos, subida a una escalera guardando frascos de conservas. A la señora Benitz le parecieron una eternidad los cinco minutos que tardó el agua en aquietarse. Cuando logró llegar a la casa principal, solo encontró un desolado montón de piedras. También escapó del desastre la hija mayor, que justo había sacado un papagayo de ese lugar. /46/ Margarita, la menor, falleció con su padre. La otra se salvó, aunque estaba semidesnuda. Las piedras le habían arrancado la ropa del cuerpo.

Fue una gran pérdida para el banco, que nació y murió con Benitz. Por cierto, si los bancos no hubieran presionado tanto con las liquidaciones, esa fundación tampoco habría perjudicado a nadie. En uno o dos años las propiedades liquidadas, La Granja, El Transvaal y algunas otras, no habrían dado 110, sino 250 pesos por hectárea, con lo cual el balance habría sido otro. Obviamente faltaba la confianza en el futuro. Cuando van bien las cosas, los bancos buscan dónde invertir su dinero; si van mal, pierden la confianza y quieren recuperar sus capitales, en vez de aguantar un poco en esos momentos y ayudar.

Tengo que relatar un drástico ejemplo para demostrar a merced de qué tipo de accionistas estábamos. Diego Hawes, un inglés muy simpático, divertido y aventurero, que había ofrecido más de una fiesta en su chalet cerca del río, nos advirtió un día que, considerando las ventajas de las que disfrutábamos en el banco y de la cortesía con la que nos trataba Mr. Miller, le debíamos un reconocimiento concreto. Propuso la compra de un automóvil. La propuesta encontró aceptación, y todos los directores firmaron y le abonaron la cuota (cada uno 1000 pesos,10.000 en total). A mí me encomendaron entregar el regalo junto con unas palabras.

Diego Hawes se esfumó poco después. Explicó que iría a visitar a sus padres. Pero nunca más volvió de Inglaterra. ¿Cómo iba a regresar? Para comprar el auto había pedido el dinero al propio Mr. Miller, aduciendo que los amigos no le habían pagado y que le daba vergüenza reclamarles. /47/ A la concesionaria le contó lo mismo: que había sido víctima poniéndose a disposición y que aceptaran un pagaré suyo hasta que los amigos le pagaran. 10.000 pesos de nosotros, más 10.000 de Miller = 20.000. Con eso se escapó. El mismo día de su partida, Miller recibió de su amigo Hawes una caja de espectaculares habanos y algo más tarde le llegó la factura, ya que Hawes había realizado la compra a nombre de Miller.

---

[48] John Edward (=Juan Eduardo) Benitz (*1861, Fort Ross, California -+1916, La Cumbre), el propietario de la vecina estancia Los Algarrobos (Delius 2018 G 83-85). Delius proporciona detalles sobre la familia de procedencia.

Cuando volví de uno de mis viajes de Alemania, encontré el ominoso auto en La Constancia. El buen Miller –*que Dios le perdone*– había descontado una letra de 10.000 pesos como mi apoderado, y como no pudo pagar, envió a cuenta el auto. El hecho es que él estaba en dificultades y tenía esperanzas de conseguir el dinero, pero suspendió y me tocó hacer honor a mi firma con 10.000 pesos. Vendí el auto a 3000 pesos a mi amigo Bothamley, los 7000 fueron contabilizados como *ganancias* y *pérdidas*. No sé cómo hice para mantenerme a flote con todos esos reveses, mudarme a Baden-Baden con toda la familia y además comprar allí una casa. Pero así florecía el sistema crediticio en esos años de ascenso, especialmente durante la guerra.

Además de conseguir capital en los bancos, había otras posibilidades. Una era la compra de ganado a crédito en los remates. Comprar hoy, firmar un *pagaré* y en otro remate volver a vender en efectivo. Yo podía encaminar una compra de ganado en lo de Emilio Ortiz por encima de la suma de 72.000 pesos, que recién sería cancelada después de tres años. Cada seis meses se descontaba mi letra en otro banco, siempre con una amortización lo más alta posible. /48/ Así llegué a tener capital circulante y mi crédito también estaba en alza, ya que efectivamente pagaba. Hasta la gran crisis de 1931-35 nunca llegué a tener dificultades con los pagos, ni en la planificada cancelación de la deuda ni tampoco en el pago de los intereses.

En los años 1925-35 tuve que pagar unos 40.000 a 50.000 pesos en concepto de intereses, además de los costos generales que ascendían a unos 20.000 pesos, a lo que había que agregarle los gastos personales que eran considerables, teniendo en cuenta los gastos de todos los hijos que estudiaban en los mejores colegios, tanto en Alemania como en Belgrano, Buenos Aires[49]. En 1925 me permití un viaje por Alemania, Suiza e Italia junto a mi señora y dos hijas (Lisa y Lya)[50]. Fue una experiencia inolvidable para todos nosotros. Más tarde vino la crisis[51]: la caída total del precio del ganado y de los cereales. Entonces comenzó la imposibilidad de pagar los intereses y sobrevino el difícil momento de concertar un acuerdo con los bancos para que me dieran plazo, tanto por intereses como por capitales. El Banco Alemán Transatlántico tomó cartas en el asunto (por ser "amigo", como decían aquellos señores). Y como todavía no había perdido la esperanza de que todo se pudiera encaminar, garanticé mis deudas con mi propiedad. Pero apenas lo hice, el Banco Alemán me presionó para vender. Incluso estaban dispuestos a venderla al 50% de su valor. Le debo al Banco Nacional no haber tenido que liquidar en ese momento. Ese banco pedía la suma total más los intereses. Tenía mucha más experiencia y confianza, y no se equivocaría. En 1935 subieron los valores de los campos, y presionado por L. que me visitó en el hospital, pero también teniendo en cuenta en mis condiciones de salud (estuve dos veces en el hospital con bronquitis e intoxicación), por fin /49/ me decidí a aceptar una oferta de 220 pesos la hectárea y

---

[49] Algunos de los hijos fueron a la Belgrano *Schule* (desde 1932 *Goethe-Schule*), el menor, Alfred, al Nacional Buenos Aires, véase pág. /90/.

[50] Referencia al extenso viaje que hace con su señora y dos hijas, narrado en las págs. /68-89/.

[51] Se verá en la próxima página que se refiere a la crisis económica mundial, que tuvo su pico en 1930.

vender, porque me era posible quedarme con suficiente capital después de pagar todas las deudas. Eso fue el 10 de septiembre de 1935, y el 10 de septiembre de 1936, después de llevar la administración durante ese año, me despedí de La Constancia, una propiedad a la que había levantado a costa de muchas carencias, preocupaciones y esfuerzos. Pero la prima Frieda tenía razón cuando me escribió: "Estoy segura de que te fuiste con la cabeza bien en alto". Es verdad: había cumplido con todas mis obligaciones.

El nuevo propietario, Ángel Rodríguez, *que Dios lo tenga en su gloria,* falleció el 11 de agosto de 1937 de una neumonía. Solamente dos años pudo disfrutar de su propiedad.

Tan grande había sido mi confianza en el futuro y en mi crédito, que después del viaje por Europa todavía compré dos campos: 8000 hectáreas en Entre Ríos a 30 pesos, con una seña de 75.000, y 2000 hectáreas en Punilla a un promedio de 60 pesos. Y aunque todo eso fueron errores o podrían haberlo sido, ayudó a conferir cierta fama a la familia y a aumentar nuestro prestigio. La semilla se dispersó ampliamente. Trabajo, ahorro e independencia, así como el lema "vivir y dejar vivir" nos habían deparado respeto y amistades. Con ese mismo espíritu siguieron actuando hijos y yernos, y espero que continúe siendo así para siempre.

Podría parecer sorprendente que durante tantos años haya podido cumplir con mis obligaciones pecuniarias. Durante el tiempo que duró la guerra los precios habían subido tanto que nuestras ganancias rayaban lo fantástico. Terneros de un año se vendían a 100 pesos, novillos de aproximadamente 500 kilos a 200. /50/ Con dinero que me había ofrecido don Guillermo Bothamley para hacer negocios a medias[52], por ejemplo, pude comprar novillitos a 80 pesos, y después de apenas tres meses podían ser vendidos a 190. La lana subió a 30 pesos, el trigo, a 20, las vaquillonas pude venderlas a 375 cada una, todavía en el año 1920. Obviamente se trataba de pequeños lotes con fines de cría. En el año 1922 vino la recesión en el mercado ganadero. Los depósitos de los países aliados estaban llenos de carnes congeladas; por el momento no se podía pensar en exportar. Lentamente se recuperaron los precios del ganado y hubo algunas muy buenas cosechas, y la demanda de maíz, avena, etc. volvió a darnos la oportunidad de buenos balances. Hasta que a partir de 1930 hubo una caída tan fuerte de los precios que solamente sobrevivieron la crisis aquellos que estaban libres de deudas y por ende no tenían que pagar intereses. 8% de intereses eran difíciles de reunir. A eso hay que agregar que había un gobierno increíblemente incompetente al mando, que no sabía cómo mejorar la situación. Recién bajo el gobierno del general Justo se dictaron las leyes que pusieron coto al derrumbamiento. En primera instancia, fue de relevancia el aplazamiento del pago de todas las deudas contraídas hasta 1936, que luego fue prorrogado hasta 1938. Aparte de eso fue importante la baja en el tipo de

---

[52] No queda del todo claro de qué años se trata. Delius fecha este incidente en 1915: "En su libro Devrient, ver La Constancia F22, menciona a su amigo Bothamley como socio a medias en un engorde de novillos, negocio que tuvo lugar alrededor de 1915 (G 101). William Richard (=Guillermo Ricardo) Bothamley (=Richard William B., 1846, Inglaterra -+1921, Córdoba). Datos sobre la familia de él, su mujer, prusiana, Marta Auguste Helene Böhl" (2018: G 112).

interés del Banco Hipotecario y la capitalización de los intereses adeudados, finalmente los precios mínimos para cereales y el logro de la Junta de Carnes, que se había propuesto establecer precios más altos y estables. Junto con eso disminuyó el desempleo con la construcción de calles, que a su vez impulsaba todas las ramas de la agricultura y el comercio. Rara vez en la historia se experimentó semejante auge en un país donde el Parlamento respalda al jefe de Estado con el derecho y la obligación de protestar, aprobar y rechazar. /51/ Con una astucia y una diplomacia que hacían honor al general *criollo*, este hombre supo sortear todos los obstáculos del parlamentarismo. Las continuas discusiones sobre títulos y otras cuestiones sin valor alguno para el bienestar del país, además del ausentismo deliberado de las reuniones de la Legislatura, al final del periodo de sesiones dieron como resultado una increíble esterilidad. Mediante decretos, el presidente resolvía en pocos días lo que el Congreso no había logrado en meses.

No quiero olvidarme de nombrar a un hombre que también tuvo influencia en el desarrollo de La Constancia: Karl Werth[53]. Lo conocí en un viaje de Alemania a la Argentina, justo antes de la guerra, cuando nuevamente hacía un viaje de inspección hacia acá. Él había vendido ventajosamente su propiedad en Alemania y buscaba, pues, conseguir una propiedad en Argentina. Primero viajó por todos lados, tomó confianza conmigo y en La Constancia, y me ofreció su capital para trabajar juntos. Fueron 80.000 pesos, con los cuales compramos 500 novillitos de J. Benitz, a 100 pesos cada uno. Era una persona impecable y simpática, y su destino me tocó muy de cerca. La guerra mundial estalló, y Werth, como subteniente de artillería de la reserva, obedeció a sus obligaciones de servir a la patria. Desde Buenos Aires el camino ya estaba cortado. Así que cruzó la cordillera y se encontró con un coronel alemán, que cumplía con su servicio en Chile como oficial de instrucción. Juntos viajaron a lo largo de la costa del Océano Pacífico, pasando por el canal de Panamá hacia Nueva York, donde con un pasaporte falso cruzaron en un barco sueco, esquivando la vigilancia de los aliados, hasta llegar felizmente a Alemania, y allí se presentaron en sus respectivos regimientos. Werth fue herido en Ypres[54] y falleció por sus heridas. Cuando ya había partido de La Constancia, llegó una postal sin sobre de su madre: "Tu hermano ya está en el campo de batalla. Te esperamos".

/52/ El señor H., apoderado de Werth, esperaba que yo asegurara el capital de Werth con una segunda hipoteca. Considerando mi buena posición, pagué a su familia todo el capital más la ganancia. En apenas un año eran 110.000 pesos. Como recuerdo de mi socio, su familia me regaló su escopeta de caza, que conservamos hasta el día de hoy.

---

[53] Vuelve atrás, hablando de una persona que le ayudó antes de la Primera Guerra Mundial.

[54] Bélgica. Referencia a la Primera Guerra Mundial. Alrededor de Ypres se combatió en abril y mayo de 1915, uno de los lugares emblemáticos de esa batalla es Langemarck.

## X

Doña Justa y Eduardo Devrient, 1902

Rico, nuestro pobre e infeliz hijo, tuvo que ser trasladado a una institución[55]. Los abnegados esfuerzos de su madre no lograron reparar las consecuencias del accidente en que ella saltó del sulky cuando se nos desbocó el caballo. Se encontraba en avanzado estado de embarazo y cayó sobre la rodilla. La conmoción provocó la parálisis de algunas partes del cerebro, por lo cual el niño estaba hemiplégico del lado izquierdo y apenas aprendió a hablar. Así y todo, creció grande y fuerte, pobre chico. Queríamos intentarlo todo, si no para que se curara, al menos para que mejorara. Para eso la única opción era internarlo en cierta institución alemana. Vino mi primo Karl con su familia para reemplazarme en La Constancia y yo emprendí el viaje con Rico. A último momento, una mujer que ya habíamos contratado tuvo miedo de cruzar el mar. Así fue como le pedí a mi capataz, Romualdo Márquez, que era muy amigo de Rico, que me acompañara a Buenos Aires, donde esperaba encontrar una cuidadora. No la encontré, así que le pregunté a Romualdo: "*¿Y te animas a acompañarme?*" – "*Como no, para Rico hago lo que Ud. quiera.*" Le proveí de ropa en Gath & Chaves y sin rodeos vino con nosotros, sin saber leer ni escribir, pero con toda la inteligencia de los criollos y una cautivadora apariencia.

---

[55] También aquí retrocede la narración, este viaje se realizó en 1905, y más atrás, el accidente que tuvo su esposa embarazada de Rico que provocó su malformación.

/53/ En Berlín consulté a la principal eminencia en enfermedades de nervios y cerebro: el profesor Ziehen de Jena. Él me recomendó la institución del profesor Brauckmann en Jena, adonde llevamos a Rico. Allí aprendió algo más, se alegraba inmensamente cuando me volvía a ver, pero el problema orgánico no pudo ser curado. Cuando fue más grande y la señorita Lockinger ya no lograba cuidarlo muy bien, lo llevé a Gera. Durante la guerra, cuando la alimentación fue mala y pobre, falleció de debilidad intestinal. Dentro de la mala suerte, fue una liberación. Mamá[56] me contó qué festiva y emotiva había sido la cremación, así que pensando que obraba como ella hubiera querido, a ella le di sepultura de esa misma manera.

Romualdo viajó solo de regreso. Falleció antes que Rico. Un domingo después del almuerzo me dijo: "*Déjeme ir un momento a lo de Ordoñez, tengo un compromiso de correr una carrera*". No volvió más, un infarto puso punto final a su vida. Había sido un muchacho fiel, *siempre dispuesto para trabajo y para farra*. Lo lloramos, mamá y yo, como si hubiera sido de la familia.

Cuando llegué con Rico a lo de mi hermana Lucy en Charlottenburg, percibí cierta excitación en la casa. Mi cuñado Schichtmeyer me informó de una herencia holandesa. Un abogado de Haarlem había buscado a los herederos de un tal Zende, que había fallecido hacía varios años sin herederos directos, para repartir entre ellos una fortuna de aparentemente 80.000 florines. La herencia había sido administrada hasta ese momento por el gobierno holandés y estaba por vencer si no se encontraba a los herederos. Mi cuñado Schichtmeyer opinaba que valdría el esfuerzo averiguarlo personalmente, y como yo tenía tiempo, fui a Haarlem munido de consejos y poderes. /54/ Al llegar allí, casi me va mal, porque en el hotel el camarero dejó mal cerrada una llave de gas. Pero cuando me desperté con un feo dolor de cabeza en la noche, felizmente pude buscar ayuda a tiempo.

Cuando a la mañana siguiente me presenté en lo del abogado y le dije que venía de Argentina, opinó sorprendido: "¡Dios mío, no habrá usted venido desde la Argentina por esa herencia!". Lo calmé, y cuando le dije que había venido para conocer Haarlem y para ver la casa del tal Zende, me llevó por todas partes, a los campos de jacintos, a ver las pinturas de Frans Hals y a todo lo que en Haarlem valía la pena visitar. También me comentó que Zende había sido un trabajador sencillo, que se había construido su pequeña casa, que se había rematado y el monto obtenido era la base de la herencia. Retribuí entonces la invitación con un buen desayuno con ostras y vino espumante. Cada uno recibió 80 marcos, solo la tía Olga, como representante de la generación anterior, recibió unos 500. Los descendientes de Zende, gracias a un hermano que había emigrado a Danzig, estaban diseminados en Mecklemburgo y Prusia. Allí se habían encontrado no menos de 45 herederos.

---

[56] Se refiere a su esposa, Justa Lanotta, a quien había conocido cuando se refugió camino hacia la estancia Ituzaingó, en la que se estaba instalando (ver cap. VI). Cuando llega a La Constancia ya tiene los dos primeros hijos, Ricardo y Lola. A partir de aquí, vuelve a referirse siempre a su esposa como "mamá", salvo una única vez que la llama por su nombre, lo que evidencia que la narración está destinada exclusivamente a los familiares.

## XI

Conocer el mundo me pareció que era el mejor modo de cumplir nuestros sueños y deseos. Los Devrient tienen una especial inclinación para ello, y también Bab[57] escribe en su libro: ellos son viajeros. De Holanda llegan a Mannheim y luego a la colonia francesa en Brandeburgo. De allí se expanden a Rusia (San Petersburgo), Suiza (Lausanne), Viena, Constantinopla y a Sumatra. Hoy hay un Devrient en Manchuria y nosotros vivimos acá en la Argentina. No tenemos miedo del gran océano o de las altas montañas. /55/ Acudimos sin dudarlo adonde una voz nos llama. Nos desenraizamos, nos trasplantamos, nos asimilamos, no olvidamos la vieja patria, y amamos y honramos la nueva. Sé de viejas familias argentinas que no quieren separarse, en lo posible quieren quedarse juntos en el mismo lugar. Pero nosotros somos distintos, y me parece que las separaciones nos mantienen más unidos, porque nos sentimos unidos espiritualmente. Es llamativo cómo cierta cultura familiar nos caracteriza e incluso se mantiene entre los miembros menos exitosos de la familia. Un día visité al primo Karl en Berisso. Vive allí con sus hijos Carlos, Ana María y Guillermo. Ya no tiene trabajo, y los hijos lo mantienen. "*Es amargo el pan de los hijos*", me dijo. No era una queja hacia los hijos, solo que no podía librarse de la culpa de tener que depender de ellos. Carlitos es policía en el frigorífico Swift, Ana María lleva el hogar y Guillermo es chófer de una ambulancia de la *asistencia pública*. No es divertido acarrear enfermos, heridos o muertos. Uno se enfrenta a toda la miseria humana y los sentimientos se entumecen, pero Guillermo habla de las rapsodias de Liszt, de conciertos y de artistas, como si esa fuera la esencia de su vida.

Pero me fui por las ramas. Quería hablar de viajes. Como ya relaté anteriormente mi primer y gran viaje me llevó después de finalizar mi secundaria a Neuchâtel, en Suiza. Luego llegó en 1890 mi viaje a la Argentina, del cual también hablé más arriba. Mi segundo viaje a través del océano fue en el año 1895. Ya lo acabo de describir. Diez años después llevé a mi hijo Rico a Alemania. Pero en el año 1912 viajé con toda la familia a Alemania[58].

/56/ Viajamos con el buque de vapor Karlsruhe, en el cual conocimos a los Lämmerhirt y a los Donndorff, que hasta hoy son buenos amigos nuestros. Primero nos quedamos un tiempo en Berlín, donde nos hospedamos en un hotel cerca de lo de Lucy. Mostrarle Berlín a toda la familia fue una empresa difícil y costosa. Así traté de salir a solas con mamá en las noches, pero el pequeño Alfred no estaba de acuerdo y se oponía llorando y aferrándose a ella. Quería

---

[57] Referencia a Julius Bab, *Die Devrients: Geschichte einer deutschen Theaterfamilie* (Berlín: Georg Stilke, 1932).

[58] Los distintos arribos de Devrient en barco a Buenos Aires, registrados en el Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos – CEMLA (viajes de clase turista, los de segunda o primera clase no se registraban).

| Apellido | Nombre | Edad | Est. Civil | Nacional. | Lugar Nac. | Profesion | Fecha Arr. | Barco |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Devrient | Eduardo | 57 | C | Alemana | Constancia | Estanciero | 1926/03/11 | Ammiragl Bettolo |
| Devrient | Eduardo | 59 | C | Alemana | Konstanz | Estanciero | 1927/12/05 | Sierra Ventana |
| Devrient | Eduard | 23 | S | Alemana | Neumuhlen | Comercio | 1928/05/15 | Monte Olivia |

Entre los viajes no figuran el de 1890 ni el de 1895, no parece probable que viajara en segunda o primera clase, cuyos pasajeros no se registraban en los registros de inmigración, pero los registros pueden haberse perdido. El sobrino debe ser el mencionado en p. /68/

pegarle una bofetada, pero se me escurría para diversión de los peatones que eran testigos de lo que ocurría.

De Berlín fuimos vía Weimar, Fráncfort, Geissenheim y Karlsruhe hacia Baden-Baden, donde nos esperaba la anciana tía Olga, radiante de alegría, en la estación de tren. Por cierto, en las cercanías de Worms tuvimos en el tren un reencuentro inesperado con K. v. B. (no puedo recordar el nombre), que en los primeros tiempos de mi matrimonio había sido voluntario conmigo en Ituzaingó. El padre había sido coronel de un regimiento de coraceros y el hijo, primero estuvo en la marina, pero no pudo amigarse con las altas marejadas. Más tarde volvió nuevamente a Alemania y allí se casó con un buen partido. En el tren había escuchado que hablaban en castellano y se puso muy contento cuando nos reconoció.

Felices sueños y recuerdos surgían en mí mientras recorría con mi hermosa esposa y mis siete rozagantes hijos la ciudad de mi juventud, la maravillosa Lichtentaler Allee y, bajo pinos altísimos, la montaña hacia Seelighof, donde pasamos la primera noche. Mi vida había sido dura, llena de privaciones y escasa de diversiones. Por eso fue una gran satisfacción para mí haber podido lograr y ofrecer a mi fiel esposa y a mis hijos una vida más cómoda y enriquecedora. /57/ El que más disfrutaba era yo; a Justa[59] le costaba esfuerzo acostumbrarse al idioma y a las nuevas circunstancias, y lo que para mí era patria, para ella era desconocido, aunque todo fuera más que hermoso. Tuve la suerte de poder adquirir por poco dinero una acogedora casita en la Fremersbergstrasse. Hasta el primer piso estaba envuelta en rosas y glicinas, una verdadera joyita por 36.000 marcos. Allí se mudó entonces la familia, y en un abrir y cerrar de ojos teníamos comprados los muebles, la vajilla y demás enseres del hogar, y la casa cómodamente arreglada. Los niños asistieron a la escuela y fueron muy bien aceptados en todos lados.

En aquellos tiempos, ejercí en Baden la actividad de asistencia social a condenados leves y sus familias, para lograr que después de su liberación de la cárcel tuvieran la posibilidad de reinsertarse con pan y trabajo. El decano Ludwig me había recomendado y presentado a la Asociación de Asistencia Social. Todavía me acuerdo de la primera presentación. En primer lugar, llegué tarde, lo cual me valió una severa mirada de la baronesa Roeder. El presidente era el funcionario jefe H. (no recuerdo su nombre), un hombre tranquilo, seguro de sí mismo y consciente de su función: capitán retirado del 109° Regimiento de Granaderos de la Guardia del Rey. Surgió la pregunta de qué se haría con el capital acumulado. El funcionario opinaba que habría que formar un fondo de reserva. Y yo me permití contradecirle y opiné que, siendo una asociación de ayuda, el dinero debía ser repartido en forma generosa entre las familias abandonadas. En un caso de repentina y mayor necesidad ya se encontrarían los medios para disponer del dinero necesario. Produjo cierta conmoción el hecho de que el recién llegado no compartiera la opinión del presidente. Sin embargo, recibí apoyo de todos, y la baronesa v. R. ya me miraba con mejores ojos. Entonces me encomendaron que me ocupara del cuidado de las prisiones de la zona y de los mismos prisioneros. /58/ El funcionario me introdujo en la prisión. Los altos

---

[59] Solo aquí aparece el nombre de la esposa, Justiniana Lanotta, a la que suele llamar "mamá".

portones del presidio, que se encontraban al lado del colegio –detrás de cuyos muros, siendo estudiante yo había visto desaparecer a más de un vagabundo conducido por la policía–, se abrieron ante nosotros con un ruido de llaves y fui llevado a un edificio que siempre me había infundido cierto espanto. La vida detrás de esos muros siempre me había parecido un misterio. Me presentaron al guardia. Este me debía llevar a toda hora a ver a los prisioneros, siempre que yo quisiera negociar con ellos. Cuando era el horario de la comida, lo que siempre llamaba mi atención era el aroma al coliflor hervido y condimentado con comino que preparaba la señora del guardia para los prisioneros. No la pasaban nada mal. Las celdas tenían luz, aire y espacio, y entiendo muy bien por qué algunos muchachos que vagaban por ahí lo tomaban como un alivio: podían descansar de vez en cuando algunos días y recibir suficiente comida.

Mi primer caso fue un empleado de comercio que le había robado el reloj a un colega para empeñarlo. Había estado necesitado de dinero para poder salir con su chica. Aunque había recuperado el reloj y luego lo había devuelto, la denuncia ya estaba en la policía y tuvo que ser encarcelado. Por esto perdió su empleo, y yo debía buscarle otro. Y esta es la maldición de las malas acciones: la gente no quería saber nada de personas con antecedentes penales. Solo con extrema dificultad lograba vencer esos prejuicios relatando cómo un joven puede perder el dominio sobre sí mismo y tomar el mal camino, después de lo cual les indicaba que es obligación de sus semejantes darles a los hermanos caídos una posibilidad de levantarse y arrepentirse de su paso en falso. Cuando llegó el día de la liberación, fui a buscar al muchacho a la prisión y lo llevé por las calles de Baden hasta llegar a la municipalidad. /59/ Allí solicité para él una pequeña subvención con que comprarle un cuello limpio, corbata, etc., para que por lo menos le diera una impresión confiable a su nuevo jefe, aunque sea por su aspecto exterior. Llevé al muchacho de una oficina a la otra hasta llegar al intendente, y así logré vestirlo y ubicarlo. Una vez que este primer caso quedó bien resuelto, me ocupé intensamente de otros. Un hombre se encontraba por tres años en la prisión de Mannheim por robo. Su mujer con varios niños vivía en Oos[60] y como en la misma vivienda vivía también otro trabajador, se dio naturalmente el hecho que viviera con ella y la ayudara. La mujer había solicitado apoyo al intendente, ya que no tenía ingresos y debía alimentar a sus hijos. El intendente le negó la ayuda, porque se había enterado del cambio en su vida. La asociación me había solicitado interceder en el asunto. La mujer me juró que lo había hecho solamente en su desesperación y prometió no hacerlo más. En consecuencia, le ayudé a obtener una buena colaboración de parte de la asociación. Luego me enteré de que ella no mantuvo su promesa; sin embargo, me dijo que se iba a divorciar y casar con el otro. Siempre estaba yo inclinado a entender y a perdonar, y tenía mis sentimientos a flor de piel, en contraposición a la visión jurídica del intendente. Eso me granjeó muchas simpatías, los empleados de menor rango estaban de mi parte y se alegraban cuando podía ayudar a un pobre hombre. Igualmente éramos muy buenos amigos con el intendente. Él me invitaba a muchos actos oficiales. También estuve presente en sesiones de juicios en los tribunales.

---

[60] Referencia a un distrito de Baden-Baden.

## XII

/60/ Después de un año hice una corta visita a la Argentina y a mi regreso organicé un viaje de verano a Dieppe. Nos bañábamos y jugábamos diariamente en el mar. Una vez tuve que esforzarme para traer a Lola a la orilla, ya que la marea había subido por sorpresa; Carmen sabía nadar. Otra vez unas grandes olas nos tiraron a los tres a la playa y tuvimos dificultades en aferrarnos para no ser devueltos al mar. Siempre me esforcé por alentar el valor y la resistencia en los niños y ponerlos a prueba.

En el año 1914 tuve que viajar a la Argentina como consecuencia de malas noticias en el curso de los negocios del Banco Agrícola. Tenía comprado el pasaje de regreso a Hamburgo cuando repentinamente estalló la guerra, lo que me retuvo cinco años en Argentina. Con los primeros alemanes que regresaron a Alemania después de la guerra, me encontraba yo también en el Gelria. El estado de ánimo era totalmente contrario a Alemania y fue un viaje muy desagradable. Después de muchos retrasos llegué finalmente a Baden-Baden, donde fui recibido por mamá, Lola y Carmen. Mamá estaba visiblemente delgada por la mala alimentación. En el jardín me presentaron a Paul Jochum, mi desconocido yerno, sobre el que recién supe algo en Ámsterdam, a través de Carlitos Devrient, que volvía a la Argentina.

La casa fue vendida, y la familia se preparó para el regreso a Argentina. Nadie quería quedarse en Alemania, todos extrañaban La Constancia. En aquel entonces, en Alemania lamentablemente la situación no era agradable. Fue un viaje memorable. De entrada, fue muy difícil conseguir diez pasajes en uno de los pocos y, por ende, repletos vapores. /61/ Barcos alemanes ni siquiera había, solamente los holandeses mantuvieron su acostumbrado tráfico con el Gelria, el Zelandia y dos barcos más. Ya estábamos considerando la posibilidad de viajar separados, cuando de repente recibimos un telegrama, que decía que había lugar para diez personas en uno de los vapores de carga de la línea Cosulich desde Trieste, acondicionado para transportar personas. Naturalmente no era un viaje de lujo, pero la posibilidad de conocer Suiza e Italia era muy tentadora. Un agente de la aduana controlaba el embalaje de las pertenencias en nuestra casa y una mañana, acompañados por amigos, entre los cuales se encontraba el consejero de comercio Fremery[61], que le había echado ojo a Carmen para su hijo, abandonamos Baden-Baden y tomamos un tren rápido a Basilea. Iba especialmente lleno y noté una atmósfera de ahogo y hostilidad entre los pasajeros. Uno abría una ventana y el otro la volvía a cerrar, y la gentuza que dirigía el tren se acomodaba a sus anchas y hacía notar que eran los patrones. Acostumbrado a la franca camaradería en Argentina, donde todas las naciones del mundo conviven en paz, sufrí como nunca, y justamente en mi propia patria, la aspereza de las personas. La revisación en la aduana de Basilea, donde hasta Lisa tuvo que abrir su estuche de violín y el funcionario alemán aceptó sin vacilar la propina ofrecida, nos causó una última y desagradable sensación. Después vino la revisación en la aduana suiza, y el simpático y franco funcionario nos hizo

---

[61] "Se trataba sin duda del Dr. Max Fremery (1859F-1932), en 1892 fue uno de los inventores de la seda artificial (=celulosa cúprica ≈viscosa), producto que formó la base de la fortuna de los Fremery". (Delius 2018: F 40-41)

tomar conciencia nuevamente de que estábamos en un país libre y democrático, donde se podía hablar y reír. Además no aceptó la propina y dijo: "A mí me pagan lo suficiente por mis servicios". Un pueblo vencido, que se sentía herido en su honor militar, que había sido traicionado por el presidente de un país grande y se encontraba regido por un partido que no era acorde a sus tradiciones, no podía de ninguna manera mantener su equilibrio.

/62/ Mientras que nosotros, los extranjeros, no veíamos manchado el honor de las armas, los alemanes, especialmente los oficiales, temían justamente lo contrario. El comandante de un submarino me pidió expresamente que actuara en el extranjero para que no se ultrajara el buen nombre alemán. No podía creer que, por lo menos en Sudamérica, se reconocía ampliamente la heroica capacidad del ejército alemán, aunque hubiera perdido la guerra. Recuerdo todavía a un mulato que vociferaba en un tren: "*Me gustan los alemanes, aunque se le están montoneando todos, pelean como leones.*"

No pudimos continuar enseguida con el viaje y tuvimos que pernoctar en Basilea. Saciar a una familia tan grande no era fácil en ningún país y solía ser un dolor de cabeza para más de un posadero, pero los bifes y las papas que comimos allí fueron de lo más sabrosos. Y los chicos se veían felices. Quería mostrarle Basilea a la familia. Carmen y los más pequeños debían adelantarse y esperarnos en la estación de tren a mí, a mamá y a Lola. Pero cuando llegamos, no se veía a ninguno de los niños. Emprendí la excursión solo con mamá y Lola para darles una lección, pero a nuestro regreso los niños tampoco estaban en el hotel. Carmen había pedido prestados 10 francos al maître, había tomado un auto y también había recorrido la ciudad con los pequeños. Eduardo controlaba el valor durante el viaje y estaba más pendiente del taxímetro que de las bellezas de Basilea. El sentido de independencia de Carmen ya se hacía notar en esos tiempos.

En Suiza no nos podíamos quedar, porque solamente teníamos un permiso de tránsito. Por ello viajamos a través del Paso de San Gotardo, llegamos a Como a la una de la madrugada y pernoctamos en un simpático hotel a orillas del lago. Lo próximo sería al día siguiente el control de la aduana. El dueño de la posada me guiaba y no hubo ningún inconveniente. /63/ Con algunos paseos en góndola por el lago, un viaje en ómnibus hacia Bellagio, que en la noche nos pareció especialmente aventurero, y un viaje en buque de vapor tuvimos un amplio panorama de las bellezas de los lagos de los Alpes del norte de Italia.

En Milán, Alfred hizo una huelga en la calle. No quería llevar más la mochila y explicaba que tenía hambre, pero los demás querían entrar a un cine. Finalmente visitamos la catedral y sus tesoros.

A la noche, partida hacia Venecia. Tormenta y compartimientos separados en un tren repleto de oficiales que volvían a casa. Paul se acomodó en primera clase y tuvo que abonar la diferencia. Unos trasnochados búlgaros roncaban frente a nosotros. A la una de la madrugada llegada a Venecia. "¡*Gondola, padrone*!" Tomamos asiento en una. Un mendigo acerca su sombrero para que le demos una limosna. Lya no conocía esto de Alemania. Creyó que era el sombrero de Alfred, que se le había caído de la cabeza y se lo arrancó al mendigo. Me costó esfuerzo comprender lo que pasaba y ayudarle al mendigo a recuperar su sombrero. El remo chapoteaba, la negra góndola se deslizaba por la silenciosa noche. El silencio era interrumpido solamente por los saludos de los

remeros, que trataban de evitar choques en la oscuridad. Hotel Regina. Nos alojan. Claire con su tipo nórdico causa especial impresión. Un joven muy bien parecido tiene la suerte de encontrar un pañuelo que se le había caído y se lo alcanza con un impresionante gesto. Ella apenas le agradece y cuando le echo en cara su poca amabilidad, me dice: "El tipo no me sacaba los ojos de encima."

Ocho días Venecia y luego Trieste. Viajamos a través del karst. A izquierda y derecha, tumbas de soldados. Cuando en el hotel abrimos las valijas, notamos que faltaban muchas cosas. Claire echó en falta su billetera de malla dorada, Carmen, sus mejores vestidos, y yo, mis pantalones, entre otras cosas. / 64/ Por supuesto sin éxito, hago el reclamo en el tren. Telegrafío al seguro y efectivamente recibo una compensación. Vino un carabinero a constatar el robo. Los carabineros son una tropa de élite y causan muy buena impresión.

Debido a que el buque salía más tarde de lo previsto a causa de una huelga, nos mudamos a Porto-Rose, donde nos alojamos en un pequeño hotel frente al mar. Alfred se cae de la terraza al mar. Vamos mucho a pasear y yo me curo del ciático, quizás por la evaporación de yodo de las salinas. Una vez cruzamos un túnel con Carmen y Paul. Fue realmente espantoso, la sola idea de que pudiera venir un tren no era nada grata. Otro día cruzamos el golfo en un bote a remo. Una visita al monasterio de Pirano hizo que el hermano portero aclamara emocionado: "¡*Della Argentina, della Argentina!*", mientras cruzaba las manos por detrás de la cabeza. Una vez tuve que ir nuevamente a Trieste por el tema del buque de vapor. Al amanecer zarpamos con mamá en un pequeño barco de vapor. ¡Tormenta y olas! A la pobre mamá le hizo mal, y si no la hubiera tenido que sostener, también yo me habría sentido mal. Por la tarde regresamos en el tren repleto de soldados. Fue bastante incómodo, casi tenebroso. Al fin llegó un telegrama: el barco parte mañana. Tenemos un solo pequeño barco de vapor disponible ese día, así que ¡en marcha!. En una hora están hechas las valijas, y justo a tiempo un carro con un burro las lleva al barco en Pirano.

De Pirano conservo algunos recuerdos. Es un asentamiento veneciano de la época del poderío, un nido de ladrones con muros de defensa. Desde la muralla de la fortaleza se puede observar una vida alegre en la playa: allí habitan millones de ratas. En la plaza del mercado hay una estatua de Paganini. /65/ Pirano es pintoresco y sucio, al igual que todos los pueblos italianos de montaña alrededor de Roma. La población es también italiana por su idioma y ascendencia, no germano-austríaca.

Por fin, después de alguna demora, partió el vapor. Yo dormía con Paul y los chicos, mamá con Lo[62], Carmen, Claire; Lisa y Lya, con otras dos mujeres. Era como nos imaginamos: primitivo y sucio, y el ambiente social era una mezcla de elementos de dudosa procedencia.

Formaban un grupo agradable una familia de Chile (los Schmutzer), un capitán casado con una alemana-brasileña y especialmente un actor húngaro-alemán que Max Devrient conocía de Viena, así que podríamos matar juntos el tiempo, que seguramente se haría largo. En Nápoles, donde hicimos la primera parada, recibimos extraños pasajeros a bordo, que después de unos días enfer-

---

[62] Sobrenombre de Lola.

maron de gripe española. Todavía pudimos bajar del barco en Almería, y refrescarnos en tierra una vez más, pero después no hubo más posibilidades de tocar tierra. ¡Gripe española! Murieron no sé cuántos por ese motivo, es que en varias noches el barco paraba y escuchábamos que algo pesado se hundía en el mar. Inalcanzable nos fue Madeira. Por fin, Rio. Tuvimos que ir a Isola Grande en cuarentena. El Almanzora también estaba allí y además un barco cargado con cebúes. El agua para beber escaseaba y también la comida. Entonces regresamos a Rio. Nuevo despacho y finalmente después de 46 días de viaje, llegada a Buenos Aires, donde otra vez tuvimos que pasar tres días en cuarentena. A pesar de todo, llegamos sanos, y si bien hubo disputas y desacuerdos entre los pasajeros en el largo viaje (como siempre ocurre a bordo), el acuerdo con los de procedencia italiana había sido tolerable. Mucho habían colaborado los pasajeros oriundos de Argentina, donde estamos acostumbrados a llevarnos bien con todas las naciones.

Cinco de los hijos Devrient

**XIII**

/66/ La Constancia comenzó a prestarse mejor para la agricultura, ya que la alfalfa después de unos veinte años dejaba de existir. Pero había abonado tanto el suelo con nitrógeno, que la siembra de maíz rendía extraordinariamente. Se agregó el problema de la crisis en los precios del ganado. En 1922 se vendían vacas y terneros a 7 pesos, y novillos de engorde, que estando flacos habían costado 150, se vendían a 40. Esta tormenta pude resistirla, en parte, por las ganancias en la producción de leche.

Como evento familiar tengo que mencionar el casamiento de Paul von Hartmann con Carmen. El casamiento tuvo lugar en el Hotel Royal en Buenos Aires y con cierta pompa, que estaba en relación con nuestro bienestar de ese momento y se correspondía con la personalidad del novio. Paul von Hartmann era un noble de la vieja guardia, su forma se parecía más a la de un húngaro que a la de un alemán. Cuando pidió la mano de Carmen en La Constancia, dijo: "Solo vengo a pedirle que me dé la mano de Carmen". Me animó primero a conocer las tierras a arrendar cerca de Ibicuy. Eran 3000 hectáreas, que Stinnes había agregado al arriendo junto a La Mazaruka. Nos pasamos dos días con Carmen, Hartmann y Negrón chapoteando en el agua. Es que era tierra inundable, pero también cubierta de vegetación tupida y con hermosos paisajes. La casa en el Paraná era muy grande y relativamente confortable. Era una aventura para Carmen, supuse que eso estaría en consonancia con su carácter, y no me equivoqué. Pernoctamos entonces en La Mazaruka, donde conocimos a Van der Ven, que era el mayordomo, un típico holandés tranquilo y confiable. La lancha de La Mazaruka que nos había llevado también nos trajo de vuelta. La noche estaba oscura, se levantó neblina y de repente nos encontramos varados sobre un banco de arena. Maniobramos de aquí para allá y cuando nos soltamos habíamos perdido la dirección hasta tal punto que no sabíamos dónde el río corría para arriba y dónde para abajo. /67/ Negrón, el administrador de Stinnes, tiró un pedazo de papel al agua y así pudimos comprobar la dirección de la corriente.

En otra oportunidad llegué con esa lancha a La Argentina. Eso fue con mamá, cuando llevamos a vender a Buenos Aires un Oakland, nuestro primer auto. Antes de Zárate, y después de pasar un buen viaje, nos sorprendió una tormenta. A último momento, el buen chofer de Bell Ville logró sacar el coche de un pozo, pero llegamos empapados a Zárate. Tomamos el tren con ferry a Ibicuy, donde nos esperaba Hartmann, que nos llevó a la lancha de La Mazaruka. Van der Ven, con su cabeza tambaleante por el tifus, estaba parado en el timón, y mamá, de buen ánimo y valor a pesar de la tormenta, la lluvia, la humedad y noches sin dormir, nos hizo el viaje especialmente ameno y agradable cebándonos mate, que después de tantos esfuerzos sabía especialmente rico, como todo lo que mamá tomaba entre sus manos. Carmen estaba parada en la orilla y saludaba ya desde lejos. Fue una alegre bienvenida en esa acogedora casa. Pero mamá se llevó allí un gran susto: en un paseo rodeando la casa, casi pisa una yarará, que alcanzó a erguirse.

El asunto de nuestro auto fue un fracaso, porque se taponó y solo pudimos llegar hasta el *paraíso* que se encuentra delante de la puerta de A. Gil. Entonces el chofer tuvo que ir debajo del auto y soplar la manguera de nafta para solucionar el inconveniente. Nos decidimos a vender el auto en Buenos Aires, una "obra

La Constancia (en auto con la familia)

de arte", de la que debía ocuparse un amigo de Paul Jochum. Primero costaba 400 pesos de reparación, luego el auto se vendió fiado y… si te he visto no me acuerdo[63].

El segundo evento de aquellos años fue el casamiento de Robert Hoffmann y Claire. Se celebró en La Constancia, en el círculo de amigos y parientes.

/68/ Aunque en 1924, por el calor y la sequía, la cosecha de maíz no dio ganancias, por lo que tuve que tomar un adelanto en forma de una *letra de crédito* de 50.000 pesos en el Banco Alemán, que por ese entonces estaba dirigido por mi amigo Albert, satisfice nuestro gran deseo de ver Europa, Alemania y nuevamente a los parientes, antes de que la vejez u otros obstáculos lo impidieran, cosa que uno siempre teme. Nuestra decisión fue muy correcta, y el viaje que emprendí con mamá y Lya –Lisa se encontraba en Weimar estudiando violín– fue la merecida recompensa por todos los esfuerzos y carencias que habíamos sobrellevado juntos. Para mí fue una gran satisfacción poder ofrecerle a la buena y valiente mamá semejante experiencia, teniendo en cuenta que estaba preparada por sus viajes anteriores y se encontraba en buenas condiciones de disfrutarla.

El Lloyd nos llevó a destino. La cabina estaba llena de flores, y en el muelle se despedían algunos jóvenes, entre ellos el prometido de Lya. Gracias al crédito del que por entonces yo gozaba y del que ya se sabía en el barco, y a la buena presencia de mamá y de Lya, que llegó a entusiasmar a los pasajeros con sus canciones criollas con acompañamiento de guitarra, igual que las otras veces nos hicimos amigos y tuvimos un viaje agradable.

Cuando llegamos a Bremerhaven, nos recibieron Bob y Claire, nuestro primer alojamiento era en casa de ellos, en Hamburgo. Yo tuve una fuerte bronquitis y

---

[63] Reemplazamos con un dicho hispánico el que usa el autor: "*Roß und Reiter sah man niemals wieder*", que significa "no se volvió a ver ni al jinete ni al corcel".

mamá casi una pulmonía, que pudo ser evitada gracias a la enérgica intervención del médico hamburgués. Su salvación fue un baño muy caliente, en el que casi se desmaya. Ya entonces el médico constató un corazón débil, consecuencia de los muchos partos. Visitamos a la familia de Rudolf Devrient, donde vi a Edu, el hijo más joven, que más tarde me siguió los pasos viniendo a Argentina, y a cuyo destino he contribuido. /69/ Después de unos veinte días de estadía en Hamburgo nos fuimos a Berlín, donde nos hospedamos en el Parkhotel. El papá de Bob, capitán de corveta retirado, nos vino a saludar y le regaló a mamá un ramo de rosas. Los invité a cenar a él y a Alfred Devrient, la cabeza de la rama rusa de la familia, a Lutter & Wegener, e hice servir, en honor a nuestro gran tío Ludwig, lo mejor que tenía el tabernero. Fue una noche absolutamente material y sin ningún contacto personal. Los llevamos a un local bailable, donde el capitán tenía contactos cercanos y nos esperaban con una botella de espumante.

Alfred Devrient a su vez nos brindó una cena, donde conocimos a su muy simpática familia. La hija mayor se casó más tarde con un amigo de mi futuro yerno Rennenkampff; los hijos habían ido al colegio con él. Uno es comerciante en Mongolia, el otro trabaja en Giesecke & Devrient en Lipsia. Alfred Devrient había tenido que huir de San Petersburgo durante la revolución y abandonar todos sus bienes. La librería "Devrient" había enviado todos los libros escolares a Rusia, y el dueño había logrado estatus y fortuna. Todo estaba perdido, así que tuvo que comenzar nuevamente su camino. Una repentina muerte puso fin a su vida. Si se le hubiera podido o querido ayudar, hubiese podido seguir trabajando, porque era una persona inteligente, experimentada y emprendedora. En efecto, yo tenía la idea y el deseo de ayudarle, pero ¿cómo iba inmiscuirme en relaciones desconocidas si ya había tomado un préstamo para mí mismo?

Otra velada muy amena fue la que pasamos en lo del ingeniero Hans Wagner. Era el hijo de aquel Wagner que en 1895, había aportado los últimos 10.000 marcos para mi intento de fundar un emprendimiento. /70/ Da cuenta de la confusión de aquella época el que un hombre como Hans Wagner, al cual yo consideraba inteligente y comercialmente hábil, se haya desprendido de su hermosa y enorme casa, que valía una fortuna, a cambio de unos billetes, solo por el hecho de que llevaban impresa una cifra de miles de millones. Él también perdió su dinero y vive separado de su familia, pues quiere aunque sea mantenerse solo. Su esposa, una alegre y buena austríaca que enseguida simpatizó con mamá, vive con su hija, la bella Jutta, que se había casado con un abogado. Encontramos algunas situaciones desagradables en la familia. En todas partes uno habría querido ayudar, y yo tenía la sensación de que esperaban de nosotros mucho más de lo que estábamos en condiciones de dar. La idea de que en América se encuentra el oro en la calle (para muchos, Argentina era América) los lleva a pensar que uno puede repartir dinero a manos llenas. Así que me quedó grabada en el alma más de una mirada de incomprensión. Si supieran con cuántas privaciones y esfuerzo se llega a tener dinero y con qué rapidez se escurre, comprenderían que, aún siendo "americano", uno tiene sus límites. Herta se distanció de su hermana Ilse, porque se sintió desfavorecida con la división de la herencia. Quizás realmente fue así, pero es lamentable que las hermanas no se vean ni se ayuden mutuamente. Ilse está muy bien casada. Herta se ocupó cariñosamente de nosotros. Sus hijos deben ser muy capaces.

De los viejos primos y primas, encontramos vivos a Richard, Edu y Anna. En casa de esta última todavía vivía el hijo sordo de Rudolf, un dibujante brillante y entusiasta nacionalsocialista, que a pesar de su imperfección física juega al fútbol y suele conducir a los sordos (no a las *palomas*)[64] en las manifestaciones.

/71/ Richard, el más viejo de mi generación, se casó con su amante. Ya antes de hacerlo yo bregaba por que esta mujer fuera reconocida en la familia como su legítima esposa, teniendo en cuenta que realmente se había sacrificado por ese hombre ciego y se ganaba el sustento con la aguja de coser. Concedo que internamente a uno le cuesta desde luego aceptar este reconocimiento, de todos modos aparece la natural "pared de cristal", de la cual hablaba el autor báltico Siegfried von Vegesack[65].

No hace falta mencionar que en cada ciudad visitábamos los museos y otros lugares de interés turístico, y nos dejábamos impregnar por la cultura alemana. A propósito recuerdo un pequeño episodio: la señora Gaul había sido amiga de Lucy, y yo sentía simpatía por ella. Sin necesidad, le encantaba hacer que su marido sintiera celos y también lo intentó con mamá, invitándome un día a visitar una galería de arte con ella. Pero mamá le explicó claramente que, si alguien me acompañaba, sería ella. Esto le llamó mucho la atención a la "piadosa Helene"[66], como llamaba yo a la señora Gaul.

Lisa tuvo sinusitis y fue operada por un médico no muy simpático, pero seguramente bueno, con lo cual se prolongó nuestra estadía en Berlín. Para que Lisa se curara bien de su sinusitis, viajamos desde Berlín, pasando por Fráncfort, a Baden-Baden. En Fránkfort visitamos a la madre, la hermana y el hermano de Paul Jochum, que nos recibieron amablemente; en Karlsruhe a Anna Vögelin, sus hijos y su cuñada Hedwig, cuyo padre una vez dijo: "Si Hedwig tuviera 20.000 marcos, Edi también se casaría con ella". Se casó con un ingeniero; el hombre falleció y ella vivió alejada en Feldkirch (?)[67], donde casualmente se cruzó con Carlos Conradi. De Baden, donde solo nos encontramos con nuestra vieja tía Olga, /72/ nos dirigimos a Friburgo, donde vivía mi hermana Gertrud y donde hizo estudiar a Kieke para ser bailarina. Fueron unas semanas llenas de eventos de arte, ya que varios jóvenes, entre ellos, Schacht (un sobrino del conocido financista) como poeta, un bajista que actuaba en el teatro como cantante, y finalmente Lya con sus canciones, se reunían en alegres veladas en nuestra pensión. Y luego las espectaculares excursiones, que lamentablemente siempre tenía que emprender solo.

El verano había llegado y junto con él la nostalgia del mar. Viajamos nuevamente al norte, donde habíamos reservado un cuarto por un mes en Wyk, en la isla de Föhr. En Geisenheim pasamos varios días, lamentablemente sin Lisa, que no había llevado consigo su pasaporte y por ese motivo no podía pasar por la

---

[64] Juego de palabras, irreproducible en castellano, con el término alemán *Tauben*, que significa tanto "palomas" como "sordos".

[65] Es una imagen de la novela *Die baltische Tragödie* de Siegfried von Vegesack (1888-1974), editada en 1934. Se refiere a la distancia entre etnias, no, como aquí, entre estamentos.

[66] Alusión a uno de los chistosos libros de dibujos animados de Wilhelm Busch (1832-1920), cuya protagonista es un dechado de hipocresía.

[67] Este signo de pregunta se encuentra en el texto original, seguramente el autor no estaría seguro del nombre de la localidad.

zona ocupada[68]. Solo en Colonia vimos algunos franceses, ingleses y escoceses con sus cortas polleras. También me hablaron en el hotel en inglés y desilusioné al maitre con mi germanidad. Grete nos acogió muy especial y cariñosamente; ella siempre se brindaba de manera generosa.

Wyk, en Föhr, ofrecía un paisaje peculiar, que me resultaba extraño. Los árboles y las casas bajos, que se inclinaban ante los fríos vientos del norte, el sol, que permanecía en el cielo hasta muy tarde en la noche, los pescadores de Frisia, las niñas con sus trajes típicos, los muros de las casas decoradas con maderos, las camas que de día se levantaban contra las paredes, todo esto lo vivíamos como interesantes novedades. Mamá también se sentía fresca y con renovadas fuerzas por los baños en el mar. De Wyk nos fuimos a Amrum, que resultó especialmente interesante por los restos de un velero de tres palos, al cual se podía acceder con bajamar. Un atractivo especial para los bañistas eran los rumores de que todavía se podrían encontrar los cuerpos del capitán con su mujer e hija.

Lya, Bob y yo nadábamos todos los días hacia una isla que estaría a unos 600 metros de distancia. /73/ Una vez frente a Lya saltó un gran delfín negro a la superficie, dándonos un buen susto. Escondidos en medio de la isla se encontraban seis cañones, que aparentemente todavía no habían sido desmontados. En el cementerio había tumbas de ingleses de la batalla de Skagerrak[69], traídos por la marea. La iglesia en Wyk presenta algunas contradicciones: al lado de una piedra bautismal pagana, confesionarios de tiempos católicos, pero de un estilo protestante muy rígido. El modelo de un velero colgaba en el aire y en grandes letras decía: "Dios protege y cuida a los que peligran en el mar". El camposanto daba testimonio del desastre y los peligros del mar, y se vivía bajo la angustia del alma de mujeres abandonadas y niños huérfanos. Este sentimiento se agrandaba con la vista de las solitarias casas en las islas inundables Halligen, que solo en tiempos recientes fueron aseguradas por diques. Antes se las dejaba sin protección a merced del mar. En todas partes del mundo nos encontramos con el fuerte instinto de pertenencia a la patria, que enfrenta con obstinación la violencia de la naturaleza. Los que viven cerca del Vesubio también se exponen constantemente a la destrucción de la montaña que escupe fuego.

Volvimos a alegrarnos recién cuando viajamos por las agradables costas del río Elba. Nuestra próxima visita fue a lo de Hans y Frieda en Weimar, después de una nueva estadía en Berlín. El pobre Hans estaba impedido de caminar por una parálisis. Supuestamente era consecuencia de una predisposición hereditaria a la artritis, agravada por una forma de vida sedentaria. Espiritual y humanamente era un verdadero Devrient. El brillo y el destello de sus ojos delataban su gran corazón y la cultura de una familia que, sin desmerecer las propiedades

---

[68] Referencia a la ocupación de la zona del Rin por tropas francesas después de la Primera Guerra Mundial, como una de las secuelas del Tratado de Versalles. La zona sur con centro en Maguncia fue ocupada por tropas francesas desde 1920 hasta 1930. Más al norte había zonas ocupadas por ingleses, belgas etc. a lo se refiere el pasaje siguiente.

[69] Skagerrak es el nombre alemán de la Batalla naval de Jutlandia entre las flotas inglesa y alemana, que tuvo lugar el 31 de mayo y 1 de junio 1916, con grandes pérdidas de navea y de hombres en ambos lados. Los ingleses no cayeron en una emboscada de los alemanes pero no obtuvieron una clara victoria.

terrenales, aspiraban con su estilo y su manera de vivir a cultivar especialmente la moral y a preservar el arte. Supe que no lo vería nunca más, cuando por la ventana me dirigió una última mirada con sus ojos húmedos. /74/ Habíamos invitado a nuestra familia y amigos a una pequeña comida en el Bären, una posada en la que Napoleón había pasado una noche después de su huida de Rusia. Mamá se ocupó de repartir sangría, como siempre lo hacía en casa, y con su segura mirada repartió con tanta exactitud que alcanzó para todos, lo que fue motivo de admiración de Frieda.

De Weimar viajamos a Núremberg, donde tuvimos que pernoctar en un gran comedor detrás de biombos. Por lo menos no nos rechazaron. Mientras comíamos las famosas salchichas en el Bratwurst-Glöckle, escuchamos en la mesa de al lado sonidos argentinos y familiares. Eso siempre era una verdadera alegría para nuestro corazón. Nos sentíamos hermanados con gente extraña, unidos por nuestro cielo azul argentino.

De Núremberg fuimos a Múnich y al lago de Starnberg. Por supuesto que en tan pocos días no se puede conocer el encanto de una ciudad. En ninguna ciudad nos sentimos del todo a gusto, pero en las montañas bávaras Füssen nos quedó gratamente grabado en la memoria. En ese hermoso y único paisaje pasamos unos bellos días.

Ni mamá podía resistirse al dios Gambrinus[70], y cuando Lisa y Lya dormían, disfrutábamos a escondidas de la frescura de un buen trago abajo en el jardín. Era la única vez que mamá, que siempre era medida y nunca hablaba, comía o tomaba de más, estaba un poco más alegre, aunque solo un poco. El viaje nos llevó de Füssen al Lago Constanza y a Constanza. Les muestro la casa donde nací –que sigue estando junto al lago– y les cuento que en el gran salón, donde se llevó a cabo el Concilio de Constanza (1414-18) y que en mi juventud fue usado para almacenar trigo, yo jugaba a las escondidas con las niñas pequeñas. /75/ También que los soldados, unos tipos grandes y barbudos, se alojaban con nosotros después de la guerra[71], y que durante las salvas de salutación salió disparada una baqueta y resultaron muy mal heridos dos jóvenes parados frente a la casa, y que mi papá bajó unas reposeras en las que los llevaron al hospital. Una vez me fui a ver a un pintor que estaba pintando un barco en el puerto sobre una balsa abierta. Tengo la imagen grabada de mi padre que llegó asustado cuando por fin me encontraron. Yo recibí palizas y el pintor, regaños. Recuerdos de cuando tenía entre dos y cinco años.

De Constanza, el viaje nos llevó a Lucerna, Berna hasta Champéry, donde pasamos un mes, hasta bien entrado septiembre, en el Hotel du Nord, o sea en lo de José Clément y su señora Aurora. Clément había sido mi quesero, había hecho dinero en La Constancia y regresado a su tierra natal, donde su mujer tenía un pequeño hotel. Voy a dejar de lado los relatos sobre todas las bellezas de la naturaleza de Suiza –eso tiene uno que verlo con sus propios ojos–, pero ver a la Dent du Midi casi al alcance de la mano y sus siete picos desde el dormitorio era un acontecimiento impresionante. Por supuesto éramos huéspedes

---

[70] Gambrinus es un héroe de las leyendas europeas y un ícono de la cerveza y de su fabricación, así como de la jovialidad.

[71] Referencia a la guerra de 1870-71 entre los Estados Alemanes y Francia.

preferenciales y Madame Clément nos alimentaba con las delicias del bosque, moras y hongos, mientras que José nos organizaba las mejores excursiones y me llevaba a la casa de todos sus parientes en el valle. Y todo el valle estaba emparentado con él. Mis 57 años no se me notaban y yo mantenía valientemente el paso junto a los alpinistas. Compitiendo con Lya, todo lo que veía lo llevaba con un lápiz al papel. Mamá lamentablemente no podía caminar bien y yo hubiera querido llevarla siempre con mucho gusto. Enseguida hice que Lisa y Lya tomaran clases de francés, y creo que les fue útil a las dos. Llegaba la nieve y era tiempo de pensar en ir al sur. A través del túnel ferroviario de Simplon, fuimos a Italia, primero a Florencia.

/76/ Para entender el estilo de construcción original de las viejas casas de Florencia, hay que transportarse a los tiempos de luchas entre güelfos y gibelinos. En Florencia se encuentran no menos de setenta casas amuradas y todas tienen ventanas recién a los diez metros de altura. Así que la parte baja de los edificios tiene un aspecto liso y tenebroso, similar a una cárcel. En los muros hay sujetos unos aros, en los que los agresivos habitantes podían sujetar sus caballos. En las calles y los museos encontramos en espíritu a Leonardo da Vinci, Michelangelo y Savonarola. Es bueno hojear la historia para entender todo y vale la pena hacerlo. En todas partes había recuerdos de tiempos pasados. Quizás el más evidente sea el del gremio de sepultureros. Se formó una secta de hermanos misericordiosos que se ocupaban de enterrar a los muertos cuando la peste asolaba Florencia, los cadáveres se pudrían en las calles y todo apestaba. Para protegerse de los contagios tenían unas máscaras negras, llevaban un gorro alto y rojo, y un caftán negro. El gobierno recompensaba a la orden con privilegios, y en la actualidad todavía realizan su solidario servicio con estos trajes. Aún hoy uno de esos entierros con antorchas sigue siendo un recuerdo horroroso. También vimos bautismos y, como protestantes, no podíamos dejar de asombrarnos de las costumbres de la iglesia católica.

Con Lya cruzamos el puente con sus curiosidades e innumerables locales comerciales, donde se podían comprar recuerdos de Florencia. En uno estaba expuesta una acuarela, sobre la que le llamé la atención a Lya y le dije: "¡Si vos pudieras dibujar un cuadro así!". Entramos al negocio, compré la acuarela por 200 liras (= 20 pesos) y le pregunté al comerciante:

–¿Quién es el pintor?

–¿Para qué quiere saberlo?

–Porque quiero que mi hija tome clases con él.

–*Eh bien, c'est moi* –habíamos llegado al francés.

Lya tuvo que pintar acuarelas en las calles de Florencia, algo muy lejos de su gusto. /77/ ¡Pobre! Tener un papá interesado en el arte a veces es un tanto incómodo. El pintor venía a corregirla y desalentaba aún más a su alumna con sus palabras: "*Eh bien, est-ce que vous trouvez cela beau?*" A lo cual, Lya siempre respondía: "*Mais pas du tout*". Era un pintor fracasado que para poder vivir había abierto el local de antigüedades. Su bellísima esposa morena le ayudaba, habían venido de París. Hacíamos excursiones por los alrededores y nos asombrábamos diariamente de las corrientes amarillas del río Arno. Pero a mamá le gustaba más ir con sus hijas al café de arriba, cerca del monumento a Garibaldi. Tenía hermosas vistas a las muchas torres de Florencia y se escuchaba música.

Muy interesante fue una visita a la fábrica de porcelana. Un marqués italiano había sido ministro plenipotenciario en China y tuvo la oportunidad de estudiar la fina fabricación de porcelana de los chinos. Como la población que rodeaba Florencia era muy pobre, tuvo la idea de darle valor a la *terre glaise*[72] de los alrededores y fundó esta industria, floreció enormemente y se hizo famosa. Hoy se trae la tierra apropiada de Checoslovaquia. Un empleado muy cortés nos guió por toda la fábrica. Vimos cómo se modelaban platos con ayuda de máquinas, cómo se cocían y se pintaban, y de la cantidad de trabajadores pudimos deducir cuántos puestos de trabajo y salarios daba esta fábrica a la población.

También hicimos una visita al cementerio en la cima de la montaña. Gusto italiano en las tumbas: todo en un desorden variopinto como las calles de las ciudades italianas.

Fiesole. Monasterio, separación absoluta del mundo exterior. Pero tras la ondulante cortina pudimos echar una mirada a los barbudos y viejos monjes que a simple vista rezaban con especial recogimiento. /78/ Un joven y bello monje que aceptó muy agradecido mis monedas nos mostró las celdas individuales: pequeñas pero con vista al patio del convento lleno de flores y árboles.

También la visita a los cartujos fue interesante. El monasterio se parece a una torre. Estos monjes también procuran hacer sus negocios: fabrican un licor que uno de los hermanos ofrece a la venta. Dicho sea de paso, se ven imponentes con sus trajes. En Fiesole los franciscanos usan hábitos marrones. Y todos trabajan y juntan dinero para la gran organización de la iglesia católica.

Roma. Nuestra primera pensión fue cerca de la estación de tren, frente a la fuente de agua, que especialmente de noche daba una impresión espectacular con su iluminación eléctrica. En la mesa de enfrente comían unos japoneses que se llevaban pequeños bocados a la boca. Debajo, al lado y encima de nosotros sonaban gramófonos que no nos dejaban dormir. Nos mudamos a una pensión danesa. Una duquesa napolitana era quien llevaba la batuta y reunía a los huéspedes a su alrededor. También había una pequeña condesa alemana que se movía allí a sus anchas. El representante italiano de una casa inglesa importadora de telas dedicaba mucha atención a Lisa. Incluso nos visitó después en Nápoles y llegó a expresar sus sentimientos mediante un cajón de majestuosas naranjas que su hermano nos alcanzó a bordo en Sicilia, cuando ya nos estábamos yendo de Italia. Fue muy gentil de su parte, pero yo no le creía mucho cuando decía que no se casaría por dinero. En el viaje de regreso de una excursión a Frascati, íbamos sentados junto a un joven y su hermana. Lya y Lisa se mofaban del joven en castellano y yo les dije: "Ustedes no saben si les entienden", a lo cual el hombre se levantó y dijo: "*Somos de Córdoba*". Eran los hijos de un tal doctor Wolf, que se había casado con una tal señorita Klausen. El padre había fallecido, y la madre tenía una pensión en Roma.

/79/ Por supuesto decidimos que esa tenía que ser nuestra pensión, ya que la señora Wolf y sus hijos nos caían simpáticos y sabíamos que íbamos a estar muy bien atendidos. O sea que nos mudamos por tercera vez. La pensión se encontraba frente al Palacio Real y diariamente escuchábamos el relevo de la

---

[72] Arcilla.

guardia bajo los sonidos de la Giovinezza[73]. Al atardecer llegaban miles de pájaros para pasar la noche en las ramas de los árboles y arbustos del jardín.

En la pensión conocimos al doctor Hardt, un responsable de prensa con los modales de un estudiante universitario, miembro de una corporación estudiantil, muy decente y siempre con cuello almidonado. También estaba cierto profesor Nowack del Instituto Arqueológico con su ingeniosa mujer, de una reconocida familia de arquitectos. Él hacía investigaciones en el capitolio. Tuve ocasión de acompañarlo y me asombré de que supiera leer tantas cosas en las ruinas del pasado. "¿Ve usted las monedas derretidas y aplastadas? Aquí estaban los puestos de venta cuando comenzó el gran incendio. Esta es la piedra de la tumba de Rómulo o quizás esta, no se sabe bien cuál. Y aquí están los pasadizos bajo tierra de Calígula, que llevaban del palacio hacia las habitaciones de las vestales, y este es el lugar donde fue asesinado." Y así, una cosa digna de ser vista tras otra. Fueron horas muy ricas. También supe a través de él cosas interesantes sobre los misterios eleusinos, ya entonces el sacerdocio sabía manejar a las multitudes con todo tipo de artimañas: tres días encerrada en la oscuridad, sin comida ni bebida, de repente se levantaba un cortinado, y la multitud veía y creía lo que se le inducía a creer.

Roma sin Papa sería la mitad de interesante. Tuvimos la suerte de estar allí el año del Jubileo, durante el cual volvía a abrirse la puerta amurallada de la Iglesia de San Pedro. De todos los países venían las órdenes religiosas: hindúes con sotanas de color rojo intenso, otros con sotanas blancas y otros con sotanas negras. /80/ Por todos lados ondeaban sotanas al viento. En Florencia ya habíamos visto procesiones de peregrinos. El cura, el maestro y el alcalde llevaban a los grupos, que habían llegado en trenes especiales, a besar el anillo de sello del Santo Padre, a visitar los sitios consagrados y conocer Roma. Todo estaba espectacularmente organizado: trenes, alojamientos en hoteles, visitas guiadas a Roma, etc. E increíblemente, todo a precios muy económicos.

El hijo del profesor Lipinsky, que había sido nuestro maestro en la academia de pintura inglesa, y sobre el cual volveré a hablar más tarde, fue nuestro guía en Roma. Era el guía de un grupo de peregrinos alemanes que venía del río Rin. Como nosotros también deseábamos ver al Papa, nos prometió que trataría de infiltrarnos en el grupo de peregrinos.

Los peregrinos no tuvieron inconveniente, pero cuando atravesamos el patio guiados por Lipinsky, el organizador, un joven y enérgico sacerdote, llamó a Lya y le preguntó dónde quería ir. Ella no contestó y Lipinsky intervino, pero fue interrumpido bruscamente: ¿cómo se le ocurría traer gente que no pertenecía al grupo y que encima no hablaba alemán? Lipinsky sacó su libro de notas y dijo: "Dígame su nombre". Pero el sacerdote lo encaró furioso: "Lo que me faltaba, tener que rendirle cuentas yo a usted". Entonces le expliqué al hombre lo ocurrido en breves palabras. Y seguramente teniendo en cuenta mi alemán, o quizás por las caras de mártir de mis damas, dijo con gran amabilidad: "Mañana a las diez quiero hablar con usted en mi oficina". Nos retiramos bastante aver-

---

[73] Se refiere a la *Giovinezza* (Juventud), el himno del partido fascista de Mussolini entre 1924 y 1943, posteriormente utilizado junto a la Marcha Real en el Reino de Italia y oficialmente durante la República de Saló. "Oggi brilla in tutti i cuor. ... Del fascismo redentor".

gonzados, a pesar de que estábamos todos vestidos de negro y las damas con sus cabezas envueltas en pañuelos negros. Pero al día siguiente no fuimos a lo del sacerdote, sino que el joven Wolf nos consiguió tarjetas de la delegación argentina, que permitían ingresar a la audiencia del Papa. /81/ Solo teníamos que prometer que nos atendríamos a todas las indicaciones. Porque ya había ocurrido, por ejemplo, que protestantes alemanes no quisieran arrodillarse. Después de mostrar nuestras tarjetas de ingreso a la guardia suiza, en el Vaticano nos apuramos a subir las escaleras para llegar a la hora indicada, donde nos recibieron lacayos finamente uniformados que nos repartían en grupos de cuatrocientas personas por los distintos salones. Había bancos y sillas contra las paredes y nos pudimos sentar, su Santidad podía tardar mucho en venir. Era una interesante mezcla de personas de todos los países y clases sociales la que estaba allí sentada. Por fin se escucharon aplausos en la sala contigua. El lacayo miró a través de la cerradura y gritó: "¡*A ginocchio*!". Todos se arrodillaron, su Santidad ingresó y le alcanzó a cada uno su anillo para que se lo besara. Era una cara espiritual, serena y seria, y con gusto hubiera hablado con él tuteándolo, pero él pareció oler en mí al hereje porque me sacó el anillo rápidamente, mientras que mamá pudo apretar un segundo más sus labios sobre el anillo con total fervor. Finalmente, el Papa nos dio las bendiciones y se dirigió a la otra sala, acompañado de los entusiastas aplausos de los bendecidos.

Lo vimos otra vez ingresando a la Iglesia de San Pedro, después de hacer abrir la puerta tapiada[74], debajo de un majestuoso palio llevado por ocho jóvenes. La música se adelantaba a su llegada, se tocaba una marcha, lo acompañaban oficiales y funcionarios con uniformes suntuosos, lo abanicaban jóvenes con grandes movimientos de plumas blancas de pavo real, y la multitud gritaba: "¡*Viva il papa Re*!". Pero yo pensaba en la entrada de Jesús en el burro y la sencilla población que le abría paso con hojas de palmeras.

A los mayores de la congregación –especialmente la congregación griega católica había enviado dignos y barbudos representantes–, su Santidad les dedicaba el lavado de pies. /82/ Para ello se sacó la tiara, convirtiéndose en el siervo más humilde de Dios. Luego se la colocó nuevamente y volvió a ser el Papa. Mientras duró el acontecimiento, en todos los confesionarios se confesaba y con una larga palmeta se otorgaba el perdón, incluso para los pecados futuros hasta el año 1938. Pero en ciertas librerías uno podía comprar la indulgencia de todos los pecados por 50 liras y como factura se recibía un certificado firmado.

Vi a tres mujeres avanzando de rodillas desde la entrada hasta el altar. La de adelante, una anciana con la mirada fija en el altar, se cayó varias veces. Una más joven, quizás su hija, la ayudaba a incorporarse. Y así continuaron hasta finalizar con las promesas. En la iglesia lateranense vi a la gente subir las escaleras de rodillas. En el centro se encontraba tras un vidrio la sangre de Jesús. Había que besarlo y un sacerdote vigilaba que nadie dejara de hacerlo. ¡Qué antihigiénico!

---

[74] Una puerta que solamente se abre en ocasiones especiales, como un jubileo. El viaje de los Devrient coincidió con un jubileo, según leímos poco antes. Varias iglesias en Roma y fuera de ella tienen esas puertas que suelen permanecer sin uso salvo en tales ocasiones.

Lo que vi no hizo que tuviera más fe, pero en mi memoria quedaron dos momentos que me convencieron nuevamente de que la Iglesia católica tenía seguidores convencidos que, más allá de todas las pamplinas, se entregaban con toda el alma. Una multitud de peregrinos alemanes, con el cura, el maestro y el alcalde adelante, ingresaban paso a paso, en filas de a cuatro, a la Iglesia de San Pedro. Como un canto de batalla suena su canto de peregrinación, que con la cabeza erguida y piadoso fervor entonan en voz alta. Eso era religiosidad y fe.

El otro hecho que me conmovió profundamente fue una procesión en una iglesia cercana al Capitolio, donde se encuentra una loba cruelmente enjaulada y el Registro Civil vivencia alguna que otra interesante escena de casamiento. Muchachos y niñas se peleaban por subir al púlpito para dar un discurso con el fin de honrar al *bambino Gesú*. Increíble era el entusiasmo por hacerse escuchar, y asombrosa, la elocuencia. /83/ De inhibiciones no había ni rastro. Entonces vino la procesión. El niño Jesús fue tomado de los brazos de la madre y, acompañado por el murmullo de los que rezaban, fue cargado con festiva pompa a través de la iglesia y nuevamente recostado en los brazos de la Virgen María. Cuando el niño Jesús pasaba delante nuestro, mamá se arrodilló. Por ese acto la hubiera tomado entre mis brazos, pero ella no era de aceptar ternuras.

Mamá fue educada en la creencia católica. La abuela, una estricta católica, le había enseñado a rezar. La nieta se casó con un hombre sin confesión, y al comienzo le resultaba difícil entender la diferencia entre sin religión y sin confesión. Pero con el correr de los años y la convivencia lo aprendió, así como Fortunata lo aprendió de Karl, y Rosita de Eduard. Ninguna obligación, ninguna imposición, reina absoluta libertad en la práctica de su religión, y así por sí mismas se desmoronaron las escorias de las falsas creencias y quedó la religión del corazón. Cuando mamá estaba muy enferma, vino el Padre Ángelo a La Constancia, seguramente enviado por las hermanas Araya, unas viejas beatas. Ofreció sus servicios como capellán. Mamá lo recibió muy amablemente, pero de ninguna manera tenía el deseo de hacer uso de ellos. Me dijo: "No tengo nada que confesar".

La confesión puede ser buena, puede aliviar hombros cargados de culpas, pero no todos lo sienten necesario, y cada uno debe ser feliz a su manera. La libertad y la falta de obligaciones deberían ser, en cuestiones de religión, la primera y la única condición.

Bajamos, cerca de los cartujos, a las catacumbas, el cementerio de los primeros cristianos, que no querían hacer incinerar sus restos mortales según las costumbres paganas, sino según las palabras de la Biblia, o sea devolver a la tierra lo que de ella se había tomado.

/84/ Dicen que este cementerio llega muy profundo por debajo de Roma y tiene muchos pasillos en los que uno se puede perder. Se cuenta que un curso escolar nunca más fue encontrado. También Rübezahl[75] desapareció con unos

---

[75] *Rübezahl* fue un personaje mítico de las leyendas alemanas, un espíritu de la zona del Riesengebirge, cuyo nombre aparece desde el siglo XVI. Pero no se le atribuye haber llevado un grupo de niños a su montaña. Sí se refiere a un éxodo de niños la leyenda del flautista de Hamelín, que cuenta que, para vengarse de un agravio, llevó a todos los niños de la ciudad de Hamelín al río, donde se ahogaron.

niños en la montaña. Por las dudas, nos manteníamos cuidadosamente detrás del guía que nos habían encomendado. Él era renano y decía que había entrado al monasterio por una mujer. Vimos osamentas y muchas cosas tenebrosas, pero luego nos sorprendimos ante una copia de la Santa Cecilia, realizada por un reconocido maestro. Nos la iluminaron con luz eléctrica. Santa Cecilia es una mártir, que iba a ser decapitada por sus creencias. Pero después de fallar dos veces en su golpe, según las leyes el verdugo no podía intentarlo una tercera vez. También en el monumento es bien visible la cicatriz. Finalmente fue asfixiada con vapor en su propia casa. Vimos la casa y el baño; una iglesia se encuentra sobre la misma. El cadáver fue cedido a los cristianos y colocado en un ataúd. Cuando lo abrieron después de 500 años, encontraron el cadáver muy bien conservado. Después de eso fue declarada santa. Quizás la santa se llamaba Teresa, no lo sé con exactitud. Los monjes se conformaban con recibir como único óbolo de cada visitante una lira por cada vela de cera, bajo cuya luz nos encaminamos hacia las profundidades del mundo.

Otra interesante visita nos llevó a unos aposentos donde se había escondido San Pedro. Nuestro guía, esta vez un hombre originario de la isla de Córcega que nos hablaba en castellano, contaba que de repente trabajando con un pico se encontró con un agujero, lo traspasó y cayó en un pozo.

Desde ese pozo descubrió una escalera que llevaba a esas salas. Los escritos en las paredes daban cuenta de la estancia de San Pedro en el lugar. "*Se non e vero, e bene trovato*"[76]. Después de todo fue interesante.

/85/ Pero después descubrí que todas las antigüedades, como jarritos de lágrimas, floreros y otros objetos que me habían vendido como auténticos, eran espantosas copias y muchas me empezaron a parecer sospechosas. Evidentemente había que ofrecerles algo a los visitantes de Roma.

Así como el Papa y la Iglesia solamente podían despertar en mí una impresión ambigua, Roma me causó una impresión superior en lo artístico. Se me encendía el interés por el arte al estar entre los muros que hablaban de tiempos pasados y al ver todas las estatuas, obras y cuadros. Ya la mañana siguiente a nuestra llegada intenté conseguir un lugar para Lya en la Academia Estatal Italiana de Arte, y si era posible, uno para mí también. Hablé largo rato con la responsable. Finalmente me convenció de que teniendo en cuenta nuestra corta estadía y nuestra nacionalidad extranjera, lo intentara en la Academia Inglesa. Enseguida me encaminé hacia allá, toqué una primitiva campana y subí por una angosta escalera de madera. Arriba me recibió un amable señor que enseguida se mostró dispuesto a satisfacer mi deseo, y después de darle información sobre mi persona, opinó: "Bueno, entonces podemos seguir hablando en alemán". Era el profesor Lipinsky de Berlín. Al día siguiente ingresamos Lya y yo como alumnos en la academia. No puedo describir cuánto disfruté de esas clases. No era el mejor ni tampoco el más viejo que estaba sentado frente a un atril, pero sí el más aplicado de los alumnos. Un empresario industrial de Silesia de setenta años, el dueño de un molino de Australia, un príncipe Thurn und Taxis junto a damas de la alta sociedad de distintos países, y luego los verdaderos jóvenes

---

[76] Si no es verdad, está bien inventado. Dicho italiano.

artistas, que se preparaban seriamente para una carrera profesional de arte: /86/ todos ellos juntos eran unas cincuenta personas que dibujaban y pintaban con mucho empeño. Para mí fue una experiencia maravillosa.

Mientras dejaba pintando y dibujando a Lya, busqué el mejor profesor de violín para Lisa. Tocaba espectacularmente, también componía y sostenía que sabía tanto como Kreisler[77], solo que no era tan famoso. Lisa hizo grandes progresos con él.

Los muchos dibujos de mis libros de bocetos y de mi carpeta dan mejor cuenta de mis impresiones y vivencias de lo que pueden describirlo mis palabras. Los tres meses en Roma fueron inolvidables.

Nuestras grandes valijas habían quedado guardadas en el depósito de la estación de tren. Las encontramos atadas con sogas y selladas. Cuando fui a la estación con nuestras valijas de mano, me pareció que el precio era sobremanera elevado y le pregunté al cochero cómo era posible. Apenas dos carabineros se dieron cuenta, se inmiscuyeron, revisaron el taxímetro y finalmente me dijeron que el precio era correcto. ¡Qué diferencia entre la nueva Italia y la del año 1920 cuando nos robaron las valijas! El Duce con sus gestos teatrales, que a su vez son tan atrayentes para el pueblo, reconoció rápidamente el meollo de la cuestión e implementó una buena administración. Cuando subía al monumento del soldado desconocido y allí, frenando bruscamente, hacía que su caballo se encabritara y gritaba con gesto pomposo "*¡Italiani!*", se sabía que era una demostración consciente de teatralidad que el pueblo vitoreaba en una fuerte ovación y lleno de júbilo "*¡Viva il Duce!*". ¿Pero dónde quedaba la real voluntad del pueblo en esa psicosis de masas? En realidad, el pueblo tiene que ser guiado y no puede tener una voluntad homogénea, porque cada uno representa sus intereses personales. /87/ El pueblo se une en una voluntad común solo cuando el gobierno es malo, entonces, siendo su voluntad, va en camino a la revolución.

Nápoles. Nos instalamos cerca del mar, en el Continental, donde las olas rompen en las rocas frente a nosotros. Detrás de nosotros tenemos el humeante Vesubio y delante el golfo azul. En la noche se escucha en las calles una voz de mujer cantando "*O sole mio*", las ventanas se abren y las monedas resuenan en el asfalto. De acuerdo a nuestros paseos por la ciudad almorzamos al mediodía una vez aquí y otra vez allá. Visitamos el acuario, el castillo del rey de Nápoles, la estatua de Murat, el inmenso teatro y Pompeya. Y así como los guías de Roma sacaban pedacitos de mosaicos para regalarnos como recuerdo, el cuidador del acuario nos regalaba caballitos de mar disecados. Por todas partes el italiano tiene incorporado un seguro gesto comprador para ganarse una buena propina. Uno se da cuenta de la intención y se pone de mal humor.

Capri. Pasando por el bello Sorrento que sube tan pintorescamente por las laderas de la costa, el pequeño vapor atraviesa el tormentoso golfo. Ya se nos torna un poco aburrido cuando nos acercamos a las montañas de Capri. Antes de amarrar debemos visitar la Gruta Azul. En realidad, es una maniobra muy peligrosa: llegar a atravesar la angosta cavidad para poder llegar a su interior.

---

[77] En el texto dice "Kreissler". Se refiere al conocido violinista Fritz Kreisler (1875-1962), austríaco.

Teníamos que tirarnos de espalda en el piso del bote y entonces el *gondoliere* aprovechó un instante cuando la cavidad estaba libre, y así una ola nos hizo barrenar debajo de la roca. Ver la gruta no es posible cuando el mar está muy movido. Pudimos pasar bien, pero me alegré de que mamá se quedara a bordo. En el interior una iluminación como de hadas: las gotas de agua plateadas de los remos cayendo en un verde agua fabuloso, y con el reflejo del sol parecían surgir mágicamente del agua de mar. En el atracadero, las mujeres de los pescadores se ocuparon de nuestras valijas y las colocaron en el ascensor que las transportaría a la pequeña ciudad. /88/ Nosotros tomamos un coche que primero nos llevó a Capri y luego a Ana-Capri. A mamá ese lugar le pareció demasiado aburrido y tomamos habitaciones en el conocido Hotel Pagano en Capri, donde habían vivido poetas alemanes como Scheffel[78]. Era sencillo, pero bueno y más interesante que Capri misma. Previamente desayunamos en un hotel suizo con vista al golfo Azul, al humeante Vesubio y a unas lejanas islas. En el jardín cantaban los pájaros, las naranjas brillaban entre las hojas y el aire estaba impregnado de aromas sureños. Después del pequeño mareo de mar estábamos especialmente receptivos para todo lo hermoso. Comimos y bebimos y nuestro estado de ánimo alcanzó su punto más alto cuando un cuarteto cantó canciones melosas de sol y de amor. Lya se dejó llevar, salió al balcón y se puso a llorar, y nosotros estábamos muy cerca de hacer lo mismo. El que lea esto va a creer que éramos muy sentimentales, pero no lo creería si hubiera estado presente. Cuando sonaba un violín, había momentos en que nuestra alma soñaba y se nos despertaban sensaciones y añoranzas que nos transportaban a otras esferas.

En el Hotel Pagano se reunió un popurrí de personas de varios países: el viejo inglés, que nos traía diariamente y con mucho entusiasmo todas sus producciones artísticas de pintura y no se cansaba de preguntar: "*Did you see Mr. Tiberius this afternoon?*". Luego, la primadona rusa, que dejaba sonar su hermosa voz, y su enfermo esposo, que seguramente estaría pasando sus últimos días en el bello Capri; el joven estudiante tísico, que nos contaba de su huida de la República Soviética; el gordo fabricante de muebles húngaro, con su pesada cadena de reloj, de la cual colgaban dientes de ciervo y que demostraba su fascinación por la apariencia sureña de mamá, exclamando expresivamente: "Nunca he visto una mujer tan bella". /89/ Después, el buen coronel Weiss, cuñado de Carmen von Hartmann, que había viajado al sur junto a su hija Anneliese y celebraba la oportunidad de habernos conocido tan casualmente. El encuentro con distintas personalidades y su gran diversidad de destinos que conocíamos de esta manera hacían interesante nuestra estadía en Capri, no menos que las espléndidas bellezas naturales, las montañas, las rocas, el mar azul y los restos de tiempos pasados de la historia romana.

Especialmente interesante fue una visita a lo de Monseñor Ferrera. Había sido cardenal y de un día para otro sufrió una parálisis en las piernas, de tal modo que tuvo que abandonar su brillante carrera y vivir recluido con su hermana en Capri. Se alegraba de recibir visita de países lejanos. Nos comunicamos en

---

[78] Se refiere al poeta y novelista alemán Joseph Victor von Scheffel (1826-1886).

francés. La charla giró, como obviamente tenía que ser, en torno a la religión. Le informé de que yo, que era protestante, estaba casado con una católica, a la cual dejaba total libertad para practicar su religión. Sobre esto monseñor comentó que él había obtenido el permiso del Papa para colocar a la Virgen María en una capilla para que él y las visitas le pudieran rezar. Me la quería mostrar. ¿Tendría esperanzas de que ocurriera un milagro y yo cayera a los pies de la imagen sagrada? Me dolió en el alma tener que desilusionarlo y hasta me pareció ver lágrimas en sus ojos.

Era tiempo de pensar en el regreso al hogar. Mi crédito sufrió una considerable baja: 25.000 pesos se habían gastado en este año.

El joven estudiante nos acompañó a Nápoles y allí se encontró el otro admirador, el viajante de telas. Ellos fueron los que nos despidieron de Europa. El Almirante Battoglio nos llevó de regreso a la Argentina. Después de amarrar nos recibió nuestro futuro yerno.

/90/ En noviembre de 1926 fue el casamiento de Lya con Constantin von Rennenkampff.[79] También se celebró con todas las pompas en el Hotel Royal. Todos nuestros amigos y conocidos cercanos, así como los de Kott[80], estaban presentes. En la iglesia, el pastor habló de la unión de la sangre de los hugonotes con la de los bálticos, y que eso podía dar como resultado un duro y confiable descendiente. En el hotel, la pareja fue recibida por la marcha nupcial de Lohengrin y enseguida se tocó el himno nacional ruso. Lya vino hacia mí, me abrazó y opinó entusiasmada: "¿No es increíblemente majestuoso?" Entonces supe que mi niña era feliz.

Siempre había sido mi intención tener un departamento en Buenos Aires como lugar de paso para la familia. Así que la necesidad de la joven pareja de tener un hogar me vino como anillo al dedo y compré una simpática casita en General Urquiza. Alfred, que estudiaba en el Colegio Nacional, también encontró allí un buen alojamiento, y Lya y Kott pasaron una corta pero feliz estadía, lamentablemente opacada por la muerte de Paul von Hartmann. Paul había viajado a Buenos Aires por una venta de novillos y esperaba el aviso del frigorífico. Había sentido dolores en el lado izquierdo del estómago y se quejaba de no tener apetito, pero se asombró mucho cuando escuchó decir al doctor Robbers que se trataba de un tumor maligno que debía ser operado. La operación salió bien, pero el tumor no fue extirpado totalmente y siguió consumiéndolo, hasta que P. v. H. perdió cada vez más sus fuerzas y unos dos meses después de la operación falleció en el Hospital Alemán. Carmen estaba dispuesta a una transfusión de sangre, pero no hubiera sido suficiente para salvarlo. La mañana del día de su fallecimiento le contó a Carmen: "Soñé que cabalgaba por el campo

---

79 "Lya D. (*1905, La Constancia -+1981, Córdoba) se casó en 1926 con un Constantino (=Konstantin) E.(del) von Rennenkampf (*1900, San Petersburgo, Rusia -+1983, La Falda, 1920, Argentina) quien después de administrar Las Raíces por algún tiempo, pasó alrededor de 1935 a ser gerente del hotel Edén, La Falda, sierras de Córdoba. Allí se nucleó un notorio grupo nazi al que también perteneció [...] Guillermo Hammerschmidt, a la sazón vicecónsul alemán en la ciudad Córdoba y criador de nutrias no lejos de esa ciudad: Catalán, Cuando llegamos, p. 33." (Delius 2018: F 102)

80 Kott: sobrenombre de Constantin.

y me alegraba por los animales bien alimentados. Y el aire estaba tan claro y el cielo tan azul…". /91/ Y justo antes le había dicho a Carmen: "Mi única felicidad fuiste vos".

Debido a la gran diferencia de edad se preveía que Carmen iba a enviudar muy joven, y su destino me preocupaba mucho. Con voluntad propia, convencida de sus ideas, difícil de manejar y con fuerte sentido de la independencia, pero fiel a sus responsabilidades y compromiso con las metas que se había impuesto, con un gran amor a la naturaleza, a los animales y las plantas, hubiera sido muy difícil para ella no continuar con su acostumbrada vida. Odiaba toda etiqueta y no se sentía cómoda entre personas convencionales. Tampoco quería estar bajo el ala de su padre, y como había heredado un pequeño capital de su marido, admití que se quedara en La Argentina. Sí, cometí un error al comprarles un campo de 8000 hectáreas, y en especial uno que era de un Urquiza-Anchorena, primo del doctor Benito Nazar-Anchorena, que los había conocido cuando Paul y Carmen pasaron por su campo en su yate. Pagué 70.000 pesos y quedaban 170.000 en deudas hipotecarias. Nadie previó la rápida caída de los precios, que comenzó en el año 1930 y que le hizo imposible a Carmen pagar los intereses de la hipoteca, y yo tampoco podía sacarlos de La Constancia con los bajos precios del trigo, del maíz y de los animales. El fin de la historia fue la devolución del campo a Urquiza en el año 1933 con la pérdida de los 70.000 pesos, a su vez Octavio Mariño, el administrador de Urquiza, me ayudó a que este no me hiciera un juicio con el cual, por supuesto, habría cobrado menos aún, mientras que mi situación personal hubiera empeorado.

En 1927/28 tuve especiales ingresos en La Constancia, lo cual hizo elevar mucho mi crédito en los bancos. / 92/ Por todos lados había sobrantes de dinero que los bancos se esforzaban de ubicar correctamente. En Bell Ville, el Banco de la Nación y el de Córdoba me hacían ofrecimientos. Especialmente el gerente del Banco de Córdoba me invitó varias veces a tomar el dinero y el City Bank de Rosario me consultó por escrito por el monto que podría necesitar. Debido a que La Constancia no necesitaba más capital, estuve atento a otras oportunidades y así fue como, antes de comprar las 8.000 hectáreas en Entre Ríos, compré un campo en Las Raíces.[81] Primero 1.000 hectáreas a 50 pesos, luego otras 1.000 a 72. No era una tierra de primera y estaba lejos de Buenos Aires. Una sierra baja la atravesaba y, aunque la cantidad de lluvia era de unos 600 mm por año, la tierra no se mantenía lo suficientemente húmeda como para dar buenas cosechas. El motivo no era que gran cantidad de agua de lluvia no fuera absorbida por la tierra, sino que se escurría muy rápidamente. La propiedad tenía una hondonada en el medio, donde a cinco metros de profundidad se encontraba suficiente agua; hacia el oeste y al este subía. Ahí había agua recién a cincuenta metros de profundidad. De todas maneras, había suficiente agua

[81] "Devrient también compró una estancia Pozo de las Raíces, San Nicolás de la Punilla, San Luís, unas 2.000 hectáreas. A esta última se dedicaron sucesivamente su yerno Rennenkampff y su hijo Alfredo. Su otro yerno Walter Brendel se hizo cargo en 1935 y fue el que finalmente canceló una hipoteca que Devrient, padre había contraído con Christian Altgelt, cuñado de C. A. Diehl, tal que en 1948 la estancia Pozo de las Raíces –no debe confundirse con un pueblo cordobés Pozo del Molle– pasó a ser suya" (Delius 2018: F 100).

dulce y hasta de buena calidad, una ventaja que había extrañado mucho en La Constancia. Pero lo que me había atraído para comprar ese campo era la belleza del paisaje montañoso. Las montañas obviamente no se podían comparar con las de Suiza o las de nuestra hermosa Selva Negra, porque faltaban los árboles y los arroyos, pero sí había una rica diversificación frente a la monótona pampa de La Constancia. El campo estaba muy abandonado y había que ponerlo en condiciones, lo que me ofreció enormes oportunidades para aprovechar mi experiencia. Quería hacer algo bueno de Las Raíces y creo haberlo logrado: cercos, molinos, un chalet, casas de piedra para los puesteros y una manga para bañar el ganado. Y si no hubiera llegado la crisis, no me habría arrepentido de haber puesto el dinero que invertí. /93/ Había tomado una hipoteca de 100.000 pesos de Christian Altgelt, un cuñado de C. A. Diehl, por la cual en un comienzo tenía que pagar el 8% de interés. Finalmente, los intereses se redujeron a 4.700 pesos, si no, no hubiera estado en condiciones de seguir. Cuando la crisis se tornó difícil y empecé a temer que me vería obligado a liquidarlo todo porque no iba a poder pagar los intereses, le hice a Altgelt (ahora el hijo) la propuesta de adquirir la tierra por el valor de la hipoteca con la condición de que después de seis años, o sea en 1940, pudiera volver a comprarla. El primer administrador fue Carlos Conradi, que se echó el asunto al hombro muy valientemente e hizo orden en lo más áspero. A él le siguió Constantin von Rennenkampff, llamado Kott, para el que había remodelado la casa. Kott tenía muchos problemas de salud en Buenos Aires y, como por naturaleza y tradición familiar era más apto para la profesión de agrónomo, pensé que le ayudaría con el ofrecimiento de administrar Las Raíces. En poco tiempo se adaptó a vivir en su nuevo ambiente y lo pude dejar administrar solo, lo que debe haber sido un desafío interesante para él, ya que entonces pudo desplegar libremente todas sus cualidades personales. Me lo agradeció mucho. Lamentablemente vino la crisis, que también fue dura en Las Raíces e hizo imposible una administración con ganancias. Cuando Bruno Eichhorn, tío de Kott, le ofreció ser gerente del Hotel Edén[82], le sugerí insistentemente que aceptara el ofrecimiento. Creo que Kott y Lya se pueden felicitar por el cambio realizado. Las Raíces pasó a manos de mi último yerno, Walter Brendel, que en 1933 se casó con Lisa. El casamiento se festejó en La Constancia en un círculo familiar íntimo. También ese fue un matrimonio por amor, porque en ese entonces ni Brendel ni Lisa poseían nada, y Brendel se había casado con ella confiando en tener un puesto en Tiedemann en Uruguay. /94/ El padre de Brendel había sido un alto funcionario de la justicia, y su madre, que había visitado casi un año entero a su hijo en Las Raíces, provenía de la familia Henckel, y el Ministro de Asuntos Exteriores del Reich Alemán von Ribbentrop estaba casado con una prima suya.

Pero antes, o sea en el año 1931, Eduard se casó con una señorita Squarzon, que había conocido en la guarnición de Curuzú-Cuatiá. Los Squarzon son de origen escocés, y Rosita tenía casi un tipo inglés. El padre Squarzon, un laborioso estanciero y hombre de negocios, es dueño de dos estancias en Corrientes. En el año 25 Eduard había sido subteniente del 9° Regimiento de Caballería

---

82 El Hotel en La Falda, Córdoba, mencionado en las presentación del texto.

en Paraná, después fue trasladado a Curuzú-Cuatiá y finalmente enviado al Regimiento de Granaderos en Buenos Aires. Allí se casó. La pareja fue casada por el conocido arzobispo Copello en la Iglesia Castrense. Eduard llegó pronto a su próximo destino, Villa Mercedes en San Luis, y de ahí a Campo Los Andes, donde fue nombrado teniente primero. Como jugador de polo había ganado con su equipo de Villa Mercedes. Recibió la medalla de oro y un caballo. Ya tenía su traspaso al 8° Regimiento de Caballería en Ciudadela, cuando fue llamado a servicio por la armada alemana. Eso se debió a su buena condición física y a la circunstancia de que dominaba el idioma alemán. Al regreso de Alemania a comienzos del 38 fue capitán en la Escuela de Caballería. Fue una suerte para él elegir esa carrera siguiendo mi consejo, no solo por lo seguro del sueldo, sino también por las grandes posibilidades de conocer el mundo y disfrutar de la vida con su actividad al aire libre y con sus amores, los caballos.

Después de los buenos años con dinero sobrante, precios altos y ricas cosechas durante el segundo gobierno de Irigoyen, llegó la tan mentada crisis. También Paul Bochum fue víctima de la misma. /95/ Más allá de los pocos años en que estuvo con Stinnes y después trabajando por cuenta propia como emprendedor, había sido mi confiable colaborador en La Constancia. Con el dinero obtenido compró el inventario para una chacra y tuvo la suerte de que trabajando un año pudo recuperar lo que había invertido. Por eso tuvo el coraje de alquilar doscientas hectáreas en otra estancia, pero desgraciadamente contra efectivo y con mi garantía, por lo que con la caída de los cereales, este emprendimiento fue una verdadera catástrofe, en la cual Paul no solo perdió su ganancia, sino que también se endeudó. Cuando Robert Hoffmann compró la estancia en Santa Fe, Paul se mudó con él y fue su asesor gracias a toda la experiencia que había adquirido. Por todos los medios yo trataba de salir airoso de la crisis, con nuevas hipotecas, ventas, etc. Pero cuando las condiciones se ponen malas, incluso en las relaciones políticas, el capital se retrae en todos los emprendimientos. Los bancos en vez de ayudar y apoyar, buscan liquidar hasta con pérdidas. El Banco Alemán, el que más confiaba en mí, empezó a tener miedo y solicitó garantías por los 100.000 pesos que le debía. Debido a que internamente tenía la fuerte convicción de que la crisis pasaría pronto, no puse objeciones y puse como garantía una segunda hipoteca por la deuda bancaria total, o sea 220.000 pesos, sobre La Constancia. Mi capital, que en algún momento había sido calculado en 1¼ de millón, fue igual a cero, ya que todas las estancias La Constancia, Las Raíces y la de Entre Ríos, de repente no tenían ni el valor de las hipotecas.

Esta mala situación le causó a mi mujer, nuestra amada y honrada mamá, una espantosa impresión. Como ella no daba a conocer sus sentimientos abiertamente, no los exteriorizaba, tampoco lloraba ni sonreía suavemente, tragaba su bronca y envenenaba su sangre. /96/ El corazón, que ya había sufrido con los muchos partos, no estaba en condiciones de soportar las toxinas de los ganglios. Su pulso subió a 120 pulsaciones y cuando la llevé a Bell Ville, a lo del doctor Zinny, le prescribió hacer inmediatamente reposo en la cama, recibir inyecciones y yodo. No pudo inferir la causa de la enfermedad y tampoco el doctor Lange, al que también consulté. Recién cuando llevé a mamá al Hospital Alemán en Buenos Aires se supo, aunque tardíamente. Tenía la enfermedad

de Graves-Basedow, pero la variedad escondida. Recién después de seis o siete meses se pudo notar un agrandamiento de la tiroides en el cuello. Tampoco los ojos se habían salido de sus órbitas, como es normal en esta enfermedad. En agosto de 1932 se recuperó tanto que repentinamente volvió a participar y estar activa en la casa como si se hubiera recuperado totalmente de su enfermedad. Pero una noche perdió jugando a las cartas y de pronto empezó a tener un ataque de tos seca y a partir de ahí fue rápidamente en declive. Cuando la visité en el Hospital Alemán después de estar ausente de la estancia dos semanas, supe que se acercaba su fin. Tomó mi cabeza entre sus manos y me besó como nunca: fue su beso de despedida. El doctor Lange veía que los remedios no le hacían nada y sugirió como única posibilidad operar la glándula tiroides. Mamá se apresuró a aceptar, porque quería poner fin a su situación de cualquier manera. "*Me han tratado como a una reina*", dijo la noche antes de la operación y eso significaba: todos quisieron lo mejor para mí. El doctor Lange escribió después en una carta: "Tuve la impresión de que ella era una roca, a la que le llega la ola y sigue allí estoica". Así también fue a la operación, con valor y entrega. La operación salió bien, pero su corazón no pudo soportar el veneno. El 25 de noviembre a las 11 de la mañana falleció a pesar de los cuidados de Lisa, que no se había movido de su lado desde que la internaron.

Mamá siempre me había hablado de lo festiva que había sido y de la fuerte emoción que le había causado la cremación de nuestro Rico en Weimar. Pensé que cumplía su voluntad si la dejaba descansar de la misma forma. Todos nuestros amigos rodearon el ataúd escondido bajo las flores y acompañado por los sonidos de un Ave María.

Carmen había hecho diez leguas a caballo para alcanzar el tren de la noche. Llegó a tiempo, así como también Eduard y Alfred.

Mamá nunca había pedido el consuelo de la religión, ni tampoco le había hecho falta. Ella realmente fue fiel, responsable, trabajadora, tenía mucho tacto y supo ocupar su puesto, tanto en la sociedad como en la estancia y en los viajes. No conocía las dudas, ni sentimientos de arrepentimiento, que siempre me recriminaba, cuando yo creía que había hecho algo mal. "*Piénsalo antes, pero no te arrepientas inútilmente de lo hecho*".

Quizás su temprana muerte se debió al presentimiento de lo que vendría: convivir con aquello por lo que tuve que pasar en 1933 y 34 para defenderme de la presión de los bancos, asimilar las desilusiones a las que me expusieron mis conocidos y los de quienes en realidad debía esperar que por lo menos me ayudaran moralmente. Vivir todo esto hubiera sido un gran dolor para esa mujer. Parecía que iba a perderlo todo. La moratoria, de la cual hablé más arriba, me salvó finalmente de una liquidación obligatoria. Pero en el año 1934, cuando, por las buenas cosechas y la subida de los precios de los productos, los valores volvieron a subir y pude salvar un capital que podía cubrir mis necesidades personales y mi futuro, cedí a la presión de los bancos, vendedores y amigos y vendí La Constancia el 10 de septiembre de 1934, en mi cumpleaños número 66, a 220 pesos la hectárea. /98/ Me quedé un año más como administrador y abandoné La Constancia, mi Constancia, el 10 de septiembre de 1935 para nunca más volver.

La Constancia (el carruaje)

Como dice en la canción: "El hombre echa una mirada atrás, hacia la tumba de sus pertenencias, y luego toma alegremente el bastón para seguir andando"[83]. Los seres queridos que me quedaban se limitaban a Alfred[84], nuestra Ramona y Pastor, el perro. Era como si este último entendiera todo y estuviera feliz de que no lo dejara con el nuevo dueño. Aparte fue como me escribió mi prima Frieda en una carta: "Estoy convencida de que dejaste tu casa con la frente alta".

Alfred había alquilado un campo de un amigo inglés. Fue casualmente la vieja estancia Monte del Tigre, que había pertenecido a mi amigo Stöck, o sea que para nosotros era un lugar conocido. Llegamos allí al mediodía. Ramona se quedó arreglando la casa, pero nosotros esa misma tarde seguimos viaje a Laboulaye, donde al día siguiente había un remate judicial. No desperdiciamos ni un minuto para poner en marcha la estancia. Pudimos adquirir a buen precio una buena manada de ovejas. Lo único que nos daba vueltas en la cabeza, era que la manada estaba en época de *parición*. Alfred se ocupó de subir y bajar los animales del transporte. El arreo hasta Monte del Tigre lo hicimos entre los dos, a veces a pie, a veces en el auto. Podemos estar orgullosos de haber hecho un transporte modelo con muy pocas pérdidas. Además, Alfred compró unas 200 vacas. El 1° de octubre de 1935 todo el emprendimiento estaba en marcha y después de un tiempo le pude dejar toda la estancia a Alfred. Él trabajaba con un capital de 50.000 pesos, que yo le había depositado en el Banco Nación. Con esto último tenía a todos mis hijos bien ubicados, como para animarme a retirarme y vivir mi futura vida a mi gusto. /99/

---

83 "Einen Blick / Nach dem Grabe / Seiner Habe / Sendet noch der Mensch zurück / Greift fröhlich dann zum Wanderstabe". Cita del poema "Die Glocke", del poeta alemán Friedrich Schiller (1759-1805), texto obligatorio en las secundarias alemanas por muchas décadas.

84 El hijo menor de Devrient, mencionado varias veces. Véase sobre él la cita de Delius en nota 4.

Familia Devrient, Estación Ordoñez

Mi principal ocupación a partir de entonces ha sido la pintura, a la que nuevamente me dediqué con muchas ganas. Plasmé mis impresiones en el papel en mis viajes a San Luis y a Córdoba, y especialmente a los balnearios del Uruguay. Atlántida y Solís me daban muchos buenos motivos, así como también la rocosa zona de Achiras y el querido La Falda. Allí pasé hermosas estadías en el Hotel Edén y debido a la amistad con los Eichhorn pude prolongar repetidamente mis estadías allí. A veces iba a lo de Eduard, a lo de Edu, a lo de Alfred y Lisa, y ese constante intercambio le hizo muy bien a mi salud y pude festejar en buena forma física y mental mi cumpleaños número 70. La fiesta en el Hotel Edén fue organizada con una puesta en escena muy grande por los Eichhorn y por Kott, y las palabras de mi amigo el doctor Arno Eichhorn, que agrego al final, son el mejor ejemplo de la gran benevolencia y la especial convicción con que me retribuyeron el círculo de amigos, yernos, hijas e hijos.

El perro Pastor, que en Monte del Tigre terminó por ser un sobresaliente perro ovejero, arreaba todas las tardes conmigo la manada al corral, rodeándola y sin atacar a los animales, cayó finalmente víctima de un pedazo de carne envenenado.

Ramona, a la que Carmen nos había mandado con ocho años y huérfana de padres pobres, para educarla y como ayuda en las tareas del hogar, durante la enfermedad de mamá fue una abnegada ayuda. Luego realizó con mucho cuidado y empeño las tareas domésticas, pero cuando dejé Monte del Tigre, no se podía quedar sola con Alfred. Por eso la llevé primero a lo de Edu y de ahí al Hotel Edén. Allí fue una laboriosa y muy querida mucama, pero su seguridad en sí misma a menudo era más fuerte que su razón. Era orgullosa y tempestuosa, y no podía aguantar ningún reproche. Se fue del hotel sin darme su dirección. En el invierno hizo una visita a su familia en Entre Ríos y recién allí conoció la triste situación, que no congeniaba con sus sueños y recuerdos. /100/ Me dijo: "*Recién ahora me he podido dar cuenta por qué Uds. nunca quisieron que volviera a ver a mis hermanos, y lo mucho que les debo por haberme criado y educado*".

A fin de año y justo para Navidad, Alfred[85] me participó que se había comprometido "por el momento" con Mabel Elisa Kidd, una joven de 25 años de origen inglés, que provenía de una familia tradicional de agrónomos y estancieros. Mucha clase, mucha familia y nada de dinero, es decir que la familia posee 300 hectáreas en Santa Eufemia, pero por lo demás sin fortuna. O sea que otra vez será un casamiento por amor. Pero como Alfred se ha decidido tan rápido, la novia le debe haber parecido la indicada. Así que le di mi bendición y me alegro de que Alfred también va a tener su hogar. El 31 de enero será el casamiento.

**XIV**

Y ahora, para terminar, las palabras que mencioné más arriba, del día de mi 70° cumpleaños, que pintan el cuadro de mi esencia y fueron pronunciadas ante miradas comprensivas.

> "¡Querido Sr. Devrient!
> Muchas palabras y deseos cordiales se le han ofrecido hoy. Pero la cena festiva que hoy nos reúne, y con la que de alguna manera se corona este día, nos brinda la ocasión de volver a tomar la palabra y expresar pensamientos que en la presente hora seguramente nos embargan a todos.

De lejanos días pasados, recuerdo unos versos de Paul Heyse[86], que leí una vez en mi juventud en alguna parte y que durante medio siglo se mantuvieron en las profundidades y de repente salen a la luz en un día festivo como hoy: /101/

> La alfombra que teje la Parca
> Se pone con los años colorida y más colorida:
> Diseños intrincados, de una vida rica,
> aforismos se entremezclan llenos de alusiones;
> Pero hilos de brillo dorado
> Aparen menos cada vez en su tela.[87]

---

[85] Alfred Devrient, después de las estancias de su padre administró la estancia La Igualdad, Espinillo, cerca de la ciudad de Río Cuarto, que antiguamente fuera de los hermanos Alejandro y Julio A. Roca. Esta estancia fue comprada en 1947 por los Eichhorn, del Hotel Edén, en La Falda, en sociedad con von Rennenkampff y Alfred Devrient, y vendida en 1973. Alfred Devrient la administró hasta aproximadamente 1961 cuando enfermó y tuvo que retirarse a Río Cuarto donde falleció alrededor de 1987 (véase Delius 2018: F 101).

[86] Paul von Heyse (1830-1914), poeta, novelista y dramaturgo alemán.

[87] *Der Teppich, den die Parze webt,*
*Wird mit den Jahren bunt und bunter:*
*Verschlungne Muster, reich belebt,*
*Sinnsprüche laufen deutungsvoll mit unter;*
*Aber die Fäden von goldnem Schein*
*Webt sie immer seltner hinein.*

Los que ya atravesamos el pico de la vida, casi todos los presentes, en verdad entendemos las últimas palabras. Para usted, señor Devrient, solo valen en pequeña medida.

Hay en la poesía alemana del siglo XVIII un idilio muy elogiado, al que su autor tituló: "El septuagésimo cumpleaños" y que comienza con las siguientes palabras: "Inclinado sobre el devocionario, junto a la estufa que calienta" [88].

La pequeña obra es una pieza íntima que constituye una tierna y pequeña pintura de las silenciosas comarcas de campo y de una vida tranquila de pueblo. Pero al compararlo a usted, señor Devrient, con el héroe del poema, vemos la diferencia que casi nos hace dudar de que usted también sea un septuagenario. Allí, un anciano al que parecen pesarle las siete décadas de su vida, mientras usted se yergue entre nosotros como un verdadero roble. Y eso que no tuvo un pasar tranquilo… Su vida ha sido un continuo batallar desde niño. Pero usted ha entablado esa lucha heroicamente. Ya sobre su cuna deben haber estado, invisibles, las palabras de Goethe que lo guiaron durante toda su vida:

> Medrosos titubeos, pensamientos cobardes,
> Escrúpulos mujeriles y quejas angustiadas
> No vencen la miseria, no te dan libertad.
> Enfrentar desafiante a todos los poderes
> Jamás doblegarse, fuerte mostrarse
> Eso convoca la ayuda de los dioses.[89]

Así lo vemos hoy con una fuerza inquebrantable, rodeado por sus hijos y nietos, que aman y honran a la cabeza de su familia, teniendo motivos para estar orgullosos de usted.

Setenta años vividos atravesando destinos cambiantes. Así y todo, no envejeció ni se puso decrépito ¿Qué es en realidad lo que muestra en su caso la edad avanzada? Solo la relajada alegría del alma, que es el verdadero rasgo del sabio. Todo el resto siguió siendo juvenil en usted: jóvenes, el impulsivo corazón y el alma ferviente de emoción y sedienta de belleza; joven, la fuerza física con la que hoy todavía está dispuesto a regocijarse cabalgando y nadando; joven, la elasticidad con la que temprano en la mañana ya sale munido con lápiz y papel, y después de horas de laboriosa actividad, cargado de tesoros, feliz y reconfortado, regresa a casa; joven, el ímpetu espiritual, con que empuña la pluma y le

---

[88] "*Auf die Postille gebückt / Zur Seite des wärmenden Ofens*", del poema "El septuagésimo cumpleaños" de Johann Heinrich Voss (1751-.1826).

[89] Famoso poema de Johann Wolfgang von Goethe, sobre el valor personal y la resistencia a las adversidades (traducción de Regula Rohland).

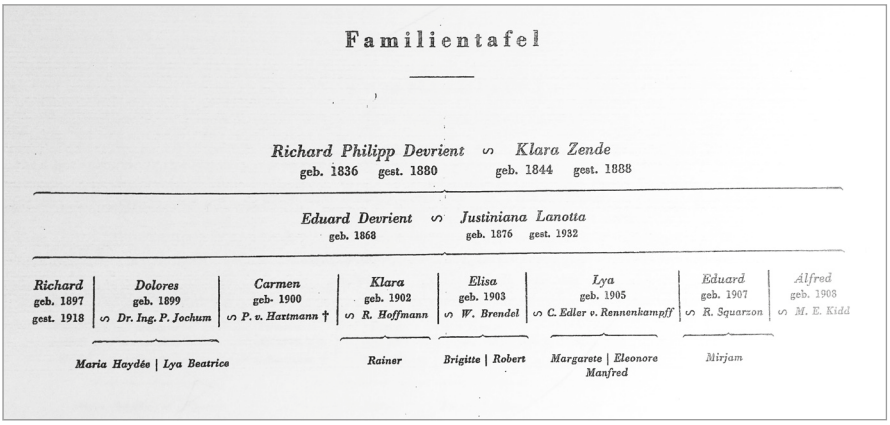
*Feiger Gedanken, bängliches Schwanken,*
*weibisches Zagen, ängstliches Klagen,*
*wendet kein Elend, macht dich nicht frei*
*Allen Gewalten zum Trutz sich erhalten,*
*nimmer sich beugen, kräftig sich zeigen,*
*rufet die Arme der Götter herbei!*

disgusta terminar el día sin haberse medido con algún digno contrincante en el juego "real"[90].

Me pregunto si no será ahora una hebra dorada en la alfombra de su vida cada nuevo día que Dios le permite a usted vivir en un estado tan envidiable.

Así que lo único que nos queda por hacer es pedir como recompensa del destino que transite la octava década de su vida con la misma fortaleza y la misma energía positiva, y que la Parca nunca le haga faltar esos hilos dorados en los años venideros."

Familia Devrient con nietos[91]



**Familientafel**

*Richard Philipp Devrient* ∽ *Klara Zende*
geb. 1836 gest. 1880 geb. 1844 gest. 1888

*Eduard Devrient* ∽ *Justiniana Lanotta*
geb. 1868 geb. 1876 gest. 1932

| *Richard* | *Dolores* | *Carmen* | *Klara* | *Elisa* | *Lya* | *Eduard* | *Alfred* |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| geb. 1897 | geb. 1899 | geb. 1900 | geb. 1902 | geb. 1903 | geb. 1905 | geb. 1907 | geb. 1908 |
| gest. 1918 | ∽ *Dr. Ing. P. Jochum* | ∽ *P. v. Hartmann* † | ∽ *R. Hoffmann* | ∽ *W. Brendel* | ∽ *C. Edler v. Rennenkampff* | ∽ *R. Squarzon* | ∽ *M. E. Kidd* |
| *Maria Haydée* \| *Lya Beatrice* | | | *Rainer* | *Brigitte* \| *Robert* | *Margarete* \| *Eleonore* *Manfred* | *Mirjam* | |

Tabla: familia Devrient

90 El ajedrez.

91 El libro termina con un "árbol genealógico" que muestra solamente a Eduardo y su mujer Justa Lanotta y los hijos con sus cónyuges, con la intención, según parece, de que se agreguen futuros integrantes de la familia.

# *Índice onomástico:*
## *(a.) personas, (b.) estancias, (c.) instituciones, (d.) barcos y compañías marítimas, (e.) lugares y estaciones de tren*[1]

**a. Personas**


? Herta, hermana de Ilse 70
? Ilse, hermana de Herta 70
Albert, director del Banco Alemán 68
Altgelt, Christian, cuñado de Diehl 93
Angelo, padre 83
Araya, las viejas 83
Arce, Segundo 33
Arrieta, Pantaleón, segundo esposo de la madre de Justa de Devrient 33
B., K. von 56
B., Sophie von, periodista 11-12
Bab (Julius) 54
Barriat, Julio, corredor 39
Benitz, Juan 43,51 y flia. 46
Bergallo, Santiago, comerciante 42
Bothamley, Guillermo 37,47,50
Brauckmann, Prof. univ. en Jena 53
Brendel, Walter 93
Burgeff, empresario 27
Busch, Wilhelm (nombra Fromme Helene) 71
Calígula 79
Cambaceres, Antonio 23
Cambaceres, cónsul francés en tiempos de Napoleón 23
Canale, Juan 43
Cárcano, Dr. Ramón, político, estanciero 40
Cárcano, Miguel Ángelo, su hijo, ministro de Agricultura 40
Cebey, una, la esposa de Máximo Fernández 21
Clément, José y Aurora 75
Conradi, Carlos 71,93
Copello, Arzobispo 94
Costa, Carlos, "vacuno" 23-23
De Buren, amigo de Salis 14
De Lorenzi 37
Devrient de Brendel, Elisa, "Lisa", hija 48,65,68,93
Devrient de Hoffmann, Klara, "Claire", hija 63,64,65,68
Devrient de Jochum, Dolores, "Lola", "Lo", hija 36,60,62,65
Devrient de Schichtmeyer, Lucy, hermana 7,10,53,56
Devrient de von Hartmann, Carmen, hija 60,61,62,63,64,65,66,67,89,99
Devrient de von Rennenkampff, Lya, hija 48,63,65,68,72,73
Devrient, Alfons, pariente, empresario 27
Devrient, Alfred, hijo 56,63,90,98
Devrient, Alfred, pariente rama rusa 69
Devrient, Artur, hermano de Alfons 27
Devrient, Carlitos ¿hijo del primo Karl? 60
Devrient, Eduard, "Edu", hijo del pariente Rudolf 68
Devrient, Eduard, hijo 61
Devrient, Elise 32
Devrient, Fortunata, esposa del primo Karl 83
Devrient, Frieda, esposa del primo Hans 49, 98
Devrient, Georg, hermano del padre 7


---

[1] Los números entre barras oblicuas se refieren a las páginas del texto original, para facilitar el uso de los ejemplares conservados en alemán que circulan en fotocopias. En el texto aparecen encerrados entre barras.

Devrient de Thomsen, Gertrud, hermana del autor 7,10,26,40,72
Devrient, Hans, primo, y Frieda 73
Devrient, Justiniana Lanotta (Justa) de, esposa del autor 57; "mamá" a partir de 53, muy frecuente hasta 83.
Devrient, Karl, primo, 32,34,52,83; con sus tres hijos, Carlos, Ana María y Guillermo 55
Devrient, los 54
Devrient, Max, pariente 65
Devrient, Richard Philipp, padre 7
Devrient, Richard, "Rico", hijo (hemiplégico) 36,52-53,96
Devrient, Rosita Squarzon de, nuera, esposa de Eduard 83, 94
Devrient, Rudolf, pariente 68
Devrient, Therese (neé ?) 8
Devrient?, Olga, tía 53,71
Devrient?, Otto, tío 10
Diehl, Carlos A. 29-30,36,39,40-42,93
Donndorf, los 56
Duce, el, il 86
Duque de Orléans 14
Eichhorn, Arno, Dr., mencionado en la dedicatoria, 94, 99. Su alocución 100-101
Eichhorn, los 99
Epperlein, empresario 28
Fernández, Máximo 11,16,17,20-22,25,31,35,39
Fernández, Máximo Esteban, hijo 21,35
Fernández, Pepe, hijo 21,22,35
Fernández, Raúl, hijo 21,22,35
Ferrara, Monsegnor 89
Frémery 61
Garibaldi, monumento a, 76
Gaul, Sra. de 71
Goethe y cita de un poema 101; cita del
H., Presidente de la Asociación de Asistencia Social en Baden-Baden 57
Hals, Frans
Hardt, Dr., periodista 79
Harilaos, Horacio, estanciero 19
Hartmann, Carmen Devrient de von 89,90-91
Hartmann, Paul von, yerno, casado con Carmen 66,67,90
Hawes, Diego, estafador 46-47
Henckel, familia 94
Hildebrand, de Molinos H. (n), Weinheim 27,30
Hoffmann, Robert, yerno 67; "Bob" 68,69,72, 95
Hohenzollern, rey de Prusia 13
Hohmann, Robert, de Entre Ríos 27
Irigoyen (Hipólito) 24,94
Iriondo, Dr, Banco Nación 45
Islas, Aparicio, radical 22-23
Jeanne, mujer en Le Havre 14
Jesús 81,82,83
Jochum, familia de Paul 71
Jochum, Paul, yerno del autor 60,63,64,65,67,94
Juillar, amigo de Salis 14
Justo, Gral., presidente argentino 50-51
K. v. B. 54
Kemmerich, de Entre Ríos 15
Kidd, Mabel Elisa, nuera 100
Klausen de Wolf 79
Kölle, banquero en Karlsruhe 14
Kott, véase Rennenkampf, von
Kreisler, violinista 86
Kriess, Hans, subteniente en el regimiento del conde Horn, Tréveris 29
Lämmerhirt, los 56
Lange, Dr., médico del Hospital Alemán 96
Leonardo da Vinci 76
Lipinski, prof. de arte 80, de Berlín, en Roma 85
Lipinsky, hijo del profesor, guía 80
Lockinger, señorita que cuidaba a Rico D. 53
Ludwig, decano 57
Luxardo, Dr. 45
Mamá, véase Devrient, Justa de

Mariño, Octavio, administrador 91
Márquez, Romualdo, capataz de La Constancia 52-53
Michelangelo 75
Miller, banquero en Bell Ville 42,46-47
Montmollin, Dr., barón de 12-13
Murat, estatua de 87
Mussolini, véase Duce
Napoleón
Nazar Anchorena, Benito 91
Negrón, administrador de Stinnes 66
Neurath, barón de 28
Niebuhr, cónsul 15
Nowack, Dr., arqueólogo 79
Ortiz-Castillo, presidente y vice 24
Ortíz, Emilio, estanciero 39,47
Owen, Higham von 44-45
Paganini, estatua de 64
Papa, el 81
Quiroga, familia política de D. 34
Ramona, sirvienta de los Devrient 98, 99
Rennenkampff 69, Constantin von, "Kott", yerno casado con Lya 90,93
Ribbentrop, von 94
Riedel, mayordomo estancia San Luis 29
Riedel, Srta., después Sra. de Hess 30
Robbers, Dr. 90
Rodríguez, Ángel 48
Roeder, baronesa 57
Rübezahl, personaje de la leyenda alemana 83
Salis-Seewis, Andreas von11,13,14,15,17
Santa Cecilia 84
Sauvin, amigo de Salis 14
Savonarola 76
Schacht, hombre de teatro 72
Schichtmeyer, cuñado, marido de Lucy 53
Schmutzer, familia chilena 65
Squarzon, familia de una hija 94
Stegmann, Julius y Sra. Stegmann 15
Stinnes, véase instituciones
Stöck, amigo 98
Thomsen, Hugo (cuñado de D. en Uruguay) 40
Thomsen, Kiecke, hija de la hermana del autor Gertrud 72
Thurn und Taxis, príncipe de 85
Tiberius, Mr. [?] 88
Tornquist, Ernesto, banquero 15,29
Unzué, estancias de 37
Urquiza Anchorena 91
Vegesack, Siegfried von, novelista alemán 71
Ven, van der, mayordomo 66,67
Virgen María 83; estatua de la 89
Vögelin, Anna y su familia 71
Wagner, Albert, en Berlín 27
Wagner, Hans, hijo, ingeniero 69,70
Wagner, Jutta 70
Weiss, Anneliese, hija del coronel 89
Weiss, coronel 89
Werth, Karl 51
Wolf, Dr., hijos de 78, el joven 80
Zende (de Devrient), Klara 7
Zende, tío lejano, 53
Ziehen, Prof. en Berlín 53
Zinny, Carlos, Dr., médico en Bell Ville 96

**b. Estancias**

Alfonsito 37
Isla Verde 27
Ituzaingó, de M. Fernández 28, 31,35,56
La Argentina 67
La Constancia 36,37,40,42,44,48,51,52,60,66,91,95,96
La Granja 46
La Matilde, de M. Fernández 22,25,32,39
La Mazaruka 66,67
La Oriental 40
La Selva, quinta en Uruguay 40
Las Raíces 34, 92-95
Las Vacas 37
Los Toldos 17
Monte del Tigre 98
San Luis 19, 29

San Román 35
Transvaal 46
Unzué, estancias 37

**c. Instituciones**

109° Regimiento de Granaderos de la Guardia del Rey 57
Academia de Arte de Karlsruhe 26
Academia Estatal Italiana de Arte 85
Academia inglesa en Roma (de arte) 85
Asociación de Asistencia Social en Baden-Baden 57
Aspichhof, en Achern, Baden 7
Banco Agrícola = banco de asociados en Bell Ville 43, 60
Banco Alemán Transatlántico 48; = Banco Alemán 41,67,95; sucursal Bell Ville 42
Banco de Córdoba 40, en Bell Ville 92
Banco Hipotecario 19, 44, 50; Nacional Hipotecario 37
Banco Nación de Bell Ville 41, 92; de Buenos Aires 45, = Nacional 48
Banco Pury & Co. 9
Belgrano-Schule (sin nombrar la escuela)
Bratwurst-Glöckle, Nuremberg 74
Capitolio, Roma 82
City Bank de Rosario 92
Colegio Nacional (de Buenos Aires), "Nationalkolleg" 90
Comisión Pro Caminos, Bell Ville 45
Congreso 51
Engelbert Hardt 27
Epperlein & Co. en Bs. As. 27
Ferrocarril Oeste 15
Gath & Chaves 52
Giesecke & Devrient, Lipsia 27,69
Gruta Azul, Capri 87
Harina Thomas 27
Hospital Alemán, Bs. As. 90, 96
Hotel Continental, Nápoles 87
Hotel Deutscher Bund 15
Hotel Edén, La Falda, Córdoba 93, 99
Hotel Pagano, Capri 88
Hotel Regina, Venecia 63
Hotel Royal, Bs. As. 66,90
Hotel Seelighof, Baden-Baden 56
Iglesia de San Pedro, Roma 79,81,82
Junta de Carnes 50
Kingsland & Cash 25
Librería Devrient 69
Lutter & Wegener 69
Mataderos de Kemmerich, Santa Elena 15
Montmollin, castillo 11
Museo de Bellas Artes de Neuchâtel 10
Park Hotel, Berlin 69
Regimiento Conde Horn 28
Stinnes, empresa 66,95
Stöhr & Co. 27
Swift, frigorífico en Berisso 55
Tiedemann, en Uruguay 93
Wedekind, Fehr y Cía. 15
Zum Bären, restaurante en Weimar 74

**d. Barcos y compañías marítimas**

Almanzora 65
Almirante Battoglio 89
Chargeurs Réunis 13
Dom Pedro 13,28
Gelria 60,61
Karlsruhe 55
Línea Cosulich 61
Lloyd 68
Nymphe 7
Vittoria 28
Zelandia 61

**e. Lugares, estaciones de tren**

Achern, Baden 7
Achiras, Córdoba 99
Alemania 25,48,51,55,56,60
Almería 65
Amrum 72
Ana-Capri 88
Argentina 11,28,32,51,54,60,61,65
Atlántida, Uruguay 99
Australia 85
Baden 7,8,10
Baden-Baden 9,47,56,58,60,61,71;

Lichtentaler Allee 56; Fremersbergstrasse 57
Bahía 28
Báltico 90
Basilea 61,62
Belgrano 48
Bell Ville 36,38,67,92, 96
Bellagio 63
Berlín 11,53,55,69,73
Berna 75
Bolívar 36
Bragado 15,19,21,23
Brandenburgo 54
Buenos Aires 14,21, 28,65,67
Campo los Andes 94
Cañuelas 21
Capri 87,88
Carmen de Areco 33
Chacabuco 32,34
Champéry 75
Charlottenburg (Berlín) 53
Checoslovaquia 77
Chile 64
China 77
Cincinnati 11-12
Ciudadela 94
Colonia 26
Como 62
Constantinopla 54
Constanza 7, 74, 75
Córcega 84
Córdoba 36,99
Curuzú-Cuatiá 94
Dánzig 7,54
Dent du Midi 75
Dieppe 60
Entre Ríos 27,49,99
Etruria, Córdoba 38
Feldkirch 71
Fiesole 78
Filadelfia 7
Florencia 75,76,80
Fráncfort 56,71
Frascati 78
Friburgo 72
Fulda 28
Füssen 74
Geissenheim 54,72
General Lavalle 37
General Urquiza, Bs. As. 90
Gera 53
Ginebra 11, 19
Golfo de Vizcaya 28
Haarlem 53,54
Halligen 73
Hamburgo 60,68
Harwich 25
Heidelberg 23
Ibicuy 66,67
Islas Canarias 14
Isola Grande, Brasil 65
Italia 48,61,63,75
Jena 53
Karlsruhe 7,8,14,26,56,71
La Falda 99
Laboulaye 98
Lago de Constanza 7, 75
Lago de Starnberg 73
Las Raíces 92-96
Lausanne 54
Le Havre 13
Lipsia 28
Liverpool 25
Los Cocos, Córdoba 45
Lucerna 75
Madeira 65
Manchuria 54
Mannheim 54,58
Mar del Norte 10
Mecklemburgo 54
Meran 8
Milán 63
Mongolia 69
Montevideo 14,40
Nápoles 65,87,89
Neuchâtel 9-13,26,54
Nuremberg 74
Olascoaga 19
Oldemburgo 10
Paraná, río 66
París 21
Paso de San Gotardo 62
Pedro, San 84
Pirano 64,65

Pompeya 87
Pontresina 8
Porto Rose 64
Prusia 54
Punilla 49
R. Cárcano 40
Rin 80
Río (de Janeiro) 65
Roma 65,78,80ss.,87
Rotterdam 26
Rusia 19,54,69,74
San Emilio, Estación 28, 31
San Jorge, Sta. Fe 39
San Luis 33,99
San Petersburgo 54,69
Santa Eufemia, centro sur Prov. de Córdoba 100
Santa Fe 95
Silesia 85
Simplon, túnel 75
Skagerrak 73
Solís, Uruguay 99
Sorrento 87
Strohdeich 7
Sudamérica 62
Suiza 19,48,54,61
Sumatra 54
Tréveris 29
Trieste 61,63
Uruguay 40,99
Venecia 63
Vesubio 73.87,88
Viena 54,65
Villa Mercedes, San Luis 94
Weimar 56,68,96
Worms 56
Wyk auf Föhr 72,73
Zárate 67